



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Máster

Eugenio Láscaris-Comneno (1886-1962): un procurador zaragozano pretendiente al trono de Grecia

Autor

CARLOS SANCHO DOMINGO

Directores

PEDRO A. MARTÍNEZ LILLO

IGNACIO PEIRÓ MARTÍN

Facultad de Filosofía y Letras / Departamento de Historia Contemporánea
2015

“Conócete a ti mismo”

LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, *Caligrafía griega y bizantina*, Madrid, [el autor], 1943, p. XV

“Si soy yo el héroe de mi propia vida o si otro cualquiera me reemplazará, lo dirán estas páginas”

DICKENS, Charles, *David Copperfield*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 5

“Y de esta inigualable campaña panhelénica, / la victoriosa, la enceguedora, /
la renombrada, la glorificada / como jamás ninguna alcanzó gloria, /
la sin igual: nosotros procedemos; / un nuevo mundo helénico, grandioso”

CAVAFIS, Constantino P., *En el 200 A.C.*

(en CAVAFIS, C. P., *Poesía completa*, Madrid, Visor Libros, 2003, p. 195)

“De todo el esplendor con que vestías / tus ensueños de gloria o de quimera /
nada subsiste que evocarse pueda: / la torpe muerte lo destruye todo...”

LANA-DÍAZ, José María, *En la muerte de un amigo. A la dulce memoria del Príncipe Eugenio Láscaris
Comneno, hombre bueno y sabio*

(en CASTRO, Norberto de, *Eugenio II, un príncipe de Bizancio*, Madrid, Prensa y Ediciones
Iberoamericanas, 1989, p. 44)

ÍNDICE

Introducción	4
I. Estado de la cuestión	11
Eugenio Láscaris: un estudioso del mundo bizantino	11
A favor y en contra: la “polémica <i>Hidalguía</i> ”	13
Los ecos a la muerte de Eugenio	17
II. Biografía, identidad y memoria	22
La oportunidad biográfica	22
Las identidades del sujeto	26
Cambio, sustitución y restitución	27
III. La restauración del Imperio Bizantino	30
III. 1. 1906: la herencia recibida	30
III. 2. Sustitución y restitución en Eugenio Láscaris	38
El camino de la procura	39
El cambio: la sustitución	41
El cambio: la restitución	44
III. 3. “Viva S.M. Eugenio I, Rey Legítimo de los helenos”	51
La Grecia de los dos continentes y los cinco mares	51
Un anuncio en la Agencia Radio	54
El <i>Manifiesto de Seis Colonias Helenas</i>	59

III. 4. La articulación de múltiples redes de sociabilidad	63
Eugenio y sus mecanismos de inserción en la prensa de la época	63
Los comités Pro-Láscaris	67
La culminación del proceso de cambio de identidad	70
III. 5. 1935: en busca del <i>basileus</i>	75
Hacia la restauración de la Casa de Láscaris	75
Los manifiestos de abril y septiembre de 1935	78
La restauración Glucksburgo	83
III. 6. Los años finales	85
Un príncipe al servicio de la justicia del Nuevo Estado Español	86
Humanismo y filobizantinismo	91
La desintegración	94
Conclusiones	100
Fuentes documentales	107
Fuentes primarias (archivos y prensa escrita)	107
Fuentes secundarias (bibliografía, recursos electrónicos y portales digitales)	110
Anexos	118

INTRODUCCIÓN

Hace algún tiempo leí una entrevista al escritor mexicano Juan Rulfo en la que éste aseguraba que la labor fundamental a la que un escritor se enfrenta es la supresión. Apuntaba que en el proceso de redacción de sus cuentos, las quinientas hojas iniciales acababan reducidas a, digamos, veinte páginas. Y, efectivamente, la capacidad de condensación es uno de los grandes méritos literarios del escritor azteca. Lo dicho por Rulfo es válido para el historiador. Más para éste todo se complica si, además, su trabajo versa sobre una materia poco conocida, un episodio hasta entonces velado o un personaje apenas estudiado, pues para obtener una acertada comprensión de los mismos necesitará de su adecuada contextualización histórica. Y eso es precisamente lo que me ha sucedido al enfrentarme a un individuo tan escasa y fragmentariamente conocido como el que protagoniza las siguientes páginas, Eugenio Láscaris-Comneno. De ahí que, y aun a riesgo de un exceso de extensión en el presente trabajo, haya sido absolutamente necesario enmarcar los hitos vitales de Eugenio en su adecuado correlato histórico.

Eugenio nació en la Zaragoza de 1886 tomando los apellidos de sus progenitores, Manuel Lascorz y Carmen Labastida. Joven estudioso, curso Derecho en la Universidad de esa ciudad y en 1917 comenzó su ejercicio profesional como procurador. Pero en ese mismo año decidió recoger el guante que, según él, su padre le había legado al morir. Comenzó así un proceso de cambio de identidad legal orientado al reconocimiento del que decía era su verdadero apellido de varonía, Láscaris. De serle reconocido tal deseo, el nuevo apellido le haría descendiente por línea directa de una de las más importantes familias de la reciente nobleza griega, los Láscaris-Comneno, y de ir más allá en el tiempo, de la Casa de Láscaris, en su día regente del Imperio Bizantino. A ese proceso de cambio de identidad, cuyo premio último residía en la posibilidad de aspirar al trono de Grecia, dedicó el procurador zaragozano el resto de su vida. Su existencia fue así un continuo ir y venir entre lo personal (esposo y padre afectuoso y atento, además de persona dedicada el estudio y difusión en España de la cultura helénica y las tradiciones bizantinas), lo profesional (primero procurador, durante la guerra civil miembro de la justicia militar, juez de responsabilidades políticas en el primer franquismo y, finalmente, abogado) y lo político (agente activo en la sociedad de la Grecia de entreguerras, hombre volcado en la difusión en prensa de los que reclamaba como legítimos derechos familiares, partícipe de conspiraciones dinásticas de signo

legitimista y, por encima de todo, sempiterno aspirante al trono heleno). Tan febriles trasiegos y tan ambiciosos proyectos le cobraron un alto precio: denunciado al final de sus días como un simple falsario, hubo de ver como buena parte de sus hijos optaban por marchar de España, agotados por las polémicas en que la familia se había visto envuelta. El príncipe Eugenio Láscaris-Comneno, que tal reconocimiento había efectivamente alcanzado, murió orillado por la historia, aunque no olvidado por ésta, en el verano madrileño de 1962.

He aquí una sucinta biografía de Eugenio Láscaris. A partir de ella, y reconvirtiendo la supresión de la que hablaba Rulfo en selección, he focalizado mi atención en aquellos hechos que confirieron a la vida de Eugenio su verdadera relevancia histórica: la recepción en 1906 del legado historicista de manos de su padre Manuel, el proceso de cambio de identidad legal por el que Eugenio mudó su Lascorz natal por el Láscaris imperial, el reconocimiento por una parte de la diáspora griega de su condición de legítimo heredero al trono heleno y los manifiestos que en 1935 dirigió al pueblo griego en pos de la asunción de su legitimidad dinástica. A resultas de dicha selección, 1906 y 1935 son los años que centran, aunque no cierran, mi mirada sobre Eugenio Láscaris.

Mi investigación se articula de una manera bastante convencional. A la presente introducción sigue un estado de la cuestión de carácter bibliográfico en el que ofrezco un repaso de lo publicado tanto por el propio Eugenio (trabajos teñidos de un profundo filobizantinismo), como por aquellos que bien en vida de éste bien tras su muerte trataron su figura (a favor unos y en contra otros, pero ambos extremados en su posicionamiento). En el marco de esa crítica dirigida contra Eugenio destaca la que he denominado “polémica *Hidalguía*”, que a partir del año 1954 vio la luz en las páginas de la citada revista y que consistió, fundamentalmente, en la desacreditación del cambio de identidad legal que aquél había practicado, cambio que fue tildado de fraudulento y su protagonista de falsario.

Una vez recordado lo que sobre Eugenio se ha escrito, el siguiente apartado busca dotar a mi trabajo de un adecuado soporte metodológico y conceptual. La

metodología, tal y como por lo expuesto hasta este momento puede fácilmente deducirse, se basa en el enfoque biográfico, el privilegiado “prisma de la historia” del que habló la historiadora norteamericana Barbara W. Tuchman. Y los marcos teóricos se basan en las nociones de identidad y memoria, que he decidido aunar, pues la suma de ambas ofrece unos conceptos susceptibles de encajar bien en el esquema mental aquí propuesto: la identidad como categoría para la autoconstrucción de la personalidad, tal y como Eugenio tan nítidamente ejemplifica, y la memoria como mecanismo a través del cual llevar a cabo procesos de cambio histórico a nivel individual (no es la memoria colectiva, de existir ésta, la que aquí me interesa). Un cambio susceptible de ejercitarse tanto a través de la sustitución de unos elementos del pasado por otros, como de la simple restitución de aquellos sobre los que el sujeto protagonista reclama derechos de pertenencia. Eugenio sustituyó y restituyó elementos de su pasado, o del que reclamaba como suyo, y mediante dicho proceso se reconstruyó como personaje histórico.

El siguiente apartado constituye el núcleo de mi aportación al conocimiento de Eugenio Láscaris. A través de seis epígrafes voy trazando su perfil vital, siguiendo para ello el orden cronológico en el que éste se desarrolló. Atiendo así a los años de su niñez y primera juventud, marcados por el ambiente familiar y el estudio, sólo rotos en 1906, al cumplir Eugenio los veinte años de edad, por la muerte de su padre y la decisión que aquél de reiniciar su existencia bajo el imperio de un bien definido proyecto vital: el cambio de su identidad legal en favor de una presunta ascendencia lascárida y la reclamación, a resultas de lo anterior, de sus derechos legítimos al trono de Grecia. La sustitución y restitución de la memoria personal y familiar de Eugenio cobró pleno sentido cuando dichas actuaciones coincidieron en el tiempo con la crisis desatada en la dinastía reinante en Grecia, los Glucksburgo. A partir de 1917, al tiempo que Eugenio daba inicio en nuestro país al cambio legal de su identidad, todos y cada uno de los episodios de crisis dinástica, política, militar y social por los que en las siguientes cuatro décadas atravesó el país balcánico, dieron pie de una forma u otra a la intervención en ellos de Eugenio Láscaris.

En ese recorrido cronológico he optado por alternar el seguimiento de la secuencia temporal con apartados más reflexivos y transversales con los que aquietar y profundizar en el análisis. Hablo así de la tensión existente a cuenta del credo ortodoxo que se le suponía a Eugenio en cuanto que heredero de los Láscaris y la fe católica a que

su residencia en la España del primer tercio del XX le impelía; de las redes de sociabilidad que éste creó en torno a sí como mecanismos de reverberación de sus demandas políticas; del muy importante papel que en todo ello le cupo jugar a la prensa escrita y a los distintos niveles en los que ésta intervino -en virtud de si cubría un espacio local (Zaragoza), nacional (España) o internacional (caso de las múltiples cabeceras que en países como Grecia, Francia, Italia, Gran Bretaña o Portugal, se hicieron eco de sus anuncios)-; o, también, de la familia como elemento constitutivo del sentir central de Eugenio (su esposa Nicasia como sostén y parte de sus desvelos nobiliarios; su primogénito Teodoro como cauce de continuidad a través de la sangre; el conjunto de sus descendientes como valedores de su proyecto vital). De la suma de ambos modos de acompañar la vida de Eugenio Láscaris, el más atento a la cronología y el más orientado a la reflexión sobre sus inquietudes nucleares, espero obtener una más rica y ponderada valoración histórica del personaje biografiado.

Unas conclusiones anudan el trabajo. Definen los rasgos más característicos de Eugenio y muestran lo que su figura representa en relación con el convulso periodo histórico en el que actuó. Su objetivo no es ejercer a modo de síntesis de lo ya expuesto, sino intentar ofrecer una respuesta solvente al problema historiográfico que el proyecto vital de Eugenio Láscaris representa. Y, en un segundo plano, abrir ventanas a futuros análisis sobre éste. El broche definitivo viene de la mano de unos anexos documentales que ilustran y amplían algunos de los puntos fundamentales de la presente investigación.

Querría ahora hacer algunos comentarios sobre las fuentes documentales que soportan este trabajo. Las hay primarias y secundarias. Las primarias se dividen en dos grupos, archivísticas y de prensa escrita. En cuanto a las primeras, debo resaltar que la fortuna me ha permitido acceder a fondos hasta la fecha apenas trabajados por los historiadores, caso del Archivo Histórico del Colegio de Procuradores de Zaragoza (AHCPZ), institución en la que nuestro protagonista estuvo colegiado durante más de dos décadas y de la que llegó a ser decano. Sus documentos me han permitido introducirme en el Eugenio profesional del Derecho y atisbar cómo su proceso de cambio identitario se fue desplegando a lo largo de sucesivas etapas. Casi virginal era también el archivo de la

familia Láscaris-Comneno (ALC), cuyas fotografías, documentos digitalizados y recortes de prensa aportan una valiosa información sobre las relaciones de Eugenio con editores y directores de ciertos medios de comunicación, así como con importantes líderes políticos y militares helenos. Conocido, aunque no en profundidad, es el Archivo del Juzgado Togado Militar Territorial nº 32 de Zaragoza (AJTMTZ), cuyos legajos me han ofrecido una nueva luz sobre la intervención de Eugenio en la justicia militar del bando sublevado en julio del 36. No por su novedad sino por la interesante proyección que han aportado a mi trabajo, debo citar tanto al Archivo Histórico Nacional (AHN) como al Archivo General de la Administración (AGA). Ambos, a través de fondos provenientes del Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE), han enriquecido la biografía de Eugenio con una perspectiva que se adentra en el mundo de la diplomacia y las relaciones internacionales. Excuso decir que el resto de archivos consultados han sido igualmente valiosos.

El segundo grupo de fuentes primarias lo conforma la prensa escrita. El mayúsculo interés de Eugenio Láscaris por difundir públicamente sus pretensiones dinásticas al trono heleno, de forma destacada en periódicos editados allende nuestras fronteras y vinculados con comunidades griegas de la diáspora o con los griegos residentes en su propio país, hizo que su figura apareciese en dichos medios con relativa frecuencia. Unas apariciones que me han permitido acompañar a Eugenio desde el momento en el que, a la muerte de su padre en 1906, comenzó a madurar su decisión de trocar de identidad, hasta los instantes finales de su existencia, cuando el sueño de la restitución de la Gran Causa griega, imperial y bizantina, parecía agotado. Es revisando periódicos y revistas de la época como obtenemos una mejor contextualización histórica de aquél, apreciando el verdadero alcance que, incluso más allá de Europa, logró adquirir.

Las fuentes secundarias son mayoritariamente bibliográficas, con una pequeña aportación de recursos electrónicos. Dichas fuentes se articulan alrededor de tres grandes bloques temáticos. El primero se centra en el recuerdo de la obra autógrafa de Eugenio Láscaris y en la bibliografía a él dedicada. Su valor radica en que mientras la primera informa desde el interior del personaje del universo cultural y espiritual en el que éste se desarrolló, el tratamiento bibliográfico del mismo permite atisbar la extrema polarización de que aquél fue objeto, máxime a raíz de la ya comentada

“polémica *Hidalguía*”. Un segundo bloque lo conforman trabajos de marcado signo teórico dedicados a la biografía histórica y a las nociones de identidad y memoria. Por lo que a los primeros respecta, y además de apoyar mi elección del enfoque biográfico como metodología investigadora, los mismos me han facilitado algunas de las claves con las que agrandar mi interpretación del personaje. Por su parte, las referencias bibliográficas que abordan la noción de identidad permiten comprender mejor los mecanismos de los que Eugenio se valió para su cambio identitario, buscando la complejidad de dicho proceso antes que la fácil salida que ofrece un apresurado juicio moral en torno a la visión de un Láscaris acusado de falsario. Y las fuentes que tratan de la memoria (noción íntimamente ligada a la anterior) me han hecho percibir de manera más sutil los usos de sustitución y restitución que ésta posibilita en atención a lo que efectivamente Eugenio ejecutó. El tercer bloque se vincula a los distintos episodios históricos por los que Eugenio transitó y en los que actuó en calidad de agente protagonista. Me refiero de manera singular a la historia de la Grecia de entreguerras, sin olvidar por ello sus actuaciones durante la guerra civil española ni su labor de apoyo al primer entramado institucional franquista.

Mis agradecimientos tienen múltiples rostros. En primer lugar los de quienes me han guiado y acompañado en mi aprendizaje de la historia, profesores y profesoras a los que debo reconocimiento. De entre ellos y de manera muy particular aquellos que me han orientado en los senderos de la historia contemporánea, tanto en los años de Grado como en el de Máster. Todos aparecen en estas páginas. También estoy obligado con aquellos familiares de Eugenio Láscaris con los que he trabado relación, pues sin su ayuda y colaboración este trabajo sería un triste remedo de lo que es. Ana, hija de Constantino y nieta de Eugenio, facilitó mis primeros pasos, y Eugenio, hijo de Teodoro e igualmente nieto de aquél, me brindó, literalmente, su tiempo y su salón para la conversación y consulta del archivo familiar.

Un espacio aparte merecen mis dos tutores, Pedro A. Martínez Lillo, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, e Ignacio Peiró, profesor de la Universidad de Zaragoza. Ignacio me abrió los ojos a las posibilidades que la biografía histórica comporta, aportándome lecturas que me han resultado de enorme utilidad. Me enseñó la

importancia de la sistematización en la labor investigadora y la necesidad de instrumentos metodológicos y marcos conceptuales en los que apuntalar el estudio de la historia. Y me recordó lo difícil, lo endiabladamente difícil que en ocasiones resulta escribir. Pedro, tutor principal, me puso en contacto con la familia Láscaris y confió desde el primer momento en un desconocido que le proponía un tema por completo ajeno a su especialidad. Respetando mi enfoque inicial, supo añadir a éste unos atributos que lo enriquecieron de manera considerable, aportando nuevas perspectivas, pistas que yo no había intuido y una muy conveniente claridad. Y a pesar de la distancia, siempre estuvo ahí.

Finalmente, estoy en deuda con el tribunal por el tiempo que les ha robado la revisión de este trabajo. Espero al menos que hayan disfrutado de su lectura tanto como yo de su redacción y, en absoluto, les haya costado tanto aquella como a mi ésta.

I. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Eugenio Láscaris no es uno de esos personajes grises y anónimos de los que nos hablaba E. P. Thompson, un individuo olvidado por la historia y al que es preciso rescatar de las cunetas de ésta. En realidad sucede más bien todo lo contrario, y una simple búsqueda en instrumentos tan diversos como Internet o el catálogo de la Biblioteca Nacional nos lo hace saber. Sin ser en absoluto abrumadora, lo cual no deja de tener sus indudables ventajas, la bibliografía sobre Eugenio es lo suficientemente amplia como para permitir su revisión crítica. Es, además, una bibliografía enfrenada entre sí, siendo precisamente esa radical contraposición la característica más singular del citado corpus bibliográfico. Así, junto a unas contribuciones de carácter casi hagiográfico salidas del círculo familiar y social más cercano a Eugenio, conviven otros textos que someten a severa impugnación las tesis sobre las aquél edificó su vida. Oscilante entre el apoyo y la reprobación, la marcada dicotomía del aparato crítico sobre Eugenio Láscaris es la primera característica que debemos reseñar.

A partir de tan binario esquematismo parecería sencillo organizar el repaso de lo que sobre Eugenio se ha publicado. Sin embargo y antes de entrar en lo que otros dijeron de él, creo necesario detenerme de forma breve en algunos de los textos que Eugenio publicó, textos en los que su mundo particular cobró una singular presencia. No es posible entender plenamente lo que sobre él se escribió sin atender primero a lo que él fue y a lo que dejó escrito. En atención a todo ello ofrezco un estado de la cuestión de carácter bibliográfico sobre Eugenio Láscaris organizado en tres planos: el primero aborda las que considero sus principales obras de creación; el segundo los trabajos que, en vida de Eugenio, se redactaron en su apoyo y la contrarréplica a los mismos; y, el tercero, los textos que tanto a su favor como en su contra vieron la luz tras su muerte.

Eugenio Láscaris: un estudioso del mundo bizantino

Eugenio fue un hombre culto, dedicado por su profesión al Derecho y por su devoción a los estudios clásicos en su vertiente helenística y bizantina. No realizó aportaciones intelectuales al mundo legal, dedicado así, en tanto que procurador y abogado, a quehaceres prácticos. Y si bien alcanzó puestos de cierto relieve, tal y como más adelante veremos, éstos no despertaron la atención de quienes trataron su figura. Ello no debe sorprendernos, pues las labores desempeñadas en su vida profesional, fuesen éstas

en instancias civiles o militares, y la ostentación de cargos de alguna preeminencia pública, no fue en absoluto excepcional entre los miembros de determinados sectores socioprofesionales de la España del segundo cuarto del Veinte.

Algo muy distinto sucede con el Láscaris inclinado al estudio de mundo clásico, dos de cuyas obras merecen especial atención, tanto por su cronología, situadas cada una de ellas en uno de los umbrales de su producción intelectual, como por lo que aportan en relación a su autor.¹ La primera es una *Caligrafía griega y bizantina* (1943) editada por el propio Eugenio apenas desembarcado éste en Madrid.² Pese a su modestia formal, el cuadernillo de ejercicios caligráficos nos revela tres claves fundamentales para el conocimiento de su autor: la primera, su capacidad para abordar temas helenísticos y bizantinos, lo que demuestra la sólida formación que en ambos terrenos Eugenio había ido atesorando a lo largo de su vida (para esas fechas tenía cincuenta y siete años); la segunda, la necesidad de autoedición, lo cual y pese a lo anterior haría de él antes un meritorio aficionado que un especialista reconocido por la academia; y, la tercera, el que tras la sentencia propuesta como inicial ejercicio caligráfico, “Conócete a ti mismo”, traslucía el hombre que había triunfado en su proceso de reconstrucción de identidad.

La obra que cerró la producción bibliográfica de Eugenio fue «Caliniki: Evocación histórica» (1956).³ Se trata de un relato basado en un motivo recurrente en la tradición oral y escrita europea (el de dos jóvenes enamorados obligados a la separación cuyo reencuentro concluye de forma trágica para ambos), en el que también podemos intuir algunas pistas acerca de su autor. Próximo Eugenio a la muerte, su cosmovisión afectiva e intelectual seguía anclada en Bizancio. El mundo de la nobleza bizantina y una religiosidad apuntalada en el credo ortodoxo aparecen así como dos de sus últimos bastiones. El relato de la bella Cali Cabasileas, “Caliniki”, nos muestra la forma en que Eugenio mantuvo hasta el final de sus días la más absoluta fidelidad al proyecto que había guiado su vida.

¹ Una relación pormenorizada de la obra publicada por Eugenio Láscaris la ofrece su biógrafo Norberto de Castro (CASTRO, 1989: 51-52). Castro hace referencia a la publicación por parte de Eugenio, durante su estadía en Barcelona en los primeros cuarenta, de varios trabajos económicos en revistas como *Fomento del Trabajo Nacional*, *Vida Económica* (en ambas bajo el pseudónimo de “Helena”) y en la londinense *Machinery Lloyd*. Para la bibliografía de Eugenio, ver anexos.

² LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, *Caligrafía griega y bizantina*, Madrid, [el autor], 1943. Consultado en Biblioteca Nacional, signatura VC/1697/11.

³ LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, «Caliniki: Evocación histórica», *Oriente europeo*, VI, 21, Madrid, (marzo 1956), pp. 39-46. Consultado en Biblioteca Nacional, signatura VC/2410/72.

A favor y en contra: la “polémica *Hidalguía*”

Tal y como antes apuntábamos, lo escrito sobre Eugenio, sin ser muy abundante, es sobradamente jugoso. Jugoso y contrapuesto, pues pros y contras se suceden ahí sin solución de continuidad. Comenzaremos analizando los textos publicados en favor de aquél, muchos de ellos redactados por unos amigos que eran a su vez declarados partidarios de las pretensiones dinásticas del zaragozano (de entre estos, no fueron pocos los agraciados con alguno de los beneficios honoríficos ligados a los distintos títulos nobiliarios que tras su llegada a Madrid Eugenio puso en marcha). También favorable, una segunda subespecie bibliográfica nació de la mano de sus más cercanos familiares. Así pues, tanto parientes como amigos generaron un cerrado núcleo de producción bibliográfica al que sin miedo a equivocarnos podemos tildar de hagiográfico.

Y dentro de ese núcleo cobran especial trascendencia las biografías. De entre las existentes, la más interesante es la de Norberto de Castro y Tosi, *Eugenio II, un príncipe de Byzancio* (1989).⁴ Castro, amigo personal de Eugenio y defensor de sus proclamas políticas y de sus reclamos dinásticos, reconstruyó fielmente la trayectoria de éste, poniendo el acento en los aspectos más favorables de su personalidad y dejando de lado aquellos otros que pudiesen despertar la controversia (sería el caso del papel jugado por Eugenio en la justicia militar del primer franquismo o su polémica con quienes en el Madrid de los primeros cincuenta lo denunciaron como falsario). Pese a éstas y a otras limitaciones, la biografía del profesor costarricense posee un innegable valor. Y buena parte de éste estriba en la descripción de algunos documentos del Archivo Láscaris-Comneno (ALC) y en la reproducción de varios fragmentos de artículos de prensa. Además, dicha biografía fue publicada con un Láscaris todavía vivo, lo que obligó al autor, según propia confesión, a atenerse “tanto para él [Eugenio] como para sus predecesores, estrictamente a los hechos” (CASTRO, 1989: 17). Y si bien del quehacer investigador del profesor costarricense no podemos dudar, tampoco es posible obviar

⁴ Había visto la prensa originariamente en París como «Le Prince Eugène Lácaris Comnène: Grand Maître Souverain de l'Ordre Constantinien (Son oeuvre et ses antécédents familiaux)», *Etudes Constantiniennes*, 3 (1959). La edición que manejamos (Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1898), fue editada por uno de los hijos de Eugenio, Juan Arcadio. Su autor, Castro y Tosi (1921-1971), fue un destacado intelectual costarricense especializado en historia virreinal centroamericana, genealogía y heráldica, que durante ocho años actuó como delegado permanente de Costa Rica ante la UNESCO. Otras contribuciones biográficas fueron las de José María Lana-Díaz en la revista *IPHBAU* (junio de 1962); la obra de Ricardo Pano, *Genealogía de la Casa Imperial Láscaris Comneno*, Tunja (Colombia), 1971; y en 1986, al calor del centenario del natalicio de Eugenio, la de Manuel Rivas i Reija, *Biografía de S.A.I. y R. don Eugenio Segundo Láscaris Comneno* y las aportaciones de diversos autores publicadas en la revista madrileña *Byzas*, 1, 2 (CASTRO, 1989: 30, 41-42).

que, en 1952, siete años antes de que éste publicara su biografía, Eugenio le había concedido el título de Marqués de Barzala.

Justo un año después de la concesión de dicho marquesado comenzó la que he definido como “polémica *Hidalguía*”.⁵ Dos cuestiones cabe avanzar respecto a tal debate. La primera, que no dio sus pasos iniciales en dicha revista, sino en la prensa diaria y, más concretamente, en el periódico *ABC*. También que en su desenvolvimiento y resolución jugó un importante papel, junto al anterior, el diario *Informaciones*. Que el debate que voy a revivir se situase en las páginas de la prensa diaria causó un gran daño a Eugenio y a su familia. Uno y otros fueron identificados de forma pública y de manera casi inmediata como falsarios.⁶ El segundo aspecto destacable del debate es que, a resultas del punto anterior, la familia Láscaris quedó socialmente estigmatizada. Ello supuso que mediada la década de 1950 sólo cupiera escribir, bien a favor, bien en contra de ella, lo cual generó la radical polaridad bibliográfica a la que antes hacíamos referencia.

No podemos comprender la polémica desatada en la revista *Hidalguía* sin atender a un aspecto fundamental: el contexto histórico. Lo que se discutió en sus páginas entre la primavera de 1953 y el verano del 54 trascendió en mucho a la persona de Eugenio Láscaris, pues lo que realmente se estaba ventilando se enmarcaba en el proceso de negociación que, por esas mismas fechas, mantenían España y la Santa Sede para la firma de un nuevo Concordato. Hacia 1952 o tal vez antes, el Vaticano había iniciado una campaña contra lo que Roma definía como falsas órdenes religiosas, campaña que saltó a la prensa española en el mes de abril de 1953, justo en el momento en el que las negociaciones entre ambos Estados se acercaban a su recta final. Durante el mes de mayo se continuó hablando del tema y, en ese contexto, un periódico como *ABC* no dudó en hacer el caldo gordo a la anteriormente citada campaña vaticana, sin duda que con la intención de allanar el camino en beneficio de ambas partes. El feliz

⁵ *Hidalguía, revista de genealogía, nobleza y armas*, es una publicación de la Real Asociación de Hidalgos de España que inició su andadura editorial allá por el año 1953 y que, a día de hoy, se mantiene activa.

⁶ Como más adelante veremos, el papel de la prensa en la vida de Eugenio resultó fundamental, aunque dispar en su incidencia. Si durante años se hizo eco de sus artículos de opinión, de sus proclamas legitimistas y de las voces de sus corifeos, más tarde acogió discusiones mucho más severas en torno a su persona. En cualquier caso y con carácter general, Eugenio, merced a la notoriedad que a través de la prensa alcanzó, obtuvo unos logros que de otra forma difícilmente hubiera conseguido. Puede incluso decirse que, sin la prensa, Eugenio Láscaris no hubiera existido.

desenlace, con la firma del Concordato entre la Santa Sede y España, tuvo lugar el 27 de agosto de 1953.

Pero ¿qué papel jugaba ahí Eugenio? Para comprenderlo debemos retroceder en el tiempo, hasta 1946, año en el que aquél inició una serie de actuaciones tendentes a potenciar las instituciones en las que pretendía sustentar su reclamo imperial. En esa fecha y en calidad de Emperador de Bizancio y duque de Atenas, se puso al frente y otorgó carácter internacional a la Orden Soberana e Imperial de Constantino el Grande y, también, a su rama femenina de Santa Helena. Más tarde publicó la revista *Patenon* (1948), órgano de la Asociación Cultural Greco-Española, con sede en Madrid y, el 15 de septiembre de 1950, fundó como extensión cultural de la citada Orden, la International Philo Byzantine Academy and University, que tuvo como órgano de expresión a la revista *IPHBAU*. Es decir, que a la altura de 1953, Eugenio se hallaba al frente de unas órdenes que fácilmente podían verse comprendidas en las pesquisas vaticanas y, a resultas de ello y dado el ya mencionado contexto de negociaciones concordatarias, despertar los recelos de las autoridades españolas. Ese fue el verdadero origen de la “polémica *Hidalguía*”, que tan funestas consecuencias tendría, en lo inmediato y en lo futuro, para la familia Láscaris-Comneno.⁷

La polémica se inició el 23 de abril de 1953 con la publicación en *ABC* de un editorial titulado «Falsas órdenes de caballería y falsos títulos nobiliarios». En él, a partir de lo publicado por el *Osservatore Romano* del 22 de marzo de ese mismo año, se citaba a “la Constantiniana Lascaris” entre las falsas órdenes religiosas.⁸ Ante tales informaciones y haciendo uso del derecho de rectificación, apareció en el *ABC* de 1 de

⁷ En sendas conversaciones mantenidas en los meses de abril y mayo de 2015 por quien esto escribe con Eugenio Láscaris-Comneno Torres, nieto de nuestro protagonista (y actual cabeza y heredero de los derechos que pudieran corresponderles a los Láscaris), aquél me confesó que su padre Teodoro mantuvo firme la idea de que fue el deseo de Eugenio de crear y conceder títulos y dignidades nobiliarias lo que dio inicio a la violenta campaña que se desató contra éste. Aprovecho para señalar que dada la existencia en la tradición genealógica familiar de un primer antepasado también llamado Eugenio, Eugenio Láscaris-Comneno Labastida se tituló Eugenio II y, su nieto, Eugenio Láscaris-Comneno Torres, se titula cuando la ocasión lo requiere, Eugenio III.

⁸ Según el *ABC*, el Vaticano había manifestado primero recelo y después franca repulsa por el uso indebido que ciertas personas habían hecho de pseudo-órdenes soberanas, religiosas, angélicas, etc. El editorial añadía: “Estas falsas órdenes atentan no sólo a los principios del derecho de la Iglesia, sino también a la soberanía del Estado español. Posiblemente, en atención a las personas aludidas, repetimos que dignísimas en muchos casos, el Estado no siempre ha aplicado con el máximo rigor las sanciones penales pertinentes, más bueno es que sepan todos que, de no corregirse el mal, pueden ser aplicadas en cualquier momento” <<http://hemeroteca.abc.es/>> En aras a no sobrecargar en exceso los pies de página, ofrezco para las referencias hemerográficas digitales la identificación general de la fuente y no la más concreta del ejemplar consultado. La fecha de consulta de dichas referencias fue el 23 de julio de 2015.

mayo una carta de Eugenio en nombre de la Orden Soberana e Imperial de Constantino el Grande. Encabezada en inglés, la misiva reconocía de buen grado la necesidad de denunciar a las falsas órdenes, pero señalaba que aquella de la que Eugenio era “gran maestre, por derecho propio”, nada tenía que ver con la Constantiniana Láscaris denunciada por el Vaticano.⁹ El 3 de mayo, el *ABC*, pese a reconocer que, efectivamente, no había hecho mención alguna a la Orden que Eugenio presidía, denunció que los estatutos de ésta no habían sido aprobados por el Ministerio de Asuntos Exteriores y que su promotor había sido requerido para que se abstuviese de conceder distinción alguna a ciudadanos españoles, teniendo por nulas las que hubiera podido haber dispensado.¹⁰ Concluía así la primera fase del debate.

Todo cambió cuando a principios de 1954 la revista *Hidalguía* publicó un prolijo, documentado y demoledor artículo en contra de Eugenio, que dañó gravemente a toda su familia y al acomodo de ésta en el seno de la sociedad bien del Madrid de la época.¹¹ El autor venía a denunciar, siempre en tono pretendidamente amable y jocoso, la que definía como metamorfosis de quién, siendo en realidad un infanzón aragonés descendiente de la Casa de los Lascorz, había usado de sus saberes legales, de la complicidad de ciertas personas y de la credulidad de otras para, entre 1917 y 1935, efectuar una serie de engaños y falsificaciones legales tendentes a mutar su verdadera identidad. El objetivo último de tal patraña era, según Palacio, la inserción de Eugenio en la Casa bizantina de los Láscaris y, con ello, legitimarse para el reparto de honores y distinciones y hacerse merecedor al trono de Grecia. En cualquier caso y antes de publicar el artículo, la revista mantuvo una entrevista con Teodoro, Constantino y Juan Arcadio Láscaris, siendo el primogénito quien a modo de coda al texto de Palacio aprovechó la ocasión para responder a éste en una nota aclaratoria en la que defendía la tradición genealógica familiar.¹²

⁹ Tras puntualizar Eugenio que la palabra de Soberana aplicada a la Orden de Constantino el Grande era puramente simbólica y sin materialidad alguna, cerraba la carta señalando que aquella no desplegaba en España actividad alguna, a la espera de que el Estado legislará sobre el tema para, en ese momento, solicitar de éste el oportuno reconocimiento <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

¹⁰ <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

¹¹ PALACIO Y PALACIO, José María de, «Las falsas Órdenes de Caballería. Reflexiones en torno a un Porfyrogénito y Emperador de Byzancio de... vía estrecha, Gran Maestre de la “Soberana Orden Imperial de Constantino el Grande y de la Corona Real Eslava de los Wendos” (El curioso caso del doctor Lascorz)», *Hidalguía*, 4 (enero-marzo 1954), pp. 73-97. En el artículo se afirmaba que la denegación de la constitución de la Orden de Constantino el Grande por el Ministerio de Gobernación databa del 21 de junio de 1949 (p. 95).

¹² LÁSCARIS-COMNENO, Teodoro, «La familia imperial Láscaris desde el siglo XVIII hasta principios del XX», *Hidalguía*, 4 (enero-marzo 1954), pp. 97-101. Se cerraba el asunto con la publicación a cuenta de *Hidalguía* de hasta seis posibles genealogías atribuidas a la familia Láscaris (pp. 101-102).

No satisfechos con lo anterior, los Láscaris trasladaron la discusión a la prensa diaria y, en el diario *Informaciones* de Madrid del 13 de marzo de 1954, apareció una entrevista de Josefina Carabias con Teodoro: «Una discusión bizantina: el príncipe Eugenio de Láscaris, pretendiente legítimo al trono de Grecia. Su hijo, el príncipe Teodoro, responde a la Revista *Hidalguía*, que acusa a su padre de falsario». ¹³ A partir de ahí, *Informaciones* publicó el 3 de abril una larga «Carta al director» de José María Palacio, que a su vez fue respondida por otra firmada por “El príncipe Teodoro Láscaris”, que apareció en dicho periódico el 1 de mayo. En ella, Teodoro, que había asumido la portavocía familiar dada la vejez de Eugenio, “sus canas y su invalidez”, respondía: “El marqués de Villarreal de Álava es nuestro enconado perseguidor. Ya es antigua, de varios años, su campaña (...) Desde luego nuestra familia ignora las razones por las que se la persigue, y además nunca ha perjudicado al marqués de Villarreal de Álava, a quien no conoce”. El 15 de mayo el diario anunciaba que daba por terminada la polémica publicando unas «Aclaraciones del marqués de Villarreal de Álava a don Teodoro Láscaris». Fue un final en falso, pues tal y como he señalado, *Hidalguía* recopiló la discusión en su siguiente número y, pese a anunciarse el final de dicho debate, éste tuvo todavía un epílogo en el siguiente ejemplar de la revista, el cual resultó especialmente amargo para las pretensiones de los Láscaris-Comneno. ¹⁴ El resultado de la “polémica *Hidalguía*” dejó a éstos profundamente estigmatizados.

Los ecos a la muerte de Eugenio

Eugenio Láscaris falleció el 1 de junio de 1962. Debieron sin embargo de transcurrir varios años para que, de nuevo, se generase un cierto volumen de producción bibliográfica en torno a su figura. Una bibliografía de carácter familiar y laudatorio que lo primero que viene a demostrar es la comprensible merma del interés de los extraños hacia la figura de quien era ya, una vez fallecido, incapaz por sí mismo de generar noticias tan atractivas como las que en vida había provocado. Lo segundo que prueba

¹³ Los textos de la polémica aparecieron posteriormente formando parte del artículo «Las falsas Órdenes de Caballería. La crisis de una familia imperial», *Hidalguía*, 5 (abril-junio 1954), pp. 261-276. De ahí los tomo. Palacio denunció en el citado artículo que Juan Sáenz y Díez, uno de los dueños de *Informaciones*, ostentaba la Gran Cruz de la Orden de Constantino el Grande, lo que explicaría, según aquél, la parcialidad de ese diario (PALACIO, 1954b: 269).

¹⁴ Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica. «Informe sobre la polémica en relación a los señores de Láscaris», *Hidalguía*, 6 (julio-septiembre 1954), pp. 441-448. El informe concluía que: “resulta cierto que el verdadero apellido de los antepasados de don Eugenio Láscaris es el aragonés Lascorz” (p. 447). El informe se reprodujo, además de en *Hidalguía* e *Informaciones*, en el *ABC* de 13 de julio de 1954 bajo el título, «Pleito genealógico fallado» <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

esa renovada corriente bibliográfica es la necesidad que existía de reconstruir un discurso favorable a Eugenio, tras la inclemente labor que José María Palacio había llevado a cabo. En cualquier caso y más allá de ese ligero *revival* bibliográfico propiciado por amigos y familiares, pocos autores se han interesado en el último medio siglo por Eugenio Láscaris, muestra palmaria de la inanidad en la que la memoria de éste se ha ido agostando.

En cualquier caso y atendiendo a un criterio meramente cronológico, tras la muerte de Eugenio la primera obra que trató su figura fue un *Estudio histórico jurídico de las Órdenes Caballerescas Independientes*, redactado hacia 1970 por su hijo Teodoro desde el otro lado del Atlántico.¹⁵ Es éste un trabajo nacido del interés del autor por las órdenes militares y religiosas que no era sino continuación del que por esas había mantenido su padre. En verdad, Teodoro, además de dedicarse a una carrera docente e investigadora en el campo de la filosofía, la educación, el derecho y la historia, sólo de manera tangencial publicó sobre el legitimismo familiar en su vertiente más política, esto es, en tanto que reclamación de derechos hereditarios al trono de Grecia, prefiriendo dedicar su tiempo a cuestiones más vinculadas con el mantenimiento y defensa de las ordenes de Constantino el Grande y la de Santa Helena.

Más vinculada con el tema que aquí tratamos es la aportación que años después realizó el menor de los hijos varones de Eugenio, Juan Arcadio, con *La Orden Bizantina de San Eugenio de Trebizonda* (1990).¹⁶ En la introducción, al referirse a los acontecimientos políticos que en 1989 (momento en el que escribe) se estaban desarrollando en la Europa oriental, no dudó en anudar tal proceso histórico al proyecto que en vida había mantenido su padre: “No cabe duda alguna que nuestro Padre, Eugenio II, con su característica sencillez supo ver un futuro próximo lleno de esperanzas para las generaciones venideras; así, a todas sus instituciones, las dotó con un espíritu moderno, dentro de sus tradiciones, que permitirá ver más claro el papel que en sus momentos pueden realizar para coadyudar a esta inmensa obra transformadora en

¹⁵ LÁSCARIS-COMNENO, Teodoro, *Estudio histórico jurídico de las Órdenes Caballerescas Independientes*, Valencia, Universidad de Carabobo [1978 c.] (reed. Madrid, Berkana, 2000).

¹⁶ LÁSCARIS-COMNENO, Juan Arcadio, *La Orden Bizantina de San Eugenio de Trebizonda*, [Madrid], Casa Imperial y Real de Láscaris Comneno, 1990. Consultado en Biblioteca Nacional, signatura 9/32918. Según el autor, la citada Orden fue restaurada en 1950 por Eugenio para “la difusión y propagación del Helenismo y Neo-Byzantinismo como luces para el siglo próximo, para que una mejor entente y comprensión reinen entre las diferentes élites y los diversos países de la tierra” (LÁSCARIS-COMNENO, 1990: 9). Estudia Juan Arcadio la historia del Imperio Romano de Oriente en Trebizonda, su numismática, heráldica, vexilología, etc.

que se encuentran los países empeñados en llevar a cabo (sic.)” (LÁSCARIS, 1990: 8). Lo verdaderamente significativo de estas palabras es su capacidad para orientar nuestra percepción en dirección a la íntima relación que, a lo largo de toda su vida, logró acordar Eugenio entre los sucesos de su tiempo y su propia evolución personal. Más allá del grado de acierto o de lo adecuado del juicio de valor, Juan Arcadio alcanzó a vislumbrar algunas de las pasarelas que permitieron a su padre construirse como un completo sujeto histórico, empeño en el que aunó la singularidad de su existencia con las dinámicas sociales en las que aquella se desarrolló. Como espero mostrar a lo largo de la presente investigación, el tiempo y el espacio histórico son factores fundamentales para la adecuada comprensión de las actuaciones de un personaje, Eugenio Láscaris, agente y producto de una determinada época.

Tal y como había sucedido con el debate suscitado en las páginas de *Hidalguía*, también ahora volvieron a proyectarse lecturas encontradas de la figura de Eugenio. Y como entonces, tampoco ahora fueron todo parabienes. Entre esas lecturas podemos destacar las de los historiadores Arnaud Chaffanjon y Enrique Balmes. El francés Chaffanjon, especializado en la genealogía de la aristocracia europea, publicó *Ordres et contre-ordres de Chevalerie* (1983), obra en la que entre otras muchas cuestiones afirmaba que Eugenio había sido “presidiario”.¹⁷ Teniendo a Chaffanjon como referente, el colombiano Balmes redactó *Las Órdenes de Caballería en el Nuevo Reino de Granada y en la época actual* (1996), texto en el que negaba el carácter caballeresco de la Orden de Constantino el Grande y denunciaba que tanto Eugenio como Teodoro se habían beneficiado económicamente de ésta.¹⁸ En defensa del honor familiar salió de manera inmediata Teodoro, quien tras conocer el trabajo de Balmes redactó unas *Precisiones a la publicación de Enrique Balmes Arteaga “Las órdenes de caballería en el Nuevo Reino de Granada y en la época actual”* (1996). Las *Precisiones* de Teodoro fueron incluidas entre los textos de *El doctor Teodoro Láscaris-Comméno y su perenne*

¹⁷ La obra recibió el prestigioso *Prix Mottart* de la *Académie française* de ese mismo año. Cito a partir de (LÁSCARIS-COMMÉNO, 2014).

¹⁸ BALMES, Enrique, *Las Órdenes de Caballería en el Nuevo Reino de Granada y en la época actual*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1996. En mayo de 1987 Balmes había sido nombrado por Teodoro “Comandeur” de la Orden de Constantino el Grande, dignidad que éste le retiró de forma inmediata en julio de 1996, apenas aparecido el trabajo aquí referido. Cito a partir de (LÁSCARIS-COMMÉNO, 2014).

legado. *Homenaje a los ocho años de su fallecimiento* (2014), hasta la fecha última aportación historiográfica al estudio de los Láscaris-Comneno.¹⁹

Pero antes de que se le rindiera a Teodoro el antedicho homenaje se habían publicado dos breves notas sobre Eugenio. La primera a cargo del historiador aragonés Eloy Fernández Clemente, quien en *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (1996), vio en aquél una mera “muestra exótica” caracterizada, sin embargo, por la discreción.²⁰ Y la segunda a cargo de Gregorio Doval en *Fraudes, engaños y timos de la historia* (2011).²¹ Lo relevante de esta nota no es lo que está nos dice de Eugenio, de quien el autor apenas alcanza a esbozar cuatro gruesas pinceladas tomadas de no importa dónde, sino el apartado en el que lo encuadra, el de los “impostores, farsantes y dobles vidas”, dibujando así con perfecta nitidez la estela sobre la que aquél surca en la historia.

En cualquier caso, si dejamos de lado la anécdota que representa el texto de Doval (cuya obra es un mero subproducto de las *miettes de l’histoire* de las que hablaba F. Dosse) y regresamos a las obras de Chaffanjon y Balmes, lo primero que hay que considerar es la capacidad de éstas para reabrir la polémica entablada cuatro décadas atrás en torno a las pretensiones familiares de Eugenio Láscaris. Una polémica que, por otra parte, parecería confirmar la interpretación de que toda revisión historiográfica de la figura de Eugenio que bucease en torno a su presumible ascendencia griega, acabaría chocando una y otra vez con el discurso casi mitológico que la familia mantenía. De lo anterior se deduce una evidente paradoja, pues si bien la más reciente historiografía sobre Eugenio ha logrado movilizar viejas y sustanciales polémicas en torno a su figura, se ha manifestado incapaz de desbrozar nuevos caminos y albergar distintas interpretaciones. Parecería que, de permanecer en ese terreno, todo intento de progreso

¹⁹ LÁSCARIS-COMNENO TORRES, Eugenio, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja (Colombia), Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014 (las precisiones de Teodoro en pp. 15-28). Esta obra, prologada por el nieto de Eugenio, comprende un amplio conjunto de textos laudatorios redactados por personas cercanas a Teodoro durante los años en los que éste residió en Colombia y Venezuela.

²⁰ FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Tomo 2. La sociedad*, Zaragoza, Ibercaja, 1996. Acompañando a una fotografía de Eugenio puede leerse: “En fin y como una muestra exótica, recordemos que en aquellos años vive en Zaragoza, como procurador de los tribunales y aragonés de arraigo, el candidato al trono griego, descendiente de los Láscaris, Eugenio Lascorz Labastida. Persona discreta, de no ser por alguna nota de prensa apenas se sabría de esa su «candidatura» o carácter de pretendiente a un trono bien lejano, sobre todo en el tiempo” (FERNÁNDEZ CLEMENTE, 1996: 31; fotografía en 28).

²¹ DOVAL, Gregorio, *Fraudes, engaños y timos de la historia*, Madrid, Ediciones Nowtilus, 2011. En este prontuario de falsarios, nuestro protagonista también halla hueco (p. 259).

en la discusión quedaría constreñido a una lid entre dos viejos luchadores: la historia y el mito.²² Y es precisamente ante a esa lectura, a mi parecer en exceso plana, frente a la que se posiciona el presente trabajo. Superar la inmovilidad de un estado de la cuestión binario y hace tiempo encallado es, también, uno de mis objetivos.

²² Para la irresoluble tensión entre historia y mito, HOBBSAWM, Eric, «El historiador entre la búsqueda de lo universal y la búsqueda de la identidad», *Historia Social*, 25 (1996), pp. 81-90. Algo de lo dicho por el británico puede venirnos bien a la hora de enfrentarnos a los orígenes familiares de Eugenio Láscaris.

II. BIOGRAFÍA, IDENTIDAD Y MEMORIA

Ofrezco a continuación una reflexión sobre la metodología y dos de los principales marcos conceptuales que soportan el presente trabajo. La metodología se basa en el enfoque biográfico, el privilegiado “prisma de la historia” al que se refería la historiadora norteamericana Barbara W. Tuchman (TUCHMAN, 2009). Y los marcos conceptuales se vinculan a las nociones de identidad y memoria (y, más singularmente, a lo que la historiadora española Josefina Cuesta (CUESTA, 1998), define como “usos de la memoria”).²³ Valgan estas dos citas de autoridad como guía con la que adentrarse en las siguientes páginas.

La oportunidad biográfica

En un ya célebre artículo Pierre Bourdieu mencionaba *l'illusion biographique* como el espejismo que surge ante el investigador cuando éste contempla la vida del investigado como un relato lineal, coherente y dulcemente previsible e, inducido por ello, acepta el pleno sentido de la existencia por él contada (BOURDIEU, 1986). Bien sabía el sociólogo francés que una vida no es una concatenación de sucesos preparada para que, si por casualidad un historiador poco ocupado en otros menesteres decidía un día dedicar su tiempo al estudio de aquella, le bastase con ensartar uno tras otro tales sucesos para lograr un relato lógico y previsible, tan monocorde como la vida del biografiado había sido. Bourdieu no negaba las continuidades ni la capacidad de inteligibilidad del relato de una vida humana. Simplemente afirmaba la existencia de rupturas y la necesidad de abordar múltiples y, en ocasiones, contrapuestas lecturas de una misma vida. Conviene no olvidar este consejo en el caso que aquí nos ocupa, la experiencia de un hombre, Eugenio Láscaris, construido tanto sobre las continuidades (de su núcleo familiar, de su actividad profesional, del ideal greco-bizantino, etc.), como sobre las rupturas (de su

²³ A modo de mínima noticia de las actuaciones más relevantes que en las dos últimas décadas se han efectuado en el campo de la biografía histórica, y sólo por lo que a España respecta, señalar los trabajos colectivos propiciados por la Unidad de Estudios Biográficos de la Universitat de Barcelona, dirigida desde 1994 por Anna Caballé, o por la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía, desde 2009 bajo la dirección de Isabel Burdiel. A nivel individual, y desde que en 1990 José Álvarez Junco publicara *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, se han sucedido biografías históricas tan importantes como la de Isabel Burdiel, *Isabel II. No se puede reinar inocentemente* (2004) o la de Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña* (2008). También la reflexión teórica ha sido significativa de mano de las ya citadas Caballé y Burdiel y, también, a cuenta de Pedro Ruiz Torres, Mónica Bolufer o Mónica Burguera, entre otros. En cuanto a la memoria y su relación con la historia, destacar los numerosos trabajos sobre dicho tema de Josefina Cuesta y el libro de Paloma Aguilar, *Políticas de la memoria y memorias de la política* (2008). El acercamiento de la historiografía española en relación con la identidad ha sido relativamente generoso en la vertiente colectiva de ésta, caso del estudio de la identidad nacional española y el de las identidades de las distintas culturas políticas de nuestro país. Menores son los trabajos sobre identidades individuales, asunto que, en todo caso, suele asociarse al estudio biográfico. Una asociación entre identidad individual y biografía que ya apuntó el sociólogo británico Ken Plummer al señalar que lo más característico de esta última es, “la busca de un sujeto” (PLUMMER, 1989: 1-14).

ascendencia familiar, su identidad personal, su identidad nacional, etc.). Todo ello hace de él un modelo casi perfecto para evitar aquello de lo que Bourdieu nos prevenía, la ilusión biográfica. Si lo conseguimos, habremos reconvertido el riesgo en oportunidad.

Convendría sin embargo retener por un tiempo la idea preventiva de que la escritura biográfica es un género complejo. Los motivos son múltiples, tanto de forma como de fondo. Y a su propia complejidad en tanto que género narrativo se suma que la biografía, en manos del historiador, pasa a ser un género historiográfico, lo cual implica la posible repetición de alguno de los viejos errores que han acompañado a la escritura histórica. Cabe así que la biografía histórica mantenga la preferencia por las clásicas jerarquías sociales, que sustituya la explicación y la larga duración por la preponderancia del tiempo corto individual o, sólo por citar algunos de sus peligros, que revalide la primacía del gran hombre y de la historia política en detrimento de los colectivos humanos y de la historia social (BURDIEL, 2014: 50-51). En este último caso y de optar por el gran hombre, el historiador corre el riesgo de olvidar a aquellos vencidos de la historia a quienes W. Benjamin quiso dar voz, contribuyendo a hacer de la biografía un uso historiográfico ligado inexorablemente al poder. Dónde quedan entonces los individuos que no triunfaron, aquellos cuyas tesis e ideario no lograron hacerse hueco entre sus contemporáneos o, incluso, aquellos que, como Eugenio, sólo lograron que su voz se oyese en círculos cerrados, casi clandestinos, siempre al margen de las pautas tenidas por habituales.²⁴ Para evitarlo, la biografía debe estar en disposición de atender a todos los hombres y a todas las mujeres, pues todos ellos son, somos, teselas del gran mosaico de la historia.

Pero atender a todos es imposible, de donde se precisa la cuidadosa selección por parte del historiador del sujeto que éste colocará bajo su microscopio. ¿Por qué a Láscaris, entonces? En primer lugar por un motivo práctico, algo siempre importante y pocas veces confesado a la hora de encarar un trabajo historiográfico: la disponibilidad de las fuentes. Son múltiples los recursos informativos que en torno a su figura he logrado reunir, documentos que ilustran los distintos periodos de su vida, sus actuaciones más significativas, los ambientes sociales en los que se desarrolló, etc. Ello me posibilita ofrecer una visión panorámica de su existencia capaz de facilitar una

²⁴ Es decir, dónde acoge la biografía a los "heterodoxos", tal y como se preguntan Burdiel y Pérez Ledesma (BURDIEL y PÉREZ LEDESMA, 2000: 14-15).

primera aprehensión global de ésta. Sin embargo, una biografía no se construye sobre una acumulación de documentos cronológicamente ordenados y capaces de informarnos de *todo* lo que le aconteció al biografiado, en el afán siempre inalcanzable de contarlo *todo* sobre su vida. Es preciso por tanto, tras dibujar un panorama global de la vida de Eugenio, abrir un segundo frente mediante un acto de delicada ejecución: la selección. Una selección de lo históricamente más relevante que también cuenta en el presente caso con un importante apoyo documental, pues fue en los instantes en los que Eugenio se dio a entender de forma manifiesta cuando, en buena lógica, un mayor volumen de documentos generó en torno a sí. Siempre quedó lejos de mi intención presentar una biografía que comprendiera todas las caras, todas las acciones y todos los tiempos de Eugenio. Sólo he deseado acercarme a una semblanza del mismo capaz de iluminar alguna de sus facetas (la del heredero de Bizancio, la del conspirador político, la del sujeto de cambiante identidad) y alguno de sus momentos (la del joven decidido a construirse, la del hombre maduro dispuesto a dar batalla). El Eugenio *definitivo* deberá aguardar.

El segundo motivo por el cual tomé a Eugenio entre mis manos fue por algo menos pragmático y, tal vez, mucho más pretencioso: el deseo de situarme como historiador en el intersticio que media entre el agente individual y la estructura social. Y pensé que un personaje como Eugenio, tan poderosamente único y singular como porfiadamente en pugna con los límites que la sociedad la había marcado (era un Láscaris atrapado en la identidad de un Lascorz, un procurador que se quería príncipe, un aragonés natural de la Hélade), era el sujeto perfecto para solventar tal empeño. Mas para dar debida cuenta a mi deseo de analizar la tensión existente ente individuo y sociedad, es preciso proceder previamente a una doble operación intelectual: de un lado, reafirmar la individualidad de Eugenio; de otro, y aunque resulte extraño y paradójico, desindividualizarlo.²⁵ Al individualizarlo, espero determinar tanto lo que tuvo de único y singular, como de representativo de otras pautas de comportamiento humano. Al desindividualizarlo, extraer lo que su época reflejó en él. El resultado de esa doble operación intelectual será un Eugenio agente individual al tiempo que ser social.

²⁵ Tomo la expresión de Sabina Loriga, quien aboga por que la biografía histórica ofrezca una visión desindividualizadora del individuo, es decir, por hacer de éste, además de un individuo, un ser social (LORIGA, 2010).

El tercer motivo para la elección de Eugenio como sujeto biográfico es la posibilidad que ofrece de plantear a cuenta suya una o dos cuestiones de cierto interés historiográfico. Además de otras que abordaremos más adelante, Eugenio permite reflexionar en torno a la relación entre historia y azar, para lo que basta con ofrecer su biografía como ejemplo del peso que la contingencia puede alcanzar en la historia. Y, también, reflexionar sobre el poder performativo del lenguaje y preguntarnos cómo es posible que la construcción de un relato biográfico por parte de un individuo habitante de un confín del Mediterráneo, pudiera tener resonancias tan profundas sobre la situación política de un país situado en las antípodas de dicho mar (y ello cuando la relación entre ambos, Eugenio y Grecia, se tejía exclusivamente a través del discurso historicista y subjetivo que aquél había gestado).

Disponibilidad de las fuentes, iluminar el hueco existente entre agente y estructura y plantear alguna pregunta historiográficamente relevante. Esos son tres de los principales motivos por los que hice de Eugenio Láscaris objeto de una biografía histórica. Pero hay una última cuestión fundamental. Creo sinceramente que sólo desde la perspectiva biográfica, desde ese privilegiado “prisma de la historia” del que hablaba B. Tuchman, es posible asomarse de forma sutil a las actuaciones del individuo, en mi caso Eugenio, intuir los espacios que habitó y aproximarse al sentimiento del tiempo que acompasó su vida.

Al concluir este apartado dedicado a la reflexión sobre la biografía histórica caigo en la cuenta de la gran incoherencia que acabo de cometer. Si tan evidente es el poder heurístico de la biografía, ¿a santo de qué tanta justificación teórica de mi opción por ella como método de análisis histórico? Supongo que, todavía, como dice Isabel Burdiel, la biografía mantiene el pecado original de ser un “género borroso” necesitado de sesudos apoyos para ser admitido entre los quehaceres científicamente respetables (BURDIEL, 2000: 25). La ligazón entre aquella y la literatura explican en parte tal prejuicio. En cualquier caso y en buena medida merced a esa relación entre “poesía y verdad” de la que nos hablaba Goethe, lo cierto es que pocos géneros históricos son capaces de despertar la atención del lector tal y como la biografía lo hace. Ni la crisis del modelo feudal, ni la revolución de los precios en la Europa del XVI, ni los estudios sobre el nicho electoral nazi, tienen esa capacidad casi inmediata de interesar al lector

que acompaña a la biografía. Entonces, si fracaso a la hora de despertar el interés de quién esto lea, poco podré esgrimir en mi defensa.

Las identidades del sujeto

Tal y como apuntábamos al comenzar este capítulo, en los últimos tiempos los historiadores se han ocupado profusamente de las identidades colectivas, pero mucho menos de las individuales.²⁶ Cabría decir que éstas no son objeto historiográfico, pero eso equivaldría a mantener la teoría de que los individuos no son material histórico, error que al tratar sobre el género biográfico espero haber ayudado a debilitar. Además, esa desatención del historiador por el individuo se acompasa mal con el periodo que todavía habitamos, el epílogo de una modernidad que hizo del individuo racional la clave de bóveda de su proyecto histórico.²⁷ Sin embargo, hoy sabemos de la necesidad de profundizar en los procesos de construcción y definición social y personal de los individuos para comprender su situación y sus acciones. Sólo así el proceso de construcción de una identidad personal puede alcanzar para el historiador categoría epistemológica.

En una obra de juventud, *Las tribulaciones del estudiante Törless* (1906), el vienés Robert Musil problematizó la cuestión de la identidad en nuestro tiempo. Inmerso en un espíritu *fin de siècle*, el yo en construcción del personaje de Musil es plural, diverso y cambiante, alterando su esencia conforme pasan los días. Apoyado en Nietzsche, Musil despojó a la identidad personal de la propiedad de ser algo natural,

²⁶ Y lo cierto es que, tal vez, entre unas y otras hay más puntos en común de los que en un primer momento puedan observarse: “Ahora bien, es precisamente a partir de las herencias identitarias como hemos recibido que podemos construir nuestra identidad personal y la identidad nacional de la nación a la que pertenezcamos o queramos pertenecer (...). De hecho, la identidad nacional es sólo un ingrediente más de la identidad personal. Y las identidades personales, como también las nacionales, son procesos abiertos: son identidades provisionales, revisables, efímeras, inconclusas” (DEFEZ, 2003: 300). Sobre las identidades individuales, la obra más significativa que conozco es, sin duda, la de Natalie Z. Davies *El regreso de Martín Guerre* (DAVIES, 1984). En ella la historiadora estadounidense reflexiona de manera explícita sobre “el significado de la identidad en el siglo XVI” (p. XII), sobre Martín Guerre como “caso excepcional” (p. 4) o sobre lo corriente de construirse en los pueblos y aldeas del XVI una “identidad falsa” (pp. 38-39). También analiza la reconstrucción de una identidad individual el historiador cubano Manuel Moreno Friginals. En *Cuba/España, España/Cuba: historia común* (MORENO FRAGINALS, 1995), traza la semblanza del aventurero español del XVII, Francisco Díaz Pimienta, quién al parecer trocó sus ascendientes para blanquear su sangre *impura* (pp. 75-78). Y un caso que saltó recientemente a la prensa fue el de Enric Marco, quien hasta su desenmascaramiento simuló durante años ser superviviente del *lager* de Mauthausen. El 15 de mayo de 2005, Mario Vargas Llosa le dedicó en *El País* el artículo «Espantoso y genial» (VARGAS LLOSA. Recurso electrónico).

²⁷ En ese sentido es preciso reconocer que el metarrelato que de sí misma generó esa modernidad soslayó, en beneficio de una racionalidad tenida por necesaria para explicar procesos históricos tan ligados a aquella como la burocratización, la urbanización, la industrialización o la secularización, un espacio tan importante como el de las emociones, fundamental para explicar la construcción de las identidades individuales. Sobre la presencia de lo emocional en la actual agencia historiográfica (ASCHMANN, 2014).

definitivo y estable, e hizo de aquella un acto constructivo, un proceso en devenir alejado de toda noción de inalterabilidad y permanencia.²⁸ Curiosamente, el mismo año en que la novela de Musil vio la luz, moría el padre de Eugenio, quedando la salvaguarda de la tradición de la familia Láscaris en manos de la siguiente generación, que Eugenio encabezaba. Es sólo una coincidencia cronológica, claro. Lo que no es tal coincidencia es el deseo del personaje de ficción, el estudiante Törless, y el de Eugenio, por esos años también estudiante, de hacer de sus vidas un ejercicio de voluntad dirigido a construirse a sí mismos mediante la propia autonarración.

En ese sentido y fueran cuales fueran sus verdaderos orígenes, la identidad que alcanzó a poseer Eugenio fue fruto de un elaborado proceso de construcción. Y en buena medida y gracias a ello, Eugenio representa un modelo óptimo con el que explorar el juego de intermitencias, de idas y venidas, de continuidades y rupturas, que se producen a lo largo de una vida, tanto en la diacronía, pues su actuación se extendió a lo largo de casi medio siglo, como en la sincronía, pues fue a un tiempo hombre de leyes y príncipe, juez militar y erudito filobizantino. Así, su mutable identidad permite sustituir una visión estática del sujeto histórico por otra fluida y cambiante.

Cambio, sustitución y restitución

Una de las palabras que más se repiten en torno a Eugenio Láscaris es la de falsario. Así se le definía en *Hidalguía, ABC e Informaciones*, y así fue considerado por la comisión formada por el Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica para dilucidar sobre su caso. También fue tildado de falsario por historiadores como A. Chaffanjon y E. Balmes y por el divulgador histórico G. Doval. Creo sin embargo que no es esta la forma correcta de analizar el comportamiento de Eugenio, al menos, de hacerlo según los criterios y los instrumentos de trabajo de que los historiadores disponemos. Afirmar que Eugenio fue un mentiroso (algo que no estoy en disposición de hacer, al menos en el sentido que los autores antes citados dieron a tal expresión), no sólo no aporta nada a la explicación histórica del personaje, impidiendo su contemplación como sujeto histórico, sino que además puede adentrarnos en páramos ajenos a nuestra disciplina.²⁹ Situar en

²⁸ Un detallado repensar la identidad a través de Musil en (LLINARES, 2003).

²⁹ Rosa García-Orellán, al tratar del problema de la “verdad” señala: “Los relatos de vida o historias de vida son subjetivos. No es labor de la persona investigadora perseguir la verdad de dichos relatos, sino penetrar en el entramado de los mismos, donde se construyen y reconstruyen las relaciones sociales y, en definitiva, la cultura, que está emergiendo a través de la incorporación de experiencias, que la persona muestra en su relato” (GARCÍA-ORELLÁN, 2012: 77). Eso no quiere decir que la mentira no informe.

el centro del debate lo que de verdadero o falso puede existir en el objeto estudiado no es un criterio histórico, es un juicio moral. En todo caso y como historiadores, debemos observar los mecanismos que permitieron la incorporación, eliminación o suplantación de aquello por lo que nos interrogamos y, sobre todo, los motivos por los que tal cambio se produjo, los huecos que intentó cubrir y las funciones que cumplió.³⁰ Es preciso para ello conocer la forma en que Eugenio recurrió a determinados manejos legales, a sus redes de relación social y a sus contactos políticos, periodísticos y con el mundo de la cultura para determinar el cómo de su actuación; a su situación personal y a la tradición familiar que representaba, así como al convulso hervidero internacional al que se vinculó de forma irreversible, para conocer qué fallas quiso allanar; a las respuestas que obtuvo, políticas y sociales fundamentalmente, para saber qué función cumplió. Y para todo ello, decir que fue un falsario, es no decir nada.

Afortunadamente los conceptos históricos vienen en no pocas ocasiones en nuestra ayuda. En el caso que me ocupa, es el concepto de *cambio* el que tomo en préstamo, y siguiendo a Josefina Cuesta lo entiendo como un uso propio de la memoria.³¹ Una memoria que no utilizo con la intención de diseccionar las actuaciones de un grupo o una sociedad dada, sino para indagar en las de un individuo. La memoria individual (y también la colectiva) es selectiva, frágil, limitada y sujeta a múltiples posibilidades de manipulación. Y de entre esas múltiples posibilidades de manipulación, la del cambio es una de las más importantes, pues, si el cambio se ejecuta con limpieza, permite mantener la linealidad del discurso del sujeto en relación con un pasado ahora cambiado y, al tiempo, proyectar un mensaje hacia el futuro libre de toda sospecha. Un trabajo que aúna con efectos plenamente palpables lo real y lo simbólico, y que puede manifestarse bien mediante la sustitución, bien mediante la restitución de una serie de elementos del pasado pretendidamente perdidos y ahora recuperados.

Simplemente que para extraer todo el jugo a dicha información no basta con denunciarla, sino que es preciso detenerse a analizar por qué y para qué se produce, qué estrategias hay tras ella y en qué contexto social surge.

³⁰ Mucho mejor lo expresó E. Hobsbawm cuando escribió que lo sustancial del estudio de las tradiciones inventadas era que éstas permitían el desvelamiento de unos *síntomas importantes* que actuaban en forma de indicadores de problemas que de otra manera no era posible identificar (HOBBSAWM, 2002). Son algunos de esos *síntomas importantes* los que busco desvelar mediante la interrogación de Eugenio Láscaris.

³¹ Entre los trabajos de la memoria la profesora Cuesta enumera, además del cambio, los del recuerdo, silencio, olvido, nostalgia y mito (CUESTA, 1998: 206-208). Un enfoque analítico basado en el dúo memoria-cambio amplía de manera inmediata las líneas de investigación, pues son varios los objetos (a quien cambió de identidad y a quienes reaccionaron al cambio) y varios los relatos (los discursos de uno y los de los otros) que hay que estudiar.

Pero la sustitución y la restitución precisan de material social, lo que otorga a ambas operaciones una connotación histórica que resulta imposible de obviar. Además, cualquiera que sea el cambio propuesto por el individuo, y si desea que éste tenga una mínima pretensión de autenticidad, deberá evitar toda sospecha de capricho y arbitrariedad. Sólo si la nueva identidad construida a través de ese “uso de la memoria” que es el cambio emana de unas preexistentes estructuras sociales de producción y sentido, podrá éste ser socialmente aceptado.³² Como iremos viendo en las próximas páginas, todas estas características se cumplieron en el caso de Eugenio, quien más allá de efectuar una completa operación de cambio basada en las múltiples estrategias que la memoria posibilita, logró mediante la sustitución de unos elementos de su pasado familiar por otros (Láscaris sustituyó a Lascorz y la sangre bizantina a la aragonesa) y, sobre todo, mediante la restitución de unos materiales biográficos que reclamaba como suyos (el credo ortodoxo, el patronazgo de varias órdenes de carácter caballeresco, el neo-bizantinismo o la legitimidad dinástica), la fórmula mágica a través de la cual operó su reversión de identidad.

³² Al comentar los mecanismos que facilitan la recreación de la propia biografía, Jordi Roca y Lidia Martínez afirman: “El relato de vida, por tanto, no es siempre —e incluso podríamos afirmar, en cierto modo, nunca— un producto individual. Deriva, en buena medida, de un amplio contexto grupal, cultural, ideológico e histórico, razón por la cual puede ser considerado como la expresión de la identidad social del informante” (ROCA y MARTÍNEZ, 2012: 96).

III. LA RESTAURACIÓN DEL IMPERIO BIZANTINO

III. 1. 1906: la herencia recibida

Eugenio Lascorz Labastida nació en Zaragoza a las nueve y cuarto de la noche del día 26 de marzo de 1886, siendo bautizado dos días más tarde en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Pilar, calle de la Manifestación número setenta y seis. Hijo legítimo de Manuel Lascorz Serveto (1849, Plan, Huesca-1906, Zaragoza) y de Carmen Labastida Pascual (1857, Huesca-1934, Zaragoza), eran sus abuelos paternos Victorián Lascorz y Raimunda Serveto, y los maternos Manuel Labastida y Ramona Pascual.³³ Según nos indican estos datos, los padres de Eugenio formaron parte del aluvión de migrantes que en el tercer cuarto del siglo XIX llegaron a Zaragoza, ciudad que en ese periodo alcanzó sus más altas cotas de crecimiento poblacional de toda la centuria (los 66.446 vecinos censados en 1857 ascendieron a 89.211 en el censo de 1877). Sin embargo, y tras los años de empuje animados por una activa burguesía local, en el momento de nacer Eugenio la ciudad se hallaba más aquietada, producto de la sociedad relativamente inmóvil que la Restauración proponía, de la gran recesión que el capitalismo sufría desde el año 1873 y de la prolongada crisis agraria que desde hacía ya más de una década Aragón y España padecían. Así, el censo de 1900 apenas incrementó 9.897 nuevos vecinos respecto al de 1877 (FORCADELL, 1997: 45, 65). Eugenio nació en un escenario de crisis, palabra que aun pronunciada en contextos muy diferentes entre sí, marcó su vida.

Los Lascorz eran una familia relativamente acomodada. El cabeza de familia, Manuel, pese a haber nacido en un lejano pueblo del Pirineo oscense, recaló pronto en el seminario de Barbastro, donde entre 1860 y 1863 cursó Latín y Humanidades. De ahí pasó a la capital de la provincia para estudiar en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Huesca, que desde 1845 sustituía a la extinta Universidad Sertoriana. Único instituto a nivel provincial, dicho centro fue durante décadas el espacio de formación de las elites locales oscenses, con una matrícula anual que a lo largo del XIX en contadas ocasiones superó los cien alumnos. En ese lugar y con esos compañeros compartió aulas hacia 1868 el padre de Eugenio.³⁴

³³ Archivo Parroquial de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza (APNSPZ), Libro de bautizados, 19, p. 338. Acta de bautismo. Para la transcripción del acta, ver anexos. No he tenido acceso a la inscripción civil del nacimiento, pero José María Palacio informa de que consultó ésta en el Registro Civil del Juzgado Municipal número 2, Libro de nacimientos, 38, f. 104 (PALACIO, 1954b: 264).

³⁴ El Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPHU) conserva el expediente personal de Manuel Lascorz del curso 1868. ES/AHPHU-I-000717/000211. En 1845 se creó en cada capital de provincia un instituto de

Sabemos que en 1875 Manuel se hallaba ya en Zaragoza, ciudad en la que el 23 de diciembre de 1875 desposó con Carmen Labastida. A estos datos habría que añadir aquello que los textos cercanos a la familia señalan (y que no he logrado validar): que en algún momento Manuel Lascorz cursó la carrera de Filosofía y Letras y que durante sus años de residencia en Zaragoza ocupó en esa ciudad diversos y relevantes cargos (LÁSCARIS-COMNENO, 1954: 100; CASTRO, 1989: 60). Lo que sí parece seguro es que del matrimonio de Manuel y Carmen nacieron Lorenzo (1877-1900), Josefina (1881-1956) y Eugenio (1886-1962), el benjamín de la casa.

Lorenzo y Eugenio Lascorz estudiaron en el Instituto Universitario de Zaragoza, así llamado por su proximidad a la Universidad de dicha localidad y porque sus alumnos, aprobado el bachillerato, podían acceder directamente a ésta. El que ambos hermanos acudieran a dicho instituto parece indicar un buen estar económico en su padre, Manuel, pues tal y como sucedía con el instituto altoaragonés, el zaragozano convocaba entre sus paredes a los vástagos de la sociedad bien de la época. Allí cursaron sus estudios ambos hermanos entre 1889 y 1897.³⁵ De ahí pasaron a la Universidad de Zaragoza, primero Lorenzo, quién lo hizo a la Facultad de Medicina, donde fue alumno pensionado, y posteriormente Eugenio, alumno en la de Derecho. Pero un duro golpe se cernía sobre la familia Lascorz. El 17 de febrero de 1900, a la edad de veintidós años, el primogénito, Lorenzo, murió. Un fallecimiento que suponía la desaparición del heredero natural del patrimonio familiar y que convirtió en *hereu*, a las puertas del nuevo siglo, al joven Eugenio.

Según comentan las fuentes más cercana a la familia, hasta ese momento nadie en el seno de ésta había mencionado la ligazón de los Lascorz pirenaicos con genealogía extranjera alguna. Más tarde dirían que Manuel, deseando evitar a sus hijos los padecimientos que él, su padre y su abuelo habían sufrido durante las décadas pasadas, prefirió callar, y que sólo en su lecho de muerte se sinceró: “Hallándose muy enfermo y presintiendo su próxima muerte, aunque no era de edad avanzada, el Príncipe Alexios Manouil [Manuel] hizo que sus hijos escucharan sus revelaciones, pues sintió

ámbito provincial, a excepción de Madrid, donde se crearon dos. A los institutos creados en 1845 se les conocería posteriormente con el apelativo de “institutos históricos” Para el instituto de Huesca (MAINER. Recurso electrónico).

³⁵ Se conservan ambos expedientes en el archivo del centro, el actual IES Goya, pero no he podido acceder a los mismos para determinar la data exacta de cada uno de ellos. Debo la noticia a la actual directora del IES Goya. Para el citado instituto (DÍEZ. Recurso electrónico).

remordimiento por haber intentado ocultarles su imperial personalidad durante su niñez, a pesar de los documentos, libros, banderas y ambiente helénico de su hogar” (LÁSCARIS-COMNENO, 1954: 100).³⁶ ¿Cuáles fueron las revelaciones que Manuel/Manouil hizo a Josefina y Eugenio, sus dos hijos todavía vivos? Se trata de lo que he definido como “tradicción familiar” y que, en lo esencial, vendría a decir lo que sigue.³⁷

La verdadera identidad del padre de Eugenio no era la de Manuel Lascorz, sino la del príncipe Alexios Emmanouil Láscaris-Comneno (1847, Kutchuk-Levens, Gálata, Imperio Otomano-1906, Zaragoza). Alexios Emmanouil había llegado a Barcelona junto a su padre, el también príncipe Andrónikos Theódoros Láscaris-Comneno, huyendo ambos de la persecución de los agentes del sultán otomano y de lo que la tradición familiar define como “xenocratismo euro-occidental”, especie de movimiento político contrario al resurgir del ideal bizantino en Grecia y en sus tradicionales zonas de influencia en el Asia Menor. De la capital catalana, merced a la ayuda de Anna Moutsouris, tía de Andrónikos, de doña Beatriz Abad, marquesa de San Marcial, y de Luisa Ruggieri, esta última residente en Zaragoza, Alexios Emmanouil fue trasladado a Plan, donde vivían los Lascorz, familia lejanamente emparentados con los Láscaris y uno de cuyos hijos, Manuel (1849, Plan, Huesca-¿), estaba deseoso de marchar a Italia para combatir junto a los *camicie rosse* de Garibaldi. Ello permitió el intercambio de ambos jóvenes. Alexios Emmanouil tomó la documentación de Manuel y, a partir de ese momento, se hizo pasar por él, mientras que el mozo aragonés corrió al lado del revolucionario italiano. Y tras dejar en Plan a su hijo Alexios Emmanouil, el príncipe Andrónikos regresó a su patria.

Dicho príncipe Andrónikos había nacido en 1801 en el palacio de Tasch-Seraï, sito en el barrio del Phanar de Constantinopla. Tras participar junto a la mayoría de nobles fanariotas en las revueltas nacionalistas griegas desencadenadas en abril de 1821

³⁶ El propio texto deja entrever lo imposible de tal ocultación entre “los documentos, libros, banderas y ambiente helénico de su hogar”. Retener esto es importante para comprender que el proceso de reconstrucción de la personalidad de Eugenio debió comenzar antes de la muerte de su padre, es decir, antes de 1906. Posiblemente fue tras el fallecimiento de su hermano Lorenzo en 1900, con un Eugenio quinceañero, cuando tal proceso comenzó. O incluso antes.

³⁷ Como he manifestado anteriormente, mi intención no es juzgar lo que de cierto o de falso pueda existir en este relato familiar. Sí debo señalar, a efectos de un mínimo rigor académico, que sólo a partir del padre de Eugenio y no antes he podido confirmar positivamente algunos de los datos que dicha tradición ofrece. Las fuentes fundamentales para esta tradición (LÁSCARIS-COMNENO, 1954; CASTRO, 1989; GIL, 2014; LÁSCARIS-COMNENO TORRES, 2014). Esta es, por supuesto, la “tradicción familiar” a la que en 1954 se opuso la revista *Hidalguía*.

contra el poder otomano, y una vez estas fueron sofocadas, Andrónikos debió huir. Después de múltiples desventuras y una vez Grecia independiente, regresó a su patria. Pero la llegada en 1832 de la dinastía germana encabezada por Otón de Wittelsbach, coronado rey en 1833, le indujo al exilio. A partir de ahí vagó por distintas tierras hasta recalar en Italia, desde donde y tal y como ya hemos visto, marchó a Barcelona junto a su hijo Alexios Emmanouil. Tras dejar a éste en la aldea de Plan, a salvo entre las altas montañas, el príncipe Andrónikos cruzó de nuevo el Mediterráneo para morir en Kutchuk-Levens en el año 1872. Pero antes que en Andrónikos, la exacerbación nacionalista también había hecho presa en el padre de éste y, por tanto, bisabuelo de Eugenio, el príncipe Theódoros Alexios Láscaris-Comneno (1761-1819, barrio del Phanar, Constantinopla), quién participó en las sociedades secretas que a comienzos del XIX propugnaron la independencia de Grecia y la reconstitución del Imperio Bizantino. Y como figura fundacional del relato familiar se situaba el tatarabuelo de Eugenio, el príncipe Andrónikos III Láscaris-Comneno Paleólogo (1730, barrio del Phanar, Constantinopla-1797, Viena), en cuyas venas confluía la sangre de tres de las cuatro grandes dinastías imperiales de Bizancio: los Comnenos (1057-1185), los Láscaris (1204-1261) y los Paleólogos (1261-1453).³⁸ Esta es, a grandes rasgos, la “tradición familiar” en la que Eugenio apoyó su legitimidad imperial.³⁹

Regresamos de tan largo viaje para descubrir que, desgraciadamente, ninguno de los dos posibles árboles genealógicos de Manuel Lascorz (el aragonés y el griego) bastó

³⁸ Sólo quedaba excluida la de los Ángeles (1185-1204).

³⁹ Esta tradición familiar debe enmarcarse en la historia de la Grecia moderna. Tras la toma en 1453 de Constantinopla, la antigua Bizancio, por las tropas del sultán del Imperio Otomano, Mehmet II, en uno de los barrios de dicha ciudad, el del Phanar, se fue asentando una elite social griega compuesta por comerciantes enriquecidos y altos e influyentes funcionarios insertos en la maquinaria imperial. Cuando a comienzos del siglo XIX surgieron en el continente europeo diversos grupos conspirativos de carácter liberal dispuestos a combatir la tiranía, tanto la propia como la extraña (la carbonería italiana, la francesa, el *Sinédrío* portugués, los conspiradores de Cato Street que atentaron en 1820 contra el gobierno británico, los decembristas rusos y, en España, las conspiraciones liberales que lograrían un efímero triunfo en 1820), en Grecia germinó la *Philike Hetaireia* o Sociedad Amistosa, agrupación secreta creada en 1814 en Odessa por tres jóvenes griegos de la diáspora cuyo objetivo era liberar a la patria de la autoridad otomana mediante una revuelta armada. En ese mismo momento, varios notables fanariotas se aprestaron a dar su apoyo a dicha sociedad. En abril de 1821 comenzó la insurrección independentista griega con el asesinato de varios decenas de miles de propietarios, funcionarios, comerciantes y ulemas turcos, la mayoría de ellos desarmados. Los otomanos respondieron con igual dureza y junto al patriarca ortodoxo Grigorios V, ajusticiado y colgado a la puerta de una iglesia del barrio del Phanar por no haber garantizado la fidelidad de la comunidad que tenía a su cargo, murieron otros cuantos miles de griegos, entre ellos varios obispos y nobles fanariotas. La Guerra de la Independencia Griega (1821-1830) culminó con el reconocimiento de la soberanía de la nueva nación, Grecia, sostenida frente al Imperio Otomano por Gran Bretaña, Francia y Rusia. Como parte del precio que aquella debía pagar por su independencia, las tres potencias determinaron que fuera una monarquía hereditaria la que rigiese los destinos de la nueva nación. La elección recayó en Otón de Wittelsbach, segundo hijo del rey Luis I de Baviera, quien reinaría como Otón I (1833-1862) (CASTELLAN, 1991; COOK y STEVENSON, 1994; VEIGA, 1995; BONAMUSA, 1998; CLOGG, 1998; SIMAL, 2012).

para impedir la muerte de éste, acaecida en Zaragoza el 5 de agosto de 1906. En ese instante y según cuenta Castro, Eugenio recibió como legado, junto con “el trofeo sangrante de la Bandera de la Batalla de Lalá, la preciosa documentación histórica que establece su imperial filiación, y las notas y consejos que le permitirán en su momento intentar su suerte por la restauración de la Gran Dinastía Nacional” (CASTRO, 1989: 61). Es de suponer que tanto Josefina como su hermano Eugenio, de veinticinco y veinte años de edad respectivamente, habrían visto los trofeos de guerra, la documentación histórica y el resto de posesiones que su padre atesoraba en el domicilio familiar. Resulta por ello extraño que fuesen tan ajenos al mundo que todo aquello representaba como las fuentes cercanas a la familia parecen querer indicar.⁴⁰ Fuera como fuese, lo cierto es que apenas transcurrido un mes de la muerte de Manuel, sucedió un hecho de enorme relevancia: por vez primera los Láscaris, que no los Lascorz, saltaron a la prensa y, con ello, la historia familiar cobró dimensiones públicas. Hecho que un año más tarde volvería a repetirse.⁴¹ Y lo hizo no en la prensa local, tal y como en un primer momento hubiera podido resultar más lógico, sino en periódicos de tirada nacional con sede en Madrid.

Ello nos lleva a una primera reflexión en torno al papel fundamental que la prensa jugó en la vida de Eugenio Láscaris. Su padre Manuel era, según parece, persona de cierto reconocimiento social en la Zaragoza finisecular, por lo que su muerte debería haber figurado entre las necrológicas de la prensa local o, al menos y dado lo peculiar de su caso, haber provocado una nota breve. Pero la noticia de su fallecimiento saltó en la prensa editada en la capital de España y no en los medios zaragozanos, lo cual sólo

⁴⁰ En relación con la documentación histórica legada por Manuel a su hijo Eugenio, decir que he podido ver reproducida una pequeña parte de la misma en archivos de imagen en soporte informático. Sin embargo, la escasa calidad de la imagen me impidió precisar su contenido. Al parecer, en la actualidad dicha documentación se halla en América, propiedad de los descendientes de Eugenio que allí residen. Norberto de Castro facilita una somera descripción de alguno de esos documentos, seguida de otra en la que refiere varios de los que Eugenio generó en virtud de sus actuaciones posteriores (CASTRO, 1989: 81-86 y 87-104). Ciertos documentos de este segundo bloque están a mi disposición en soporte informático y pueden leerse a la perfección. La verosimilitud de los mismos, apoyada en la existencia de otros documentos absolutamente fiables que los legitiman (fotografías, recortes de prensa, relatos orales, etc.), permite pensar que si los documentos que Castro relaciona para el siglo XX son auténticos, también pudieran serlo los que ofrece para el XVIII y XIX. En cualquier caso y según el índice del propio Castro, sólo 3 de los 49 documentos de estos siglos hacen mención directa a la familia Láscaris.

⁴¹ *La Correspondencia de España*, Madrid, 20 de septiembre de 1906. “Ha fallecido en Zaragoza el noble español D. Manuel Lascaris, descendiente y heredero de la antigua familia imperial griega de dicho apellido. Era hombre inteligentísimo y de vasta ilustración. Descanse en paz” <<http://prensahistorica.mcu.es/>>. Al cumplirse el cabo de año de su óbito, el *ABC* de 6 de agosto de 1907 reflejó: “Ayer hizo un año que falleció en Zaragoza D. Manuel Láscaris, descendiente y heredero de la antigua familia imperial griega de su apellido, que huyendo de las ruinas de su patria, y después de recorrer Italia, vino a refugiarse a España. El finado era persona de gran cultura y caballeridad, y en quien se conservaban las tradiciones de una noble raza” <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

cabe explicarlo de tres maneras. La primera, que los periódicos locales no tuviesen noticia de la calidad principesca de Manuel y sí la tuviesen los de Madrid, lo que parece poco probable en una Zaragoza que apenas superaba los 100.000 habitantes y en una persona que disfrutaba en ella de una cierta posición social. La segunda que, sabiendo los medios locales de la nobleza de Manuel, obviasen dar pábulo a ésta en sus páginas, lo que podría explicarse en virtud del tipo de relaciones mantenidas por la familia Lascorz (en Zaragoza nadie hablaba todavía de forma pública de los Láscaris) con los editores y directores de los medios de prensa local (hipótesis para la que carezco de prueba alguna). Y, la tercera, que la familia no quisiera ver publicada la noticia a nivel local y sí en el nacional, deseosa de evitarse situaciones violentas e incómodas en su devenir cotidiano, sin por ello renunciar al comienzo de una campaña pública en favor de unos derechos nobiliarios que, llegado el caso, podrían dar pie a legítimas reclamaciones dinásticas. Pese a que no puedo decantarme con claridad por ninguna de estas tres opciones, y aunque creo que de todas ellas es posible entresacar elementos explicativos de la relación futura entre la familia y la prensa, sí me atrevo a afirmar que fueron las facetas más íntimas y ligadas al bienestar de la familia las que en ese momento jugaron un papel determinante. En ese sentido, considero que es la tercera hipótesis la que mejor se acomoda a lo que pudo haber sucedido.

Una vez fallecido su padre, Eugenio tomó muy en serio el consejo de éste y se inició en el estudio de la historia y la cultura greco-bizantina, la genealogía de la Bizancio imperial y la situación política de la Grecia contemporánea. Al hacer esto último, no pudo por menos que descubrir las dos líneas de tensión que durante la segunda mitad del siglo XIX habían marcado la relación de ese país con el mundo exterior. Una era la *Enosis*, impulso para la unión de una Creta todavía otomana al reino de Grecia (dicho deseo arrancó en la práctica con la revuelta de 1897, en la que participó un joven cretense, Elefterios Venizelos,⁴² y culminó con la efectiva anexión de la isla a Grecia en 1913). Un segundo nervio de la Grecia de la época, y del que la *Enosis* también formaba parte, era la *Megali Idea* o Gran Idea, un extenso movimiento panhelénico que se manifestó como el poderoso aglutinante de las fuerzas políticas y las

⁴² Elefterios Venizelos (1864-1936) fue el principal estadista griego de la primera mitad del siglo XX. Abogado de profesión y de ideología política liberal, alternó su estancia durante un total de doce años como primer ministro con breves episodios de destierro. Fallecido en el exilio francés, su memoria se halla muy presente en la Grecia de nuestros días.

energías nacionales griegas.⁴³ La *Megali Idea* encontró un buen señuelo en el rey Otón I, quién debido a su ascendencia extranjera concitaba el rechazo de buena parte de población. Y en él obtuvo su primer trofeo, al ser destituido en octubre de 1862. Sin embargo, la nueva testa coronada no pertenecería a ninguna de las cuatro grandes casas imperiales bizantinas, resultando elegida la Casa de Holstein-Sonderburg-Glücksburg, rama de la dinastía danesa de Oldenburg personificada en la figura de Guillermo, futuro Jorge I (1863-1913). Pese a ello, o tal vez a razón de ello, la *Megali Idea* continuó insuflando su aliento a la conciencia nacional griega. Y es a esa *Megali Idea* a la que Eugenio Láscaris unió su vida. Al panhelenismo, al renacer de las glorias del antiguo Imperio Bizantino en una de sus más venerables casas (la ahora renovada dinastía de los Láscaris-Comnenos), a liberar al credo ortodoxo del yugo infiel, a todo eso decidió, a comienzos del nuevo siglo, dedicar Eugenio su vida.

Y la mejor prueba que tenemos de ello es el artículo que bajo la rúbrica de Eugenio Lascorz escribió para el *ABC* de 5 diciembre de 1912: «La cuestión de Oriente. Latinos, Helenos y Eslavos. ¿Habrà Confederación?». ⁴⁴ En esta su primera aparición en prensa, Eugenio hizo una verdadera declaración de principios en la que Grecia, el Imperio de Bizancio y él, se fusionaban en un solo cuerpo casi místico a través del ideario de la *Megali Idea*. Esto escribía Eugenio a sus veintiséis años: “¿Ha reconquistado Grecia a Janina y a Salónica para renunciar a toda su historia, contentándose con estas plazas y las islas del archipiélago? ¿Podrá ver el pueblo heleno que la joya más preciada de su corona, el suelo de sus mayores, allí donde asentaron su trono los Ángeles, los Comnenos, los Láscaris y los Paleólogos, la imperial Constantinopla, cabeza del helenismo durante tantos siglos, donde residen su patriarca y muchos miles de helenos, y que es griega esencialmente, se vea ocupada por pueblos de raza eslava? En verdad que hasta ahora Grecia, pequeña y pobre, no podía hacer valer

⁴³ La *Megali Idea* partía del principio de que la Grecia independiente de 1830 era tan sólo una parte de la “Grecia policéntrica” que se extendía por Asia Menor y las islas del Egeo, propugnando con ello la recuperación de todos los territorios en los que vivían griegos o que habían pertenecido en algún momento de la historia a Grecia. Se trataba en suma de reconstruir el Imperio Bizantino en competencia con el Imperio Otomano y con las aspiraciones de Rusia a convertirse en una “Tercera Roma”. En los Balcanes, sólo Serbia, con la *Nacertanje* o Gran Proyecto, construyó hacia 1865 un nacionalismo de factura intelectual similar, pues sólo Grecia y Serbia estuvieron en disposición de usar de un Estado nación como plataforma desde la que impulsar políticas expansionistas (VEIGA, 1995: 74-81).

⁴⁴ Redactado en los inicios de la Primera Guerra de los Balcanes (8 de octubre de 1912-30 de mayo de 1913) y recién tomada Salónica por las tropas griegas, Eugenio ofrecía su opinión favorable a dicha Confederación, cuyo objetivo último sería “suplantar de una vez para siempre un Imperio por otro: el turco por el balkánico”. Terminaba refiriéndose a la dinastía que debería ocupar la cabeza del nuevo imperio: “Aún está en balanzas quién ha de ser el amo, si Carlos de Hohenzollern, Fernando de Coburgo o Jorge de Dinamarca” <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

sus viejos e indiscutibles derechos; ¿pero ocurrirá lo mismo en lo sucesivo? El día que vea robustecida su nacionalidad con nuevos territorios, engrosada su población con los pueblos de raza helena que ahora pasará a ocupar, ¿tolerará convertirse en un factor más entre los aliados?”. Vemos aquí a un hombre culto, de fácil y vehemente pluma, convincente en su exposición y lo suficientemente bien relacionado como para escribir un artículo de opinión en el que era ya uno de los más importantes periódicos del país. Alguien que conocía perfectamente la situación política de los Balcanes y al que se le reconocía la autoridad suficiente como para escribir sobre ella.

A partir de todo lo visto no es difícil situar el momento en el que Eugenio inició su proceso de reconfiguración identitaria. El tiempo transcurrido entre la muerte de su hermano Lorenzo (febrero de 1900) y la de su padre Manuel (agosto de 1906), parece el ventanal adecuado para ello. El traslado de esas fechas a la vida de Eugenio nos ubica entre sus quince y veinte años. Resulta difícil negar la impronta que la casa familiar, atestada de objetos materiales y recuerdos griegos, y en la que sobrevolaba un ambiente bizantino extraño al que podía esperarse del discreto hogar burgués de una ciudad de provincias de la España de 1900, pudo ejercer en la formación del pequeño Eugenio. Y también es difícil no atender a la enorme impresión que a éste le pudieron causar las confesiones que en el lecho de muerte su padre le hiciera (partimos, claro, de que el hogar de los Lascorz fuese tal templo del helenismo, y de que Manuel mantuviese con Josefina y Eugenio esa postrera conversación, algo que posiblemente nadie podrá ya nunca confirmar). Pero más allá de esto, lo que sí sucedió fue el inicio de un proceso de reconstrucción de la personalidad al que Eugenio, voluntariamente, se abocó.⁴⁵ Y es ese proceso de reconfiguración identitaria el que aquí nos interesa. Y ello porque de él emanó un personaje, Eugenio Láscaris-Comneno, que actuó como pretendiente legítimo a un trono, como encarnación del ideal político y cultural de una nación y, desgraciadamente, como una pieza más de una tragedia, la griega, que recorrió el escenario igualmente trágico de la Europa de entreguerras.

⁴⁵ En ese sentido, la construcción de la identidad es un acto volitivo de autoafirmación que tiene en la adolescencia su mejor escenario. Según afirmó el psicólogo L. S. Vigotsky, la pubertad, entre los catorce y los dieciocho años, es la última de las edades estables del desarrollo del ser humano, la cual puede estar a su vez atravesada por edades críticas en función de posibles sucesos traumáticos. Esa caracterización general de la construcción de la identidad está, además, históricamente mediada, pues las estructuras cognitivas que el niño y el adolescente desarrolla están influidas por su entorno social y cultural. La identidad es así la suma de la voluntad humana, de sus crisis y de las múltiples actividades e influencias que la cercan (LÓPEZ y REYES. Recurso electrónico).

III. 2. Sustitución y restitución en Eugenio Láscaris

1917 fue un año fundamental para Eugenio Láscaris. En él sucedieron tres hechos que marcaron el resto de su vida: su ingreso en el Colegio de Procuradores de Zaragoza, el comienzo del proceso de cambio de su identidad personal y la crisis abierta en el seno de una dinastía de la que se declaró rival. En cuanto al primero de estos tres hechos, su colegiación como procurador, Eugenio logró mediante la misma cuatro importantes ventajas: ejercer una profesión que lo eximiría de futuros ahogos económicos, adquirir provechosos contactos en salas y tribunales de justicia, labrarse un limpio prestigio como hombre de leyes y, finalmente, hacerse un hueco en el estrecho universo social de la burguesía zaragozana del momento. El segundo de los motivos que hicieron de 1917 una fecha tan especial en la vida de Eugenio es que fue entonces cuando el proceso de reconstrucción de su identidad cobró verdadero impulso. Sería en el mes de marzo de dicho año cuando inició sus actuaciones en pos de la sustitución del viejo Lascorz por el nuevo Láscaris. Y el tercer hecho fundacional de la vida de nuestro protagonista se ligó al rey de los griegos, Constantino I, enfrentado a cuenta del papel que Grecia debía desempeñar durante la Gran Guerra al más importante líder político del país, el liberal Elefterios Venizelos. La tensión entre ambos aniquiló el consenso social que la *Megali Idea* había construido y escindió al país en el conocido como *Ethnikos Dikhasmos* o Cisma Nacional. A consecuencia de ello, en 1917 Constantino debió renunciar al trono. La abdicación del rey Constantino I en su hijo Alejandro reabrió las dudas sobre la Casa de los Glucksburgo como dinastía reinante en Grecia. Ante ese nuevo escenario internacional, Eugenio procedió a la restitución de todos aquellos elementos que entendía legitimaban sus pretensiones familiares.

Una fecha para tres sucesos y, también, para tres lugares. El primero Zaragoza, ciudad en la que Eugenio había nacido y desde la que ideó y llevó a cabo su metamorfosis personal; el segundo Plan, aquél lejano pueblecito del Pirineo oscense en el que, según contaba la familia, dos jóvenes habían intercambiado sus vidas; y el tercero, Atenas, corazón de la nueva Grecia del siglo XX en la que Eugenio esperaba ser acogido. 1917 fue el crisol en el que todo ello se reunió. Para que la mezcla de estos componentes cuajase sólo faltaba un precipitante, y Eugenio estaba más que dispuesto a aportarlo.

El camino de la procura

Tras obtener su título de Derecho por la Universidad de Zaragoza, y tal y como era preceptivo para todo licenciado en leyes que quisiera ejercer como procurador, Eugenio demandó del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes el oportuno título de Procurador de los Tribunales, el cual obtuvo con fecha de 28 de diciembre de 1916. El 15 de enero de 1917 solicitó su ingreso en el Colegio de Procuradores de Zaragoza, y tras superar los trámites pertinentes, fue admitido en el mismo el 14 de febrero de dicho año.⁴⁶ Tuvo suerte Eugenio con la fecha de su incorporación, pues sólo unas pocas décadas atrás el citado Colegio había perdido uno de sus más arraigados privilegios históricos, el *numerus clausus*, sistema con el que regulaba el acceso al mismo de nuevos individuos y, por extensión, con el que mantenía en coto cerrado el ejercicio de la procuraduría en la provincia de Zaragoza. Roto dicho modelo, el acceso al Colegio era más abierto y menos ligado a tramas familiares, redes clientelares y prácticas de cooptación de lo que lo había sido durante la mayor parte de su centenaria historia (usos que, es justo precisarlo, en absoluto eran privativos de la institución zaragozana, sino parte de unos tradicionales mecanismos de control y arbitraje social de amplia extensión y profundo calado). Así que lo único que en enero de 1917 tuvo que hacer Eugenio para formalizar su ingreso como colegial fue cumplir con los requisitos que la ley establecía,⁴⁷ sin que, al parecer, su acceso al Colegio de Procuradores de Zaragoza necesitase de patronazgo o tutela alguna.

Durante sus primeros años como colegiado Eugenio apenas intervino en temas relacionados con el gobierno interno del Colegio. Lejos de interesarse por dichos asuntos, se preocupó más por afianzarse profesionalmente como procurador, así como por todo lo que se relacionaba con las múltiples actividades que, al margen de su despacho profesional, desempeñó durante ese tiempo.⁴⁸ Su desinterés por la vida colegial durante esos primeros años queda patente en el hecho de que entre 1918 y 1924 no asistió ni tan siquiera a la mitad de las juntas generales convocadas, y en que su

⁴⁶ Archivo Histórico del Colegio de Procuradores de Zaragoza (AHCPZ), 35/45. En la solicitud que abre el expediente aparece como "Don Eugenio de Lascorz y Labastida, Doctor en Derecho y Procurador, mayor de edad, natural y vecino de esta ciudad, donde habita en la calle de San Miguel, número 23, principal".

⁴⁷ Los estatutos que en ese momento regían en el Colegio de Procuradores de Zaragoza, aprobados en 1894, no se conservan en el archivo de éste. Sin embargo, en los que con escasa originalidad vinieron en 1918 a actualizar a los hoy perdidos, se establecían como requisitos de ingreso, junto a la documentación que acreditase la posesión del título de procurador, una cuota o fianza de ingreso de mil pesetas (si no se era hijo de colegiado) y el justificante de alta en la contribución industrial (SANCHO, 2006: 90-91).

⁴⁸ Tal y como más adelante veremos, el periodo 1922-1924 fue especialmente intenso en la vida del Eugenio Láscaris pretendiente al trono heleno.

primera intervención en ellas hubiera de esperar hasta finales de 1922.⁴⁹ Pero esa conducta fue cambiando conforme pasó el tiempo. Presumiblemente asentado en su quehacer profesional privado, los requerimientos de participación que la dinámica interna del Colegio imponía a sus miembros hicieron que Eugenio fuese desempeñando unos primeros puestos de cierta responsabilidad. En la Junta general de 9 de diciembre de 1924 (a la que no asistió) fue nombrado diputado segundo de la Junta de gobierno entrante, cargo que ostentaría por vez primera en la reunión que ésta celebró el 1 de enero de 1925 y que mantendría hasta el 30 de diciembre de 1926.⁵⁰ Tras cesar en su puesto a consecuencia de una rutinaria renovación de cargos, Eugenio se apartó durante varios años de la vida activa colegial. Desde diciembre de 1928 a abril de 1932 no hay noticias del mismo en el archivo del Colegio.

Ese silencio, lejos de significar un vacío informativo, nos aporta una valiosa información de los vínculos que Eugenio mantuvo con el resto de sus compañeros. Nos informa de que sus relaciones con ellos eran correctas o, al menos, de que no surgió ningún episodio de tensión entre éste y otros colegiados necesitado de mediación disciplinaria alguna. También de que ni sus clientes ni ningún órgano judicial emitieron quejas o interpusieron denuncias contra él (en realidad, y según consta en los pertinentes registros documentales, jamás hubo ningún tipo de actuación disciplinaria en su contra). Y esa ausencia de problemas en su desempeño profesional como procurador ayuda a entender que en el mes de diciembre de 1932 Eugenio fuese elegido para el cargo de mayor prestigio del Colegio, el decanato, en sustitución del anterior decano, Ángel Ordás Sabau. Un año más tarde, el 4 de diciembre de 1933, Eugenio resultó reelegido. A partir de ese momento y hasta que el 31 de diciembre de 1937 se procedió a la siguiente renovación de la Junta de gobierno, Eugenio ejerció de manera continuada el cargo de decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza.⁵¹ A partir del 1 de enero de 1938 y hasta el verano de 1939 se mantuvo como simple colegiado, fecha esta última en la que abandonaría Zaragoza para incorporarse como máximo responsable del Juzgado de Instrucción de Responsabilidades Políticas de San Sebastián.

⁴⁹ La primera vez que intervino en una Junta general fue en la ordinaria del 9 de diciembre de 1922, cuando salió en defensa del entonces tesorero, Luis Górriz, acusado de malbaratar las cuentas del Colegio. AHCPZ, 14/21.

⁵⁰ AHCPZ, 14/21. En esos años, los cargos del Colegio eran los de decano, diputado primero, diputado segundo, tesorero y secretario-archivero.

⁵¹ Para 1932, AHCPZ, 14/20. Para 1933, AHCPZ, 14/6. En AHCPZ, 38/10, se precisa que fue nombrado decano el 3 de diciembre de 1932, tomando posesión del cargo el 1 de enero de 1933 (los cargos de la Junta de gobierno se renovaban cada cuatro años). La noticia de 1937, en AHCPZ, 19/78.

De todo lo anterior podemos inferir que la normalidad presidió la vida profesional del procurador Eugenio Láscaris. Una normalidad sin duda necesaria dado lo ajetreado del resto de sus facetas vitales y muy conveniente para no enturbiar el desempeño de su profesión, única fuente de ingresos con la que contaba para el sostenimiento de su hogar. Ello explicaría que esa fuese una de las características de su personalidad que Eugenio más se preocupó por resaltar, tal y como testimonian las numerosas entrevistas de prensa e intervenciones públicas a las que gustosamente se sometió a partir de los primeros años veinte.⁵² Y esa normalidad en el seno de una existencia tan anormal podemos apreciarla, partiendo siempre del ámbito profesional, a través de una lectura comparada de cómo Eugenio se identificó de distinta forma según actuase como profesional del Derecho o como aspirante a un trono. En el primer caso y como procurador, hasta que le fue legalmente reconocido su apellido Láscaris en agosto de 1935, siempre fue y firmó como Eugenio Lascorz. En el segundo y como pretendiente al trono heleno, a partir de sus primeras manifestaciones públicas en los inicios de la década de 1920, siempre se presentó como Eugenio Láscaris.⁵³ Una dualidad plenamente lógica, pues mientras para el primer caso le evitaba problemas domésticos y complicaciones legales, para el segundo no existía alternativa alguna.

El cambio: la sustitución

Denuncia José María Palacio que el 19 de marzo de 1917, tras la que intuye posible reunión entre Eugenio y Joaquín Vispe, pariente del anterior y juez municipal suplente de Plan, éste libro una certificación en la que se rectificaba la partida bautismal de Manuel Lascorz, sustituyendo el apellido de varonía, Lascorz, por el de Láscaris. El 30 de septiembre el notario de Boltaña (Huesca), Luciano Antonio Edo, legitimaba la firma

⁵² A riesgo de adelantarnos en el tiempo, en un entrevista aparecida en el madrileño *Ya*, el 5 de marzo de 1935, «Un pretendiente al trono de Grecia, en Zaragoza», el periodista afirmaba: “En el despacho de Láscaris figura el árbol genealógico, acreditativo de la personalidad de este aragonés caballeroso, inteligente, modesto, íntegro, bien prestigiado en su profesión, a quien le asustaba que se conociese su condición de pretendiente a un trono, por si ella podía ser motivo de sátira en el ambiente localista”. Archivo Orencio Ortega Frisón (AEOF). La medida y ponderación del carácter de Eugenio quedan patentes en esta frase. La cita también nos informa de que en el momento de publicarse la entrevista, marzo de 1935, aquél podía ya proclamar abiertamente sus aspiraciones dinásticas sin temor a ningún tipo de “sátira en el ambiente localista”.

⁵³ Es sintomático que el primer documento del archivo colegial en el que figura como Láscaris esté fechado a 20 de septiembre de 1934, muy avanzadas sus actuaciones legitimistas en la escena pública. El sobre que contenía dicho documento iba dirigido al “Sr. D. Eugenio Lascaris (sic.). Abogado-Procurador” y se envió a su domicilio particular, calle Manifestación. AHCPZ, 50/22. Se conserva en dicho archivo porque lo adquirido por Eugenio como decano tenía por destino último al Colegio, lo que hace de esa factura un documento entre lo público y lo privado que muestra cómo, a la altura de 1934, el cambio de personalidad de Eugenio estaba lo suficientemente avanzado como para ir asomando en una esfera de su vida, la profesional, a la que hasta entonces tal proceso no había tenido acceso.

del citado juez de paz y, el 2 de octubre de ese mismo año, Pablo Pérez Lagraba y Enrique Mestre, notarios ambos de Zaragoza, legalizaban la de su colega oscense (PALACIO, 1954: 85).⁵⁴ Con estos manejos, que la familia siempre negó aunque sin desmontar en sus distintas contrarréplicas la base documental articulada por Palacio, Eugenio consiguió que al finalizar 1917 su padre Manuel tuviese como apellido paterno el de Láscaris. Era una forma muy inteligente, por indirecta y no pública, de iniciar su propio proceso de cambio de identidad. Era indirecta porque el interesado en promover tales actuaciones en nada veía afectada su propia identidad, y de no practicarse futuras modificaciones seguiría figurando en los registros existentes como Eugenio Lascorz. Y era privada porque los documentos emitidos por el juez de paz y los notarios antedichos lo eran a instancia de parte, siendo Eugenio el único que más allá de quienes los habían redactado conocía. Quedaba libre de mantenerlos secretos o de hacerlos circular, con lo que Eugenio, con evidente habilidad, nadaba y guardaba la ropa.

Es bien sabido que el proceso de socialización en el mundo occidental incluye una serie de ritos de paso que quienes vivimos en él nos apresuramos a seguir. Eugenio, tras concluir de manera satisfactoria sus estudios y lograr insertarse en el universo laboral en calidad de profesional del Derecho, contrajo matrimonio. Y lo hizo el 17 de enero de 1920 en la parroquial de San Gil de Zaragoza, a la edad de treinta y tres años y con Nicasia Justa Micoláu Traver. Nicasia, nacida el 2 de noviembre de 1891 en Valjunquera (Teruel), era hija legítima de un confitero, Alejandro, y de la esposa de éste, Avelina, nacidos ambos en dicha población. Lo único que puedo añadir respecto a ella es que, a sus veintiocho años y tal y como había sucedido con los padres de su nuevo marido, Nicasia formaba parte de la corriente migratoria de índole rural que desde mediados del siglo XIX venía engrosando la población de la capital aragonesa. Sí puedo sin embargo añadir algunas cuestiones sobre el contrayente, quien al acceder a un nuevo estado civil veía como sus aspiraciones nobiliarias aumentaban (y ello porque estar casado, para quien se decía ligado a una institución que como la monarquía hacía de la continuidad a través de la sangre una de sus claves de legitimidad, no era cosa baladí). Y como hombre práctico que era, Eugenio aprovechó la coyuntura para realizar

⁵⁴ No voy a porfiar en los detalles del proceso de suplantación de identidad legal del que Palacio acusó a Eugenio. La consulta detallada puede hacerse en (PALACIO, 1954 y 1954b). Decir simplemente en relación a las dos escrituras notariales que éste refiere, que hasta el año 2017, transcurridos los cien años que la legislación en vigor establece, no es posible su consulta pública. Desconozco cómo logró acceder a ellas el marqués de Villarreal de Álava (tal vez, a mediados del siglo XX, no era necesario esperar el largo plazo que hoy se precisa).

un par de, en apariencia, leves modificaciones registrales. La primera consistió en que antes de transcribir los datos personales de ambos cónyuges en el correspondiente libro de matrimonios del Registro Civil, se levantó un acta de modificación del registro del matrimonio canónico que acaba de tener lugar en la iglesia de San Gil, en la que se añadía, entre paréntesis, el apellido Láscaris a los nombres de Manuel y Eugenio. La segunda fue que tanto a Nicasia como a su padre se les modificó el apellido Micoláu por Micolav.

Con estas modificaciones, realizadas en 1920, Eugenio lograba varios objetivos. En primer lugar, daba alas al cambio que en 1917 había practicado sobre el primer apellido de su padre, quien a partir de ahora figuraba como Manuel Láscaris en varios documentos públicos (su partida bautismal, dos actas notariales y el registro matrimonial de su hijo Eugenio). En segundo y ligado a éste, él mismo se identificaba directamente y por vez primera con tal apellido (en su registro matrimonial). Y obtuvo su tercer triunfo al conseguir la traducción del apellido de su esposa y del padre de ésta a una forma supuestamente eslava, Micolav, lo cual hace presumir que, al menos Nicasia, estaba al tanto de los desvelos imperiales de quien era ya su marido (Micolav era, además, un apellido muy conveniente para los futuros hijos de quien se decía descendiente de la bizantina Casa de Láscaris). Así, tanto la sustitución del apellido Lascorz por Láscaris, como la del Micoláu por Micolav, era para Eugenio no sólo una forma de hacer justicia con el pasado, sino y sobre todo de promover un proyecto de futuro. Cuando Eugenio y Nicasia tuvieron el 27 de octubre de 1921 a su primer vástago, éste pudo ser inscrito en el Registro Civil del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción del Distrito del Pilar como Teodoro Eugenio Manuel Láscaris Micolaw. Y el segundo, nacido el 11 de septiembre de 1923, como Constantino Juan Alejo Láscaris Micolaw. Y así con Alejandro Miguel Demetrio Láscaris Micolaw, nacido el 17 de noviembre de 1924, Juan Arcadio Basilio Láscaris Micolaw, el 1 de octubre de 1926, Elena Irene Sofía Láscaris Micolaw, el 12 de julio de 1930 y, finalmente, Sofía Irene Eudoxia Láscaris Micolaw, el 1 de julio de 1932.⁵⁵ Seis hijos era un número más que aceptable para quien se proclamaba heredero de un trono. Y sus variados nombres,

⁵⁵ Para la reproducción de las partidas, ver anexos. Todas estas partidas de nacimiento presentan dos novedades de interés en relación con la identidad de los recién llegados. La primera, que el Micolav materno se trasmuta en Micolaw, un apellido todavía más excéntrico que el anterior para los naturales de la región aragonesa. La segunda que, al informar sobre el abuelo de los distintos neonatos, se hace a éste natural de Madrid, y no de Plan, como hasta la fecha figuraba en los registros oficiales. Con ello, según Palacio, Eugenio pretendía nublar cualquier pista genealógica que pudiese ligarle a él y a su familia con dicha población altoaragonesa (PALACIO, 1954: 87-88).

trufados de regusto helénico, no desdecían de su ascendencia. El mencionado proyecto de futuro de Eugenio debe entenderse así como un todo coherente, bien ensamblado y largamente mantenido en el tiempo.

Para cerrar con este apartado señalar que el proceso de sustitución que llevó a cabo nuestro protagonista pudo concluirse en el benigno clima económico que reinaba en el seno del matrimonio Láscaris. Lo cual casa bien con lo que anteriormente señalábamos al tratar de la trayectoria de Eugenio como procurador. Para tal afirmación me baso no sólo en la presumible consolidación profesional de éste y, ligado a ello, en el incremento de sus retribuciones pecuniarias (en los años treinta, un procurador no feliz en lo económico no alcanzaba el decanato de su Colegio), sino en cuestiones como el número de bocas que durante esos años el matrimonio estuvo en disposición de mantener y educar (cuatro hijos y dos hijas) o en los cambios de residencia que durante ese periodo realizó la familia (todos ellos para habitar viviendas situadas en algunas de las mejores calles de la Zaragoza del momento). Así, entre 1917 y 1933, primero soltero y luego junto a su esposa Nicasia, Eugenio residió en, al menos, cuatro estancias distintas.⁵⁶ No parece que en lo económico las cosas le estuviesen yendo mal por aquellos años a Eugenio Láscaris.

El cambio: la restitución

Si quería de la conformidad pública, el proceso de cambio de identidad de Eugenio necesitaba algo más que una mera sustitución de apellidos. No bastaba con la modificación de la memoria íntima de la familia, aunque ello era sin duda operación indispensable, sino que era preciso además restituir a ésta en un contexto histórico lo suficientemente sólido como para que, llegado el caso, la nueva identidad soportase bien los envites de inquisiciones ajenas. Y también y sobre todo, que se acomodase en el lecho de la tradición legitimista en la que Eugenio tenía pensado posarla. Era preciso por tanto que esa nueva identidad familiar y personal en fase de construcción tuviese sólidos anclajes de carácter histórico, un legado de tradición y cultura capaz de legitimar los anhelos imperiales de quien la estaba poniendo en pie. Y ello sólo podía hacerse

⁵⁶ Así figura en distintos documentos del AHCPZ. En 1917 vivía en la calle de San Miguel, número 23, principal. En 1921 en la calle Alfonso I, 39, tercero izquierda (al menos allí dio a luz Nicasia al primogénito, Teodoro). Entre 1923 y 1932 en la calle Cerdán, 19, principal (donde nacieron el resto de sus retoños). Y finalmente, en 1933, en la Calle Manifestación, 47-49, nuevamente en una planta noble, la principal (y además con teléfono privado, el 2729). Las mudanzas de domicilio fueron una realidad relativamente frecuente en la vida de Eugenio, a quien sus compromisos profesionales le llevaron de Zaragoza a San Sebastián, luego a Barcelona y, finalmente, a Madrid.

mediante el uso de materiales de alta densidad social y fuerte impacto emotivo. El primero y principal de todos ellos era casi tan antiguo como el imperio por el que Eugenio velaba: el credo ortodoxo.

Parecía meridianamente claro que la tradición familiar obligaba a Eugenio a recuperar la fe de sus ancestros, un catolicismo del oriente europeo dotado de sus propios usos y ritos que desde la emancipación del Imperio Otomano constituía uno de los soportes básicos de la identidad nacional griega, comunidad política a la que Eugenio decía pertenecer y cuya guía aspiraba algún día ostentar.⁵⁷ Restituirse en el credo de sus mayores era para él, además de un valor poderoso, una necesidad perentoria, casi fundamental. Pero era también un legado de muy difícil manejo en el seno de una sociedad tan nítidamente católica como lo era la española a la altura del año 1917 y, de manera todavía más singular, la burguesía de orden en la que Eugenio se movía. En ese sentido, a éste no se le ocultaba que para las clases acomodadas de la Zaragoza de la época, el catolicismo era un vector definitorio de primera magnitud, un poso social que no debía ser soliviantado de manera innecesaria y gratuita. Y en ese juego entre dos confesiones hermanas, la ortodoxa y la católica, Eugenio sintió la necesidad de reclamar para sí y para su familia el credo de sus antepasados sin incomodar el arraigado sentir católico en el que los Láscaris habitaban. Y hay que reconocerle a aquél un hábil manejo de tan compleja situación, tanto más peligrosa cuanto los años fueron transcurriendo y el catolicismo español fue cobrando de manera acelerada, y en muchos casos violenta, mayores parcelas de poder y control social. Tal vez por ello esa transacción entre el credo ortodoxo de sus mayores y la fe católica de sus coetáneos en absoluto se mantuvo en parámetros equilibrados, pues casi siempre el primero debió amoldarse, al menos en su manifestación pública, a los espacios que la segunda le permitía.

⁵⁷ El desgajamiento de la Iglesia de Oriente, bajo el patriarca de Bizancio, de una Iglesia de Occidente a las órdenes del papa de Roma, insufló a Grecia una nueva y muy poderosa seña de identidad nacional. Con ese punto de partida y en un proceso de características similares al que había sucedido en el siglo XVI en amplias zonas del centro y norte de Europa al compás del nacimiento de las nuevas Iglesias reformadas, a partir de 1830 el nuevo Estado griego independiente hizo del bizantinismo y de su particular identidad religiosa un parámetro de definición política. “En efecto, en numerosas ocasiones era difícil distinguir entre griegos, albaneses o turcos étnicos que poblaban diversas zonas de Grecia, dadas sus costumbres similares o el uso corriente de la lengua griega. Finalmente se optó por identificar legalmente al ciudadano griego con la religión cristiano-ortodoxa” (VEIGA, 1995: 75). Proceso reforzado por las repatriaciones que siguieron a los distintos episodios bélicos greco-turcos del primer cuarto del XX, en las que “se empleó la religión como señal de identidad” (MAZOWER, 2001: 75). Tratan de la importancia del “Eastern Christianity” como uno de los principales atributos que caracterizaron la identidad nacional griega, y de su papel discriminador entre “Greeks and Others” (KOLIOPOULOS y VEREMIS, 2004: 249-252). De todo lo anterior deriva la idea de que nación y confesión terminaron por fusionarse en un cuerpo único en el que Eugenio se sumergió.

Los componentes de ese doble juego de creencias fueron múltiples. De dos de ellos ya hemos hablado: el primero, que actuó como verdadero motor de la discordia religiosa, fue la confesión que en su lecho de muerte, en 1906, Manuel hizo a Eugenio y Josefina de que la verdadera fe familiar era la ortodoxa; el segundo, el hecho cierto de que tanto estos dos últimos como su hermano mayor, Lorenzo, habían sido bautizados según el ritual de la Iglesia de Roma. A estos dos elementos vino pronto a sumarse un tercero que incrementó de forma notoria la tensión espiritual despertada en 1906 en el seno familiar. Según cuenta Norberto de Castro en su biografía de Eugenio, la madre de éste, Carmen, fue mujer de una religiosidad acendrada y, al parecer, proclive a la expresión de un catolicismo riguroso y aun severo. Una profunda espiritualidad materna que chocó con la apatía que en ese terreno manifestó el padre, quien muy posiblemente en contra de los deseos de su esposa optó por dar a sus hijos una educación de corte mucho más liberal.⁵⁸ En ese clima familiar surcado de tensiones religiosas se desarrolló la infancia y primera juventud de Eugenio. A ello habría que añadir que éste, siguiendo los deseos de su padre, estudió en un centro público, el Instituto Universitario de Zaragoza, y no en uno de los numerosos espacios educativos de los que disponían las distintas órdenes y congregaciones religiosas de la ciudad (todas ellas católicas, por supuesto). En cualquier caso, es justo concluir que siempre pesó más en Eugenio la espiritualidad de su madre, Carmen, que el liberalismo religioso de su padre, Manuel.

Una buena perspectiva a través de la que otear la disputa entre ambos credos en la vida de Eugenio Láscaris, el católico y el ortodoxo, es la cronológica. Sin pretensión alguna de exhaustividad, baste señalar al respecto que además de bautizado en el catolicismo en 1886, en dicha creencia contrajo matrimonio en 1920, entre 1921 y 1932 bautizó en ella a sus sucesivos retoños y, en 1962, como católico murió. Como miembro

⁵⁸ Del clima de tensión que existía en la familia a resultas del tema religioso se ocupa Castro en un par de ocasiones, aunque siempre de manera esquiva y mermando el fondo y la trascendencia en que el asunto se enmarcaba. Asegura el biógrafo que Manuel permitió que sus vástagos fuesen bautizados para evitar las "necesarias dispensas para poder celebrar las ceremonias religiosas y humillantes que la iglesia católica imponía –particularmente en España en esos años a los cristianos de rito ortodoxo, como era el caso. (...) No había en aquellos tiempos en la ciudad de Zaragoza y, sin duda alguna, en toda España ninguna Capilla Griega. A instancias de su esposa, deja bautizar a sus hijos en la Iglesia católica y sin atribuirle a esta cuestión la menor importancia alguna" (CASTRO, 1989: 59). El achicamiento del espacio concedido a la religión ortodoxa, válido para el lapso de tiempo en el que nacieron los tres hermanos (y sus respectivos bautismos católicos celebrados en 1877, 1881 y 1886), finó a partir de que Manuel desvelara el origen de la tradición familiar y, sobre todo, desde el momento mismo en el que Eugenio se impuso la labor de su restitución.

y decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza, en los años centrales de la década de 1930 participó en las fiestas que anualmente y en honor del patrón de dicha institución, Santo Tomás de Aquino, aquél celebró. Pocos años más tarde, en una coyuntura mucho más delicada, uno de los mitos fundacionales de la nación española, el de la reconquista cristiana ante el infiel musulmán, le serviría de elemento laudatorio hacia la nueva España nacionalista.⁵⁹ A todo ello debemos sumar que en 1923 el papa Pío XI envió a Eugenio su bendición apostólica, renovada en 1955 por Pío XII, mientras que en 1949 el capítulo y canónigos de la iglesia de Letrán le concedieron la Cruz de Oro de Letrán de Primera Clase (CASTRO, 1989: 29). A estas manifestaciones y distinciones en la fe católica hay que añadir la suposición de que, a lo largo de su vida, Eugenio no excusó la asistencia a cuantos actos y celebraciones religiosas su condición de hombre público y su rango social le impusieron.

Sin embargo, ese mismo hombre, sabedor del efecto benéfico que el apoyo de la Iglesia ortodoxa tendría para el reconocimiento de su ascendencia bizantina, no dudó en cultivar con esmero sus relaciones con las más altas jerarquías de aquella. Así y según consta en un documento conservado en el archivo familiar, en marzo de 1922 su santidad el patriarca ecuménico y arzobispo de Constantinopla-Nueva Roma, Meletios IV, envió a Eugenio su bendición patriarcal.⁶⁰ En 1927 su santidad el patriarca de Jerusalén, Damianos, le otorgó a él y a su primogénito Teodoro el gran Cordón con Collar de la Orden Ortodoxa del Santo Sepulcro (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 22). En 1951 otro de sus hijos, Constantino, casó según el rito ortodoxo con la rusa Elena

⁵⁹ *El Día de Palencia* de 2 agosto de 1937 y bajo el epígrafe «El príncipe Eugenio y el Generalísimo», recogía varios telegramas cruzados entre Eugenio, Nicasia y el hijo de ambos, Teodoro, con Franco. La crónica se abría así: “El príncipe Eugenio de Grecia, tan identificado con nuestro glorioso Movimiento nacional desde el mismo día en que se inició y profundo admirador de nuestra querida España por la que siente sus mayores fervores, ha dirigido al Generalísimo el siguiente telegrama: “Excelencia Generalísimo don Francisco Franco. Salamanca. Al comenzar segundo año Era Triunfal gloriosa Reconquista Española, felicito a Vucencia efusivamente en nombre verdadero Pueblo Heleno que me honro en representar, reiterándole adhesión personal inquebrantable. ¡Arriba España! El Príncipe Eugenio Láscaris-Comneno, Duque de Atenas y de Lepanto” <<http://prensahistorica.mcu.es/>>. Es importante reseñar que no debe vincularse de forma unívoca y excluyente la mención de Eugenio a la “gloriosa Reconquista Española” con el mundo católico, pues resulta mucho más apropiado asociarla al más amplio universo referencial de la cristiandad medieval, una comunidad en Cristo a la que pertenecía tanto la Iglesia de Roma como la de Oriente y en la cual la fe católica y el credo ortodoxo se fundían. De esa especie de denominador común espiritual entre el catolicismo romano y la religión ortodoxa bizantina se serviría en numerosas ocasiones Eugenio, haciendo de ese espacio de religiosidad compartida un territorio de salvaguarda de sus propios intereses.

⁶⁰ Se conserva la carta original y una traducción del griego. Dirigida por Demetrio, Canciller del Santo Sínodo del Patriarcado de Constantinopla, dice: “Nobilísimo. Su Santidad el Patriarca Ecuménico, mi Venerable Señor, me encarga la alta misión de enviar en su nombre a Vuestra Alteza Su agradecimiento por Vuestra felicitación y Su paternal bendición para Vos y para Vuestra Casa. Tened la seguridad de mi singular estimación. En el Patriarcado a 26 de marzo de 1922. El Canciller del Santo Sínodo.” ALC.

Galina Slépuhine Rudkowskaia.⁶¹ Y, finalmente, recordar que en 1956 Eugenio culminó su vida como literato con el cuento de la bella Caliniki y su desgraciado amor, pasaje enmarcado en un escenario de monasterios ortodoxos y motivos bizantinos.⁶² De este recorrido cronológico se deduce que la relación dialógica entre los credos ortodoxo y católico fue siempre fluida en la vida de Eugenio, y que la religión, antes que factor distorsionador de los deseos del príncipe Láscaris, sirvió a éste de aglutinante de muchos de los materiales biográficos que reclamaba como suyos.

La restitución en la fe de sus mayores cobró pleno sentido en 1917 gracias a la crisis desatada ese mismo año en la monarquía griega.⁶³ Tal y como hemos visto en el apartado anterior, al comenzar la Primera Guerra de los Balcanes (1912-1913) Eugenio se había manifestado en la prensa española favorable a las tesis de la “Grecia policéntrica”, proyecto político que comenzó a hacerse realidad mediante el Tratado de Londres (30 de mayo de 1913), por el que los turcos reconocieron la adquisición griega a resultas de dicha guerra de la ciudad de Salónica, la fortaleza de Yanina y diversas islas del Egeo.⁶⁴ Reanudada la lid en la Segunda Guerra de los Balcanes (29 de junio-10 de agosto de 1913), una nueva victoria de las armas griegas tuvo como recompensa el reconocimiento de la soberanía de esa nación sobre la isla de Chipre (Tratado de Bucarest, 10 de agosto de 1913). Sin embargo, estas ganancias políticas tuvieron su contrapartida para Grecia en la violenta desaparición de su rey, Jorge I, el primero de los Glucksburgo, asesinado el 18 de marzo de 1913 por un perturbado mental durante la visita del monarca a la recién anexionada Salónica. Su primogénito, Constantino, fue proclamado rey de forma inmediata bajo el nombre de Constantino I (ligado en su nombre a Constantino XI, último emperador de Bizancio muerto con las armas en la

⁶¹ ABC de 11 de abril de 1951: «Enlace Láscaris-Slépuhine» «En la iglesia de San Francisco el Grande se ha celebrado la boda de la señorita Elena Slépuhine Rudkowskaia con el príncipe Constantino Láscaris Comneno Micolaw, profesor de Filosofía de la Universidad de Madrid. La ceremonia se verificó con arreglo al rito romano oriental bizantino, apadrinando el enlace la madre del novio, princesa Nicasia Micolaw de Láscaris Comneno, representada por doña Enriqueta Peralada de Monzón, y el señor Lucien Morren, profesor de la Universidad Católica de Lovaina» <<http://hemeroteca.abc.es/>>. Más allá del enlace matrimonial, la nota del ABC nos informa de muchas otras cuestiones. Entre ellas que, para ese periódico, en 1951 y antes de que se desatase la ya comentada “polémica *Hidalguía*”, los Láscaris pertenecían de pleno derecho a la estirpe de los príncipes.

⁶² Podríamos alargarnos todavía más en el tiempo y señalar que Eugenio Láscaris-Comneno Torres, nieto de Eugenio, fue bautizado el 23 de octubre de 1976 en la iglesia ortodoxa de la Asunción de Caracas (Venezuela), según los ritos que la Iglesia de Oriente establece. A día de hoy se mantienen los vínculos entre los Láscaris y la Iglesia ortodoxa griega.

⁶³ Para la crisis griega del 17 (CASTRO, 1989: 21-23; CASTELLAN, 1991: 392-397; CLOGG, 1998: 87-94).

⁶⁴ De la enorme importancia de la ciudad de Salónica para la Grecia del periodo de entreguerras da cuenta (MAZOWER, 2005: 305-370).

mano en 1453 durante la defensa de Constantinopla frente a Mehmed II).⁶⁵ El nuevo monarca estaba casado con Sofía Hohenzollern, hermana del káiser Guillermo II, quien haciendo honor a las relaciones parentelares que cursaban entre las distintas casas reales europeas, nombró a su cuñado mariscal de campo del Ejército alemán. El vínculo germánico resultaría para Constantino una *liasion dangereuse* cuando la Gran Guerra estalló.

Desde su independencia Grecia mantenía unas relaciones muy singulares con las tres potencias que la habían ayudado a su génesis como nación, Gran Bretaña, Francia y Rusia. Y también con su milenario contrincante, primero bajo disfraz persa, luego otomano y después turco. Ello hizo que tras el atentado de Sarajevo del 28 de junio de 1914 contra el heredero del Imperio Austro-húngaro, el país entrase en un periodo de gran tensión pues, de un lado, buena parte de su clase política y, entre ella, su figura más destacada, el por entonces primero ministro, el liberal Eleferios Venizelos, deseaba sumarse a la Entente, mientras que un Constantino de nítidas tendencias germanófilas y ante lo imposible de unir al país a unas Potencias Centrales entre las que se encontraba el Imperio Otomano, convocaba a la neutralidad. Los desencuentros entre Venizelos y Constantino culminaron con la dimisión de aquél el 6 de marzo de 1915. En las inmediatas elecciones el popular líder liberal obtuvo una cómoda victoria, lo que no impidió que de nuevo el rey Constantino exigiese su dimisión en septiembre de ese año. La brecha entre uno y otro era ya imposible de salvar, y la entrada en octubre de 1915 de soldados aliados en el país (lo que la prensa de las Potencias Centrales denunció como la “violación de Grecia”), unida al levantamiento de agosto de 1916 de militares favorables a Venizelos en la ciudad de Salónica, supuso la existencia de dos soberanías enfrentadas en un único Estado: el Gobierno de Defensa Nacional, con sede en Salónica bajo el control de Venizelos, proaliado y reconocido por éstos a comienzos de 1917, y el mantenido en Atenas por los partidarios del rey. El dilema se resolvió con la entrada de los aliados en la capital el 29 de mayo de 1917, lo que forzó el exilio del monarca. A este le sucedió su segundo hijo, Alejandro (1893-1920), ahora Alejandro I, en una solución de compromiso (Constantino nunca abdicó de manera oficial) que no pudo ocultar la crisis abierta en la cabeza de la Casa Glucksburgo.

⁶⁵ Constantino I (1868-1922) fue rey de los helenos de 1913 a 1917 y de 1920 a 1922. Sus simpatías hacia la Alemania guillermina y su enconada rivalidad con el primer espada de la política griega del momento, Eleferios Venizelos, marcaron su reinado. Síntoma de la convulsa historia griega del periodo de entreguerras es que tanto Constantino como Venizelos fallecieron en el exilio.

Los sucesos aquí narrados no tuvieron en Eugenio Láscaris un observador pasivo. Antes al contrario y si debemos creer en lo que Castro dice, aquél estuvo desde el comienzo de la Gran Guerra muy en contacto con la realidad griega, llegando a ofrecerse como voluntario a la facción comandada por Venizelos, con quien tal y como más adelante veremos incluso mantuvo correspondencia privada.⁶⁶ Con tales actos Eugenio buscó aproximarse, de forma tímida en estos sus primeros pasos, a la realidad política griega, trabando en ese acercamiento contactos con importantes sectores de la sociedad helena y con algunos de sus personajes de mayor proyección pública. La restitución de los elementos griegos que pudiesen existir en su pasado familiar comenzó con la inserción de Eugenio en la política de ese país, aunque dicha inserción se efectuase inicialmente de forma tangencial. Fuera como fuese, lo cierto es que el cambio de identidad que Eugenio había comenzado en 1917 se acordó con el instante en el que la crisis dinástica griega mostró por vez primera su faz más cruda. Con ello, Eugenio modificó su memoria y la de su familia a tiempo de entrar como actor secundario en la gran tragedia griega del periodo de entreguerras.

⁶⁶ “Se ofrece como voluntario al Consulado General de Grecia en Madrid para participar como simple soldado en la guerra junto con los patriotas griegos. El Cónsul General le responde oficialmente que Grecia acepta su oferta y que será llamado en el momento oportuno. El Príncipe Eugenio mantiene una correspondencia privada con el eminente hombre de estado Eleutherios Venizelos, del que había sido siempre un gran admirador, pues le consideraba el más capaz y más patriota de los políticos helenos” (CASTRO, 1989: 26). Hasta donde sé, Eugenio nunca fue alistado. En cuanto a su correspondencia con Venizelos, las referencias a la misma se datan para el mes de junio de 1917. Señalar a modo de curiosidad que cuando a finales de 1922 fue suprimida la legación de Grecia en Madrid, el secretario de ésta era un tal “Sr. Láscaris” <<http://hemeroteca.abc.es/>>. No parece sin embargo que, más allá del mentado apellido, existiese relación alguna entre Eugenio y el diplomático heleno.

III. 3. “Viva S.M. Eugenio I, Rey Legítimo de los helenos”

La Grecia de los dos continentes y los cinco mares

La I Guerra Mundial dislocó a Europa. La fragmentó en lo territorial, la escindió en lo político, la desequilibró en lo económico y la removió profundamente en lo cultural. Estos fenómenos sociales se dieron a lo largo y ancho de todo el viejo continente, y si bien en unas zonas lo hicieron con mayor virulencia que en otras, en todas ellas la catástrofe se manifestó como el más claro legado de la Gran Guerra. Junto a ello, o muy posiblemente a causa de ello, durante las dos décadas inmediatamente posteriores a su conclusión, y tal y como afirma el historiador británico Richard Vinen, si algo caracterizó a la Europa de entreguerras “es el sinfín de motivos que descubrieron los europeos para odiarse mutuamente” (VINEN, 2002: 99). Motivos que se resolvieron tanto en el plano internacional, con guerras abiertas entre las distintas naciones, como en el nacional, con luchas fratricidas en el interior de éstas. En este último tipo de violencia política se abismó la Rusia revolucionaria, las naciones centroeuropeas sumidas en la revolución primero y la represión después, la Irlanda independentista, Finlandia y España enfrentadas a sendas guerras civiles y, finalmente, la práctica totalidad de los pueblos balcánicos, entre ellos, el heleno.

Una Grecia que llevaba varias décadas en busca de la modernización interior y la expansión exterior se asomó, confiada y optimista, al mundo inaugurado en 1918. Pero en esa nueva fase de su historia hubo de enfrentarse a dos graves problemas. El primero de ellos fue la brutal dislocación de fronteras y poblaciones consecuencia de la pasada guerra.⁶⁷ Unos movimientos de población que colaboraron a la inestabilidad del país en los años inmediatamente posteriores, pues una buena parte de los varios centenares de miles de refugiados que arribaron desde el Asia Menor eran campesinos que llegaron sin disponer de tierras que cultivar ni apenas recursos con los que sobrevivir, lo que acrecentó la crisis social y económica griega. El segundo problema le vino impuesto a Grecia por su contexto geográfico, una península balcánica que continuó haciendo gala durante varios años del sobrenombre con el que se la identificaba más allá de sus

⁶⁷ Sólo por lo que a Grecia respecta, el Tratado de Neuilly (27 de noviembre de 1919) supuso el intercambio de 53.000 búlgaros residentes hasta ese momento en territorio griego por 44.000 griegos que habitaban en Bulgaria. A las consecuencias de 1918 le siguieron las de la guerra greco-turca: en 1922 y como colofón de ésta, 900.000 griegos fueron expulsados de Asia Menor, mientras que la formalización de la paz entre ambas naciones a través de la Conferencia de Lausana (24 de julio de 1923), implicó el intercambio de 190.000 griegos de Asia Menor por los 388.000 turcos musulmanes que todavía residían en territorio griego. Pese a esas migraciones forzadas y masivas, en 1930 todavía aparecían censados 50.000 griegos en Albania (BONAMUSA, 1998: 129-130).

fronteras, el de “avispero de Europa”. En ese sentido, lo cierto es que el país no logró resistir (tal y como por otra parte les sucedió a la mayoría de los Estados europeos) el empuje de las dinámicas regionales en las que aquél se debatía, auténticos torbellinos marcados en lo político por el establecimiento de dictaduras con reyes o militares,⁶⁸ en lo económico por estructuras atrasadas basadas en la riqueza agraria de una elite terrateniente y, en lo social, por una limitada burguesía dependiente del Estado y del capital extranjero, un campesinado amortiguado en sus demandas y una muy débil presión obrera (CASANOVA, 2011: 142).⁶⁹ Cabe añadir en este marco geopolítico los efectos desestabilizadores provocados en los Balcanes por la relativa cercanía de la Rusia bolchevique, lo que motivó situaciones como la provocada por la presencia en la zona del llamado Ejército de Oriente, fuerza disuasoria mantenida por Francia en la región (CASTELLAN, 1991: 397). La aceleración del tiempo histórico que en esos años acaeció en los Balcanes explica en buena medida la generación de problemas tan graves como los aquí descritos. Problemas que en el caso de Grecia deben condimentarse con un ingrediente autóctono, la *Megali Idea*, anhelo irredento reconvertido en la gran ilusión de la Grecia de posguerra.

A partir de 1918 los griegos conocieron el orgullo de la victoria, partícipes de la firma del armisticio por parte de Bulgaria (29 de septiembre de 1918) y con sus tropas a las puertas de Constantinopla. De esta forma, cuando en 1919 Venizelos marchó en representación de Grecia a la conferencia de paz de París, fue despedido como un héroe por sus conciudadanos y recibido como el líder de una nación victoriosa por los diplomáticos reunidos en la capital francesa. Fruto de esas conversaciones, el Tratado de Sèvres (10 de agosto de 1920) hizo pasar de manos otomanas a griegas la Tracia Oriental, con la excepción de Constantinopla, y la región de Esmirna, en Asia Menor, la

⁶⁸ Reyes como Alejandro en la Yugoslavia de 1928, Boris en la Bulgaria de 1935 o Carol en la Rumanía de 1938, hicieron gala de maneras claramente autoritarias. También dispusieron de esos hábitos los altos mandos militares que en numerosas ocasiones actuaron de consuno con aquellos, cuando no los suplantaron, tal y como le sucedió al rey Carol, apartado del poder en 1940 por el mariscal Ion Antonescu. Entre reyes y militares surgieron algunas otras figuras harto singulares aunque igualmente autoritarias, caso de Ahmed Bey Zogu, quien asumió el poder en Albania en 1928. Estas dictaduras tradicionales conservaron unas instituciones representativas limitadas y unas constituciones modificadas o, en su caso, suspendidas.

⁶⁹ Las sociedades nacidas o implicadas en el colapso de los antiguos imperios de la Europa central y oriental mantuvieron una compleja composición social, étnica y, en algunos casos, religiosa. Así, hacia 1930 Grecia tan sólo tenía un 18 por ciento de mano de obra masculina ocupada en la industria manufacturera, dedicándose a la agricultura más manos de las que en realidad eran necesarias (sus excedentes de población agrícola alcanzaban el 50 por ciento). Su burguesía se hallaba fragmentada y buena parte de ella proletarizada, pues muchos de los refugiados provenientes de Turquía, que en ese país habían sido, a semejanza de los viejos fanariotas, activos comerciantes, formaban ahora un amplio elenco social de desposeídos que alcanzaba el 20 por ciento de la población (LUEBBERT, 1997: 450-453).

cual podría ser anexada por Grecia si al cabo de cinco años la población de la zona así lo decidía.⁷⁰ Pero la inesperada muerte del joven rey Alejandro I, acaecida el 25 de octubre de 1920,⁷¹ reabrió la crisis dinástica, dado que el príncipe Pablo, tercer hijo del anterior monarca, Constantino, renunció a ocupar un trono al que ni su padre ni su hermano mayor, Jorge, habían voluntariamente renunciado. En ese momento se enfrentaron dos facciones, la encabezada por los liberales de Venizelos, contrarios a la restauración de Constantino y favorables al príncipe Pablo, y el partido tradicionalista de Gounaris, partidario de Constantino o del hijo mayor de éste, Jorge. En ese clima enrarecido las elecciones de noviembre de 1920 negaron de manera sorpresiva la victoria a Venizelos, quien marchó al exilio. Un plebiscito celebrado el 6 de diciembre de 1920 formalizó el regreso de Constantino a Atenas, ciudad a la que entró de manera solemne el 19 de diciembre de 1920.⁷²

Esos cambios en la jefatura del Estado no frenaron la campaña que las armas griegas venían desarrollando en Asia Menor, triunfal hasta que el contraataque del nuevo líder turco, Mustafá Kemal, revirtió la situación.⁷³ Tamaña humillación nacional provocó en Grecia la revuelta del coronel Nikolaos Plastiras,⁷⁴ un declarado venizelista

⁷⁰ Tal y como afirma Georges Castellan: "Une fois de plus, les rêves de la *Megale Idea* enflammèrent les esprits et Venizelos, venu à Paris pour la conférence de la paix, y défendit avec brio les thèses de la Grèce. (...) Pour Venizelos et ses partisans, c'était le début de la restauration de l'Empire byzantin" (CASTELLAN, 1991: 407). Para la Grecia de la inmediata posguerra (CASTELLAN, 1991: 406-410; CLOGG, 1998: 96-100).

⁷¹ Alejandro I (1893-1920) alcanzó el trono en 1917 tras la marcha al exilio de su padre, el rey Constantino, y falleció a consecuencia de la rabia que le transmitió el mordisco de uno de los monos exhibidos en palacio. Durante el mes de octubre de 1920 se remitieron a Madrid varias cartas del embajador español en Atenas, Andrés López de Vega, informado de la mala salud del rey Alejandro y de la posibilidad de que a su muerte, o bien un golpe de mano contra Venizelos pudiese facilitar el regreso al trono de Constantino, o bien que un monarca extranjero optase al trono. Archivo Histórico Nacional. Ministerio de Asuntos Exteriores. AHN (MAE). H-1605. B.

⁷² Una vez restaurado Constantino, el embajador español asistió al discurso dado por éste el 5 de enero de 1921 con motivo de la apertura de la Asamblea constituyente, e informó de que "sólo estábamos los Ministros de Holanda y España es decir de las dos naciones neutrales". Más adelante, cuando Constantino formó su primer gobierno, éste sólo tenía a su favor "a los representantes de Rusia, Holanda, Rumanía y España", según carta de López de Vega de 26 de enero. Las secuelas de la germanofilia del rey griego se mantenían vivas, lo cual no desdecía el hecho cierto de que, tal y como había informado el embajador español por nota de 16 de enero, "Debe, pues, considerarse como definitiva la solución que ha tenido la cuestión dinástica y como Soberano indiscutible S. M. el Rey Constantino 3^{to}". AHN (MAE). H-1605. B. Al parecer, el plebiscito de diciembre de 1920 fue amañado en favor de Constantino (CLOGG, 1998: 205-206).

⁷³ La campaña había comenzado el 15 de mayo de 1919 con la entrada de tropas helenas en Esmirna bajo el pretexto de proceder a la protección de la población griega allí residente. Mas lo que se produjo fue la matanza de varios centenares de turcos. Recuperada la ciudad el 9 de septiembre de 1922 por los soldados de Mustafá Kemal, más tarde Atatürk, unos treinta mil cristianos y el arzobispo de Esmirna, Chrysóstomos, fueron masacrados. Con esos ecos de lo que había sucedido hacía justo un siglo entre griegos y otomanos, finalizó la guerra greco-turca.

⁷⁴ Nikolaos Plastiras (1883-1935) fue héroe militar y político partidario del líder liberal Elefterios Venizelos. Instigador de los golpes de estado de 1922 contra Constantino I y de 1933 tras la derrota electoral de Venizelos, en 1923 frenó el golpe monárquico reaccionario contrario a la instauración de la república griega. En defensa de esa república de nuevo amenazada se alzaría en armas en 1935.

que al frente de un grupo de oficiales republicanos creó en septiembre de 1922 un comité revolucionario presidido por el general Gonatas, el cual forzó un nuevo exilio de Constantino y, ahora sí, su abdicación formal.⁷⁵ El 27 de septiembre de 1922 su hijo, el príncipe Jorge, ocupó el trono heleno con el nombre de Jorge II.⁷⁶

Los sucesos del periodo 1918-1922 ofrecieron a Venizelos y a buena parte de sus conciudadanos un plato de sabor agridulce. Si por un lado el líder liberal resultó victorioso frente a su gran rival, el rey Constantino, por otro no pudo evitar la subida al trono de un príncipe del que nunca gustó, Jorge. Pero el gran fracaso del político cretense se materializó entre los escombros de Esmirna, revés definitivo a sus viejas ambiciones panhelénicas en pos de una Grecia de los dos continentes y los cinco mares (Europa y Asia; Jónico, Egeo, Mediterráneo, de Mármara y Negro). En esa ciudad del Asia Menor sucumbió de manera irremisible la *Megali Idea*. Pero muchos parecieron no comprenderlo.⁷⁷ Tampoco Eugenio Láscaris.

Un anuncio en la Agencia Radio

Tal y como hemos visto, Eugenio Láscaris se mantuvo atento a la situación política griega durante los años de la Gran Guerra, así como durante el posterior conflicto greco-turco. Iniciada la década de 1920 y avanzado el proceso de cambio de identidad y

⁷⁵ Según informó el nuevo embajador español en Atenas, Cristóbal F.-Vallín, a partir de la creación de dicho comité revolucionario, en las tarjetas de Plastiras figuraba la leyenda "Jefe de la Revolución 1922". El 27 de septiembre telegrafiaba Vallín: "Con motivo de acontecimientos y proclamas lanzadas por aeroplanos firmadas General Gonatas Jefe tropas Chio y Metelin y ultimátum flota al Rey Constantino, ha abdicado en Príncipe heredero que tomará el nombre de Jorge II. Gobierno ha dimitido se formará Gabinete militar entrando en él Ministros partido venizelista". En otro de 1 de octubre: "Ex-Rey Constantino ex-reina Sofia Princesa Catalina [hija menor de éstos] y Príncipe Nicolás [hermano de Constantino] embarcaron anoche trasatlántico griego PATRIS para Palermo escoltado por torpedero griego PRÍNCIPE PAUL actual diádoque queda en Atenas ex-Rey usa título de Conde de Acharnon". Se fijaron elecciones para el 2 de diciembre y, en el entretanto, hubo un levantamiento a favor de Constantino comandado por el general Metaxas que fracasó En esa coyuntura y según un informe del embajador considerado como "muy reservado" y fechado el 5 de diciembre de 1922, España intervino en la salvación del príncipe Andrés, hermano de Constantino, quien finalmente no fue ejecutado y sí enviado al destierro. Transterrado murió Constantino en diciembre de 1922, cuyo funeral y entierro se celebró el 14 de enero de 1923 en Nápoles. AHN (MAE). H-1605. B.

⁷⁶ Jorge II (1890-1947) reinó entre 1922-1923 y 1935-1947, permaneciendo fuera del país, protegido por los británicos, entre 1941-1946. Falleció a los seis meses de su regreso al trono.

⁷⁷ El propio Venizelos, encargado de representar a su país en la Conferencia de Lausana, trató de salvar los restos de la Gran Idea del naufragio. Pero lo cierto es que el tratado signado en la ciudad suiza resarcía a Turquía de Sèvres, y dicha nación recuperó, además de la región de Esmirna, la Tracia Oriental y varias islas del Egeo. Para Grecia las consecuencias fueron dramáticas, pues cientos de miles de griegos expulsados de los territorios perdidos se vieron obligados a entrar en la madre patria. También en el plano político las repercusiones del desastre de Esmirna fueron mayúsculas. A modo de revancha por la derrota fueron juzgados varios altos cargos políticos y jefes militares acusados de alta traición. El conocido como Juicio de los Seis acabó en noviembre de 1922 con el fusilamiento, entre otros, del ex-primer ministro, Dimitrios Gounaris, y del que fuera comandante del Ejército en Asia Menor, el general Georgios Hadzianestis. Dichas purgas exacerbaban la enemistad entre venizelistas y monárquicos glucksburguistas, y las repercusiones de tales odios se dejarían sentir durante todo el periodo de entreguerras.

restitución de su ascendencia bizantina, Eugenio se hallaba presto a intervenir en la cotidianeidad de la vida social del país heleno. Para ello contó con apoyos importantes, tanto a nivel político, pues numerosos colectivos se avinieron a apoyar sus reclamos (la mayoría de ellos conformados en torno a griegos de la diáspora), como periodístico, pues varios medios de prensa griegos, y también algunos españoles, se prestaron a difundir y multiplicar sus mensajes.⁷⁸ En este sentido y tal y como había ocurrido en 1906 a la muerte de Manuel Lascorz, Eugenio evitó que las noticias de sus pretensiones dinásticas apareciesen en los medios locales zaragozanos, deseoso de eludir todo chascarrillo doméstico capaz de alterar la tranquilidad de su vida familiar y la rutina de sus quehaceres diarios como procurador de los tribunales. Eugenio mantenía así perfectamente dissociadas las dos caras de su personalidad.

Pero más allá de los apoyos puntuales antes referidos, Eugenio necesitaba de un acontecimiento detonante que diese una mínima oportunidad de éxito a sus aspiraciones legitimistas. Y ese acontecimiento llegó con el nuevo episodio de crisis en el que se vio envuelta la monarquía griega. El reinado de Jorge II tuvo un primer periodo de muy corta duración. Nombrado rey en septiembre de 1922, en diciembre de 1923 la victoria electoral de Venizelos, tan contrario al nuevo rey como lo había sido al padre de éste, obligó a Jorge II a abandonar el país con “permiso de excedencia prolongada”, eufemismo que no escondía sino un exilio similar al que en 1917 se había impuesto a su padre, el rey Constantino.⁷⁹ La marcha del rey abrió las puertas a la república. En enero de 1924 el gobierno presidido por Gonatas dejó paso al presidido por Venizelos. El 28 de febrero la IV Asamblea Nacional votó a favor de la caída de la monarquía Glucksburgo y la instauración de una república parlamentaria, proclamando la celebración de una consulta popular para ratificar tal medida, la cual tuvo lugar bajo la

⁷⁸ La primera actuación de Eugenio en relación con la prensa griega que he logrado recuperar se fecha el 8 de mayo de 1921. Se trata de una carta escrita en griego y que le fue remitida desde Atenas por la revista *Atminai*, especializada en temas políticos y literarios. ALC.

⁷⁹ En realidad, los apenas quince meses de su reinado fueron una pantomima monárquica. Tal y como afirmó el 25 de junio de 1923 el cónsul español en Salónica, Antonio Gordillo Carrasco: “En cuanto al Rey, su papel es tristísimo. Nadie lo nombra para nada, jamás se ve un retrato suyo, ni la más leve información ni referencia. Los militares se comportan como si se tratase de fundar un república pretoriana”. AHN (MAE). H-1605. B. La posición de Jorge II no estuvo nunca bien definida y sus poderes fueron siempre limitados. En las elecciones de diciembre de 1923, previstas para la creación de una Asamblea constituyente, el boicot de la facción antivenizelista dio a los vencedores, contrarios al rey, una amplia mayoría.

forma de plebiscito el 13 de abril de 1924.⁸⁰ El almirante Paulos Kunduriotis fue elegido presidente de la recién nacida república griega.

Ante esa nueva realidad política algunos dirigentes griegos respondieron de manera acelerada, y en diciembre de 1923, antes de que la nueva legalidad republicana fuese puesta en pie, un grupo influyente de diputados de la Asamblea de Atenas ofreció el trono a Eugenio. Según recoge Norberto de Castro, la “Agencia Radio, ya en 1923, difunde en el mundo entero la noticia: «Se anuncia en Atenas que varios diputados han ofrecido la Corona de Grecia al Príncipe Eugenio Láscaris, descendiente de los antiguos Soberanos griegos, familia de la cual Grecia es una gran deudora» (...). Desde entonces fue considerado por sus partidarios como REY LEGÍTIMO DE GRECIA y como tal es saludado por las más altas autoridades tradicionalistas y personalidades griegas, con el uso público y privado de Alteza Imperial y Real, que tiene por su nacimiento, y la de MAJESTAD” (CASTRO, 1989: 28).⁸¹ Un ofrecimiento que no aparece reflejado en la valija diplomática llegada a España desde Grecia, lo que es, cuando menos, curioso, pues resulta difícil creer que ante la oferta del trono de su país hecha por un grupo de parlamentarios extranjeros a un ciudadano español, los diplomáticos españoles destinados en la nación oferente no informasen de tan singular caso a sus superiores en Madrid. Esa improbable situación nos obliga, al menos, a intentar perfilar los matices más finos de la noticia difundida por la Agencia Radio. Así, habría que determinar quiénes y cuántos fueron los diputados que ofrecieron a Eugenio la corona griega y el detalle del contexto político en el que lo hicieron, así como el verdadero alcance de la

⁸⁰ El 1 de abril de 1924 el cónsul Antonio Gordillo había informado de la proclamación de la república en la ciudad de Salónica. AHN (MAE). H-1606. B. El plebiscito dio como resultado un 70 por ciento de los votos favorables a la república (758.472 contra 325.322). La nueva forma de Estado no trajo la tranquilidad a Grecia, cuya situación política siguió moviéndose en aguas turbulentas, pues: “aunque en apariencia esa nueva república fue democrática, los militares actuaron como árbitros de la política a través de sus clientes políticos. El clientelismo político, el sectarismo de la vida política y la crónica tendencia de los militares a intervenir en el proceso político fueron los rasgos distintivos de la sociedad griega en esos años” (CASANOVA, 2011: 144).

⁸¹ La noticia difundida por la Agencia Radio fue publicada en la primera página de *El Imparcial* de 25 de diciembre 1923, bajo el titular «La situación en Grecia. Esperando el regreso de Venizelos. Se ofrecerá la corona al Príncipe Eugenio Láscaris» (CASTRO, 1989: 28). También en el *Diario de Córdoba* de 28 de diciembre de 1923: «La Corona de Grecia» “Varios diputados griegos han expresado el propósito de ofrecer la Corona de su país al Príncipe Eugenio Láscaris, descendiente de los antiguos soberanos helenos. El Príncipe Láscaris disfruta de muchas simpatías en la nación” <<http://prensahistorica.mcu.es/>>. Años después, el 26 de febrero de 1935 y con motivo de otro importante movimiento político por parte de Eugenio, *La Monarquía* publicó: “En diciembre de 1923, la agencia «Radio» anunció a la Prensa mundial que varios diputados habían acordado «ofrecer la Corona de Grecia al Príncipe Eugene Láscaris, descendiente de los antiguos soberanos griegos, familia a la que tanto debe el Helenismo». (...) En las actas de esos Congresos, constan las peticiones de los diputados.” AOOF. Algunos de los periódicos extranjeros en los que según *La Monarquía* había aparecido la noticia fueron el francés *Le Journal* (19 de diciembre de 1923) y los griegos *Elefteron Vima*, *Skrip*, *Ethnos*, *Journal des Constantinopolitains*, *Hestia*, *Helefteros Logos*, *Elefteros Antrophos* y *Proia*.

noticia. Y todo ello en el marco de la muy convulsa situación política de la Atenas de finales del año 23.

En ese sentido puede resultar de sumo interés el *Informe acerca de la política del Señor Venizelos* (sic.), que desde la embajada ateniense Cristóbal F.-Vallín remitió a Madrid el 15 de enero de 1924. En él se exponía: “En realidad lo que parece es que él [Venizelos] trata de hacer un distingo entre mantenimiento de la Monarquía y continuación de la actual Dinastía (contra la cual se declaró hace algún tiempo ya) una vez que consiga, en cualquier forma, que el mantener la Monarquía no significa la vuelta del Rey Jorge, hará la comedia de aparentar buscar otro Monarca y estando seguro de que no ha de haber quien quiera ser Rey de Grecia y menos bajo una tutela como la suya, el terreno estará propicio a la proclamación de la República fundándose en que, a pesar de sus esfuerzos, no pudo hallarse una Dinastía a la que confiar la Corona de este país”.⁸² ¿Entró Eugenio en el juego del veterano político heleno, dejándose usar como marioneta de un falso teatrillo de feria cuya obra tendría por título algo así como *La aparente busca de un rey*?

Para valorar tal posibilidad hay que tener presente que la relación entre ambos actores, Eugenio y Venizelos, venía de lejos (al menos eso repiten las fuentes cercanas al primero),⁸³ con lo que un acuerdo entre ambos, no sabemos en qué términos concertado, bien pudo ser posible (acuerdo que antes que en la forma de un pacto formalmente establecido entre las partes, me inclino a ver como la aceptación mutua de una situación de facto propiciada por el político griego y susceptible de resultar rentable al pretendiente español). La concomitancia entre los intereses de uno y otro puede por ello ser sometida a una doble lectura, pues si bien es posible pensar que Venizelos usase al pretendiente lascárida en su propio provecho (siendo los Láscaris una de las dinastías con las que éste jugó), también lo es que Eugenio se dejase usar sabedor de que el movimiento de aquél, reforzado por la actuación clientelar de un grupo de diputados afectos, además de perjudicar a la Casa de Glucksburgo, facilitaba que su reclamo legitimista fuese dado a conocer entre la sociedad griega. Es esta una cuestión importante sobre la que, en esa *definitiva* biografía de Eugenio Láscaris, se deberá

⁸² AHN (MAE). H-1606. B.

⁸³ Castro reproduce una carta escrita en francés en junio de 1917 por Venizelos, siendo presidente del consejo de ministros griego, a “S.A.I. Mons.r. Eugenio Lascaris”. En ella, aquél pide a éste “quiera transmitir a los helenos de España mis sinceros reconocimientos por la lealtad que testimonian a la causa nacional” (CASTRO, 1989: 87).

continuar indagando, pues una respuesta afirmativa a una acción acordada, no importa el grado, entre éste y Venizelos, daría al procurador zaragozano una todavía mayor presencia en la vida política del país balcánico. Pero en cualquier caso y más allá de nuevas y necesarias investigaciones, lo que no puede negarse, y no es cosa de menor envidia, es que en el contexto de la severa crisis monárquica que acompañó a la destitución del rey Jorge II de Grecia, Eugenio Láscaris saltó a la palestra pública como posible, y legítimo para algunos, sucesor al trono que aquél dejaba vacante.

Fue en ese instante cuando Eugenio hizo gala del buen manejo, siempre en su propio beneficio, de los medios de comunicación. Y por las razones que ya hemos expuesto (preservación interesada de la paz del hogar y del normal quehacer profesional), lo publicado en torno a él apareció de manera preferente en aquellos medios que se editaban en Grecia o en aquellos otros que quedaban bajo el control de las comunidades griegas de la diáspora europea,⁸⁴ haciéndolo mucho menos en los españoles de tirada nacional y en absoluto en los de la Zaragoza que le servía de residencia. El envío de cartas y fotografías suyas, de su mujer y de los dos hijos habidos hasta ese momento en el seno de su matrimonio, Teodoro y Constantino, fueron acciones comunes.⁸⁵ Antes incluso de que el 28 de febrero de 1924 la Asamblea Nacional griega votase la caída de la monarquía Glucksburgo y la instauración de una república parlamentaria, la dirección de *Elefteron Vima* le agradecía, con el debido tratamiento de alteza real, un envío de las características antes reseñadas. Y un mes antes de celebrarse el plebiscito que daría paso, el 13 de abril, a la república, G. Serafidis, editor del *Neos Kosmos*, se dirigió a él en similares términos.⁸⁶ Cabe suponer

⁸⁴ En relación con la emigración helena es preciso recordar el importante papel que la *xeniteia*, o estancias en el extranjero, ha desempeñado en la experiencia histórica griega, de acuerdo a unos modelos de emigración gestados en época romana y que han perdurado hasta nuestros días. En ese sentido y tal y como afirma Richard Clogg, las “comunidades en la diáspora han constituido siempre una parte muy importante del pueblo griego” (CLOGG, 1998: 17). Como veremos a continuación, a través de estas comunidades se infiltró Eugenio en Grecia.

⁸⁵ Eugenio gustó de acompañar sus mensajes propagandísticos con una serie de fotografías familiares muy estereotipadas. Las más características representan su busto de perfil, con quevedos y, en el margen superior izquierdo de la imagen, el águila imperial de la Casa de Láscaris (esta fotografía, sin el escudo nobiliario, es la que figura en la galería de retratos que el Colegio de Procuradores de Zaragoza dedica a sus últimos decanos). Otras lo muestran de medio cuerpo y mirando de frente a la cámara, pose que se repite para Nicasia, su esposa. Sus hijos, todavía muy niños, en ocasiones aparecen acompañados de un gran perro, y si el retratado es el primogénito, Teodoro, éste lo hace trajeado o imitando los modos de un *boy-scout*. Estas imágenes fotográficas suelen acompañarse de las firmas, helenizadas, de los protagonistas, así como de mensajes en griego del tipo “S.A.I. y R. Príncipe Teodoro Láscaris Diadoco de los Griegos”. Los retratistas más habituales de la familia fueron Ángel Jalón y G. Freudenthal, ambos con estudio abierto en Zaragoza. Para una selección fotográfica, ver anexos.

⁸⁶ Provenizelista, *Elefteron Vima (Tribuna Libre)* conformaba junto al conservador *Kathimerini (Diario)* la dupla más importante de la prensa griega del momento. En francés y fechada en Atenas el 16 de febrero de 1924, la dirección de *Elefteron Vima* escribió: “A son Altesse le Prince Eugene Lascaris. Altesse, La

que esta red de contactos nació, creció y fue dando sus frutos en el tiempo merced, ante todo, a la perseverancia y laboriosidad del propio Eugenio. A estas alturas de la investigación es factible suponer que las noticias sobre la muerte de su padre aparecidas en los años 1906 y 1907 se debieran a gestiones del propio Eugenio, quien en 1912 publicaba artículos de opinión en el *ABC* y que en la década de los cincuenta, tal y como la “polémica *Hidalguía*” mostraba, tenía acceso libre a distintas cabeceras de prensa. Pronto veremos que estas formas de actuación se repitieron en otras ocasiones e, incluso, podremos precisar alguno de los nombres propios que las facilitaron. Eugenio, cuya bonhomía, cultura, buena educación y don de gentes son referidas en numerosas ocasiones,⁸⁷ supo sin duda granjearse los favores de la prensa.

El Manifiesto de Seis Colonias Helenas

Cuando la ocasión de proponerse como candidato a la corona griega estuvo al alcance de Eugenio, éste “vivía alejado de toda la pompa real en un apartamento de aires clásicos en Zaragoza, con sus hijos y dos criadas que ni siquiera lo llamaban “su alteza”” (MEZA, 2014: 63-64). Puede que el servicio no le diese tratamiento real, pero, tal y como hemos visto, políticos griegos de primera fila como Venizelos y varios diputados de la Bouli ateniense, así como medios de prensa como *El Imparcial*, el *Diario de Córdoba*, el parisino *Le Journal* o los griegos *Elefteron Vima* y *Neos Kosmos*, entre otros, sí lo hacían.⁸⁸ Todos estos reconocimientos tuvieron su culminación en marzo de 1924, cuando desde varias comunidades griegas de la diáspora se lanzó al

Direction du Journal “ELEFTERON VIMA” se fait un devoir et un plaisir de solliciter de Votre Altesse de vouloir bien l’honorer en lui procurant la faveur de l’envoi de sa photographie ainsi que celle de sa famille. Après le repercussion que Son aimable lettre a eue dans le coeur des jeunes-hellènes, la publication de Votre photographie devient très désirable et même indispensable. Veuillez agréer l’assurance de notre très haute considération. De Votre Altesse les très humbles serviteurs. Pour la Direction du journal”. También en francés, desde Londres, el 15 de marzo de 1924, G. Serafidis, editor del *Neos Kosmos*, escribió: “A S.A.I. le Prince Eug. Lascaris. Saragossa (Spain). Prince, nous avons l’honneur de vous envoyer ci-inclus un specimen de notre journal “*Neos Kosmos*”. Nous serons bien heureux si votre Altesse daignera de nous faire savoir ses considerations sur la question dynastique qui passionne en ce moment la Nation Grecque. De Votre A. Impériale humble serviteur, G. Serafidis”. Ambas cartas en ALC.

⁸⁷ El 7 de septiembre de 1935 el procurador de Tarazona, José Chueca, enviaba una carta a Eugenio Lascorz, en su calidad de decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza, mostrándose “seguro de que su gran bondad me hará tan señalado favor”. AHCPZ, 43/98. El 10 de mayo de 1936, el procurador de Borja, Ángel Nogués, le enviaba otra, ahora a nombre de Eugenio Láscaris, en la que se lee: “le rogaría a Vd. sabiendo lo bondadoso que es Vd. para todos los compañeros”. AHCPZ, 43/99. El propio José María Palacio le reconocía como “hombre de bien, eso sí, baturro de una pieza, ingenuo como un chiquillo e inmovible como las duras rocas de las agrestes montañas del solar de sus mayores” (PALACIO, 1954: 76). Y por citar tan sólo una de las numerosas noticias de prensa que hacen mención a su bondad, el 31 de marzo de 1933, *El Día* de Alicante publicaba: “El Príncipe Eugenio, residente desde hace tantos años en nuestra ciudad (sic.), en donde cuenta con simpatías y afectos profundos, a los que se ha hecho acreedor con su vida ejemplar y austera” <<http://prensahistorica.mcu.es/>>.

⁸⁸ También le apoyó desde esos primeros momentos el general Andrés Bairas, héroe de la defensa en 1916 del fuerte Roupelion contra los germano-búlgaros (CASTRO, 1989: 23).

mundo un manifiesto en favor de la candidatura al trono heleno de Eugenio Láscaris. El *Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno*,⁸⁹ encabezado con las armas de Grecia y las fotografías de “S.A.I. el Príncipe Eugenio Láscaris” y “S.A.I. el Príncipe Teodoro Láscaris”, no proponía otra cosa que la recuperación, en la figura de un descendiente de la bizantina Casa de Láscaris, de un consenso nacional superador de divisiones ideológicas en torno a la Gran Idea griega. Lejos de entender la defunción de ésta en la campaña del Asia Menor, y en un tono político marcado por el predominio del concepto de patria, deudor en no poca medida de las proclamas del nacionalismo exacerbado, antiliberal y antidemocrático que triunfaba en la Italia de Mussolini, el *Manifiesto* era, en el preciso momento en que Grecia debatía en las urnas su modelo de Estado, tanto una proclama dinástica (en favor de los Láscaris) como un completo proyecto de política interna (la *Megali Idea* como aglutinante con el que superar el “problema nacional”).

En la génesis del *Manifiesto*, además de la mano de un Eugenio siempre activo en sus contactos con los griegos de la diáspora,⁹⁰ podemos intuir la de un Venizelos que hizo del exilio y del contacto con sus compatriotas residentes en el exterior una de las claves de su acción política. Por lo que a su contenido político respecta, el *Manifiesto* partía de la visión de unos buenos patriotas helenos hermanados en derredor del príncipe Eugenio Láscaris, aclamado como “S.M. Eugenio I, Rey Legítimo de los helenos”. A partir de ahí y tras dar la espalda a los partidos políticos democráticos, cuya ambición “pone a la Patria en peligro y la empuja al abismo”, las seis comunidades firmantes del documento (las de Constantinopla, Bélgica, Francia, España, Italia y Egipto), proponían la elección de Eugenio en calidad de rey en el inmediato plebiscito que iba a celebrarse en Grecia. Un plebiscito que, por supuesto, ni estaba previsto para tal contingencia, ni para discernir entre una u otra dinastía (los Glucksburgo, los Láscaris o cualquier otra), ni para que la ciudadanía optase por monarquía o república, pues según la Asamblea Nacional griega había decidido, la razón de ser del mismo era

⁸⁹ Para la transcripción del *Manifiesto*, ver anexos.

⁹⁰ En el ya mencionado artículo de 26 de febrero de 1935, *La Monarquía* afirmaba: “En 1923, los partidarios del príncipe Eugenio le pidieron autorización para presentarlo como candidato nacional al Trono de Grecia, y al dar su contestación afirmativa, después de muchas meditaciones, representantes de los más genuinos y caracterizados de las grandes colonias helenas de Constantinopla, Bélgica, Francia, Egipto e Italia, lanzaron millón y medio de proclamas y manifiestos en francés y griego, por todo el país, presentando al príncipe como tal candidato y solicitando la restauración de la antigua casa Láscaris. Este manifiesto, que fue reproduciendo por toda la Prensa mundial, y en especial por la ateniense, tuvo excelente acogida en toda la nación.” AOOF. Un ejemplo de los contactos de Eugenio con los medios de comunicación griegos de la diáspora nos lo ofrecen sus vínculos con un periódico como el *Neos Kosmos*, fundado en 1918 y que tenía por dirección La Varenne St-Hilaire, en el departamento francés de Seine.

ratificar una decisión ya sometida al dictamen favorable de ésta.⁹¹ Ello hacía del *Manifiesto* de la diáspora helena un documento alejado de la realidad política griega, carente por tanto, al menos en ese preciso instante, de toda oportunidad de éxito. Pensado para forzar o, al menos, influir en la mecánica política e institucional del país, el *Manifiesto* era, en sus efectos prácticos, un brindis al sol. Lo cual en absoluto desmerece el valor del mismo para un Eugenio que, gracias a dicho documento, veía incrementar su presencia y protagonismo en la política griega de los primeros años veinte.

Al texto en favor de Eugenio le sucedió la proclama que el ya destronado rey Jorge II, bajo el título de *Manifiesto dirigido al Pueblo helénico por S. M. Jorge II*, redactó en su primera parada rumana camino del exilio británico.⁹² Y si bien la relación entre ambos documentos podría entenderse tanto desde una perspectiva causal (es decir, el manifiesto de Jorge II como respuesta al de Eugenio) como fruto de la mera casualidad, lo cierto es que el vínculo entre dichos mensajes muy bien pudiera radicar en que ambos pertenecían a una suerte de “modelo de manifiestos reales desde el exilio”, patrón discursivo en el que uno y otro encajaban a la perfección.⁹³ Escritos en francés, una de las palabras definitorias de ambos manifiestos era “patria”. Así, si el que apoyaba a Eugenio comenzaba con un “¡HELENOS! En el momento crítico en que la ambición de los partidos pone a la Patria en peligro y la empuja al abismo, es a sus hijos a quienes importa resolver el problema nacional”, el de Jorge lo hacía con un “Au peuple Hellene. Hellenes: Monté sur le trone dans des circonstances tragiques pour la Grece; je n’ai cessé d’être animé d’un seul et meme sentiment; l’amour de la Patrie”. La llamada a la patria y, por extensión, a los helenos, atrapaba a uno y otro mensaje en el redil de un patriotismo simple y ramplón, recurso que en manos de dos reyes sin trono (el primero un simple pretendiente y, el segundo, un monarca destronado) no dejaba de ser, por la sencillez de su recepción y por lo maleable de su uso, un eficaz material con el que apuntalar en torno a tales personajes la cohesión del conjunto social. Además y por lo que a Eugenio respecta, asociar en la defensa de la patria a los Láscaris con los

⁹¹ El decreto por el que se convocaba la celebración de un plebiscito para ratificar la instauración de una república parlamentaria fue publicado el 29 de marzo de 1924 en el *Diario Oficial de Atenas*.

⁹² Una transcripción del mismo llegó hasta el gobierno español por vía diplomática. Firmado por Jorge II, aparecía datado en “Brasovo [Rumanía], le 7 Avril 1924”. AHN (MAE), H-1606. B.

⁹³ Pensemos también, en ese mismo orden discursivo, en el mensaje dirigido por el rey Alfonso XIII al pueblo español apenas proclamada, en fiesta popular y ciudadana, la II República. Una concordancia en los comunicados del poder en fuga que en el presente caso tuvo su continuación en la similitud entre la primavera republicana griega del 24 y la española del 31.

Glücksburgo suponía nivelar ambas dinastías, amalgamadas así por un concepto común, el de patria, dotado de un alto voltaje político y emocional. De esta forma y merced al manifiesto en su apoyo redactado por los helenos de la diáspora, Eugenio se equiparó un poco más a un monarca que, con mayor o menor aquiescencia de sus súbditos, había efectivamente reinado sobre los griegos.

III. 4. La articulación de múltiples redes de sociabilidad

Eugenio y sus mecanismos de inserción en la prensa de la época

A lo largo del presente trabajo hemos hablado en varias ocasiones de la importancia que la prensa tuvo en la vida de Eugenio y, de forma más precisa, del papel que ésta jugó en sus reivindicaciones legitimistas al trono heleno. He llegado incluso a afirmar que, sin la prensa, Eugenio Láscaris no hubiera existido, aseveración basada en las relaciones que éste mantuvo con los medios de comunicación escrita durante el periodo 1921-1924, y en lo que pronto veremos acaeció en el trienio 1933-1935, cuando de nuevo el papel de la prensa se demostraría absolutamente fundamental. La ligazón existente entre ambos periodos fue así mismo determinante, pues fueron precisamente los contactos mantenidos por Eugenio con la prensa extranjera a lo largo del primer lustro de la década de 1920 los que marcaron lo sucedido en los primeros treinta.⁹⁴ Noticias como la difundida por la Agencia Radio en diciembre de 1923 o entre ese año y el siguiente por diarios como el parisino *Le Journal* o el ateniense *Eleftheron Vima*, sirvieron a Eugenio como provechoso ejercicio de aprendizaje en sus deseos de autopromoción pública.

Para establecer tales contactos y crear a través de ellos las oportunas redes de sociabilidad capaces de actuar en su favor, Eugenio recurrió a dos fórmulas distintas aunque igualmente rentables a sus intereses: la primera, de carácter más distante, consistía en establecer una relación de tipo meramente informativo y en la mayoría de las ocasiones por iniciativa propia, con una determinada agencia de prensa, director de periódico o corresponsal extranjero residente en España para, a través de cualquiera de ellos, armar una de caja de resonancia capaz de multiplicar y expandir sus mensajes fuera de las fronteras nacionales. La segunda, más íntima, buscaba forjar lazos de amistad con un determinado hombre de prensa, normalmente un periodista español, para hacer de él un vocero fiel en la defensa de sus proclamas dinásticas. Con la intención de profundizar en la forma en que tales contactos se establecieron he optado, antes que por una prolija recopilación de las noticias aparecidas en la prensa de la época en torno a Eugenio Láscaris,⁹⁵ por el análisis de alguno de esos contactos, confiando en

⁹⁴ Más allá de estas dos prolíficas franjas temporales (1921-1924 y 1933-1935), el lapso transcurrido entre ambas no fue un territorio baldío para Eugenio Láscaris en su relación con la prensa escrita internacional, pues he documentado contactos entre uno y otra el 10 de mayo de 1925, con la publicación de una noticia en *KHPYZ*, y el 30 de agosto de 1929, con la remisión de una carta a Eugenio por parte del periódico lionés *Le Foyer Hellénique*. Ambos documentos, en griego, en el ALC.

⁹⁵ Para una primera visión de las noticias que la prensa escrita dedicó a Eugenio Láscaris, ver anexos.

ejemplificar a través de ellos los mecanismos de los que Eugenio se sirvió para lograr una amplia presencia en el espacio público.

Debemos partir de la premisa de que Eugenio gustó de enviar a quienes consideraba podían resultarle de utilidad, escritos en defensa de su causa legitimista e imágenes de quienes la encarnaban. De entre estas últimas, las fotografías del propio Eugenio, de su mujer Nicasia y de su hijo Teodoro (en menor medida las de Constantino y Juan Arcadio), recorrieron un amplio espectro de la geografía europea durante el periodo de entreguerras. Y dado que de tales prácticas usó el procurador zaragozano a la hora de entablar contacto con la prensa internacional, las imágenes de su familia se colaron en no pocos domicilios de sus contemporáneos europeos, lo que posibilitó que aquél gozase de innegables instantes de gloria pública. Uno de esos envíos lo realizó Eugenio el 27 de abril de 1935 a J. C. Oldfield, corresponsal en España del londinense *Sunday Times*, el cual, en carta fechada al siguiente día, le agradecía la del anterior y los “interesantísimos documentos que V. A. me incluía”. Prueba del buen tino de Eugenio al remitir aquel primer mensaje, es que el 26 de noviembre de ese mismo año, R. A. Calvert, corresponsal en España de la Agencia Reuters, le solicitaba en nombre de la prensa inglesa una más amplia información sobre su persona.⁹⁶

En otras ocasiones parece ser que fueron los distintos medios y agencias de prensa quienes tomaron la iniciativa a la hora de ponerse en contacto con Eugenio para recabar de éste informaciones más precisas. Así ocurrió con la agencia de prensa, fotográfica y literaria, *Elysées Press*, que desde su sede parisina remitió a aquél una carta con fecha de 7 de diciembre de 1935 en la que, además de “une photo de vous, et de votre honorable famille”, le solicitaba “un exemplaire de la proclamation que vous avez publiée” (y a la que más adelante nos referiremos). Al parecer, Eugenio respondió con presteza a la agencia de noticias gala, pues desde París recibió el siguiente día 12 una carta de agradecimiento por atender a la anterior petición, al tiempo que le informaban de la publicación de un artículo sobre él en el diario *La République*. Y dado que “nous voulons diffuser cet article dans le monde entier”, le demandan esta vez diez copias de cada uno de los documentos y fotografías familiares que habían acompañado su anterior envío. Mientras esta correspondencia se cruzaba entre París y Zaragoza,

⁹⁶ Ambos documentos en el ALC. Unos meses antes, el 5 de diciembre de 1934, desde el periódico chipriota *Matin* se proponía a Eugenio una colaboración y, de paso, se le solicitaba una fotografía de “Votre Altesse, celle de la Princesse et du Prince Theodore”. También en el ALC.

Carolina Homem Christo, directora de *Eva*, publicación con sede en Lisboa, el 19 de diciembre de ese mismo año enviaba a Eugenio una nota en la que le informaba de que la agencia *Elysées Press* le había mandado una crónica escrita por Alex Bell sobre las pretensiones dinásticas de Eugenio. Aprovechaba la citada Carolina Homem para solicitarle algunas fotografías suyas con las que acompañar la publicación de dicha crónica. Eugenio debió responder de manera bien solícita, pues el 8 de enero de 1936 desde la capital lisboeta se le agradecía su remesa documental.⁹⁷ Tanto las cartas cruzadas entre Eugenio y los corresponsales extranjeros desplazados hasta España, como las de aquél con agencias de prensa y medios internacionales, ilustran bien un modelo de relaciones mantenido por Eugenio con los medios de comunicación de la época. Un modelo que, repetimos, no era sino la continuación, convenientemente perfeccionada, de aquél otro que había comenzado a experimentar en los primeros años veinte. Una prueba más de que el proyecto vital de Eugenio se mantenía, y depuraba, en el tiempo.

A estos métodos de relación de Eugenio con la prensa del momento en forma de mensajes encadenados y progresivamente extendidos en el tiempo y el espacio, hay que sumar lo que definíamos como un sistema de contactos personalizado basado en vínculos de amistad. Un patrón de flujos informativos que se concretó a través de distintos periodistas seleccionados por Eugenio en función, entre otras cuestiones, del lugar en el que éste en cada instante residía. Así y durante sus años en Zaragoza, uno de sus grandes defensores en la prensa local fue Fernando Castán Palomar, “que en las primeras décadas de este siglo publicó infinidad de artículos sobre las pretensiones y figura del príncipe” (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 8),⁹⁸ mientras que durante su posterior estancia en San Sebastián tal papel lo cumplió el también periodista José Berruezo. A

⁹⁷ ALC. Para la transcripción de la carta de *Elysées Presse* de 7 de diciembre de 1935 y la de *Eva* de 8 de enero de 1936, ver anexos. En este último medio se publicó, el 1 de febrero de 1936, «Uma visita ao verdadeiro Rei da Grécia» (CASTRO, 1989: 193). A estos contactos cabría añadir los enviados extranjeros que, al parecer, se trasladaron hasta España con la única intención de entrevistarle: “El norteamericano Charles Hobson, del «The New York World Telegram», Dolis Nikba, seudónimo de Mr. Vassilion director del diario ateniense «Eleftheron Anthropos», Mr. Aristides Angelópoulos, del «Acrópolis» de Atenas, Mr. Demetrio Kallonás del «Vradini» de Atenas, Mr. José Augusto del «Diario de Noticias» de Lisboa, Mr. Raymond Lacoste del «Le Petit Parisien», del «The Observer» y del «The Evening Standard» de Londres” (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 10).

⁹⁸ En 1934 Castán incluyó a Eugenio entre la nómina de sus *Aragoneses contemporáneos* (CASTRO, 1989: 192). Además de esta aportación bibliográfica al conocimiento de la figura de Eugenio, la importancia del papel desempeñado por Castán se fraguó en la faceta periodística de éste, colaborador asiduo en periódicos locales zaragozanos (*Lealtad*, *El Pilar*, *El Noticiero*, *La Voz de Aragón* –que llegó a dirigir–), así como en otros editados en la capital de España (el semanario *Estampa*, *Ya* –diario del que fue redactor jefe–, etc.) (BARREIRO, 2010: 272). En este breve listado podemos hallar varias de las cabeceras en las que Eugenio tuvo cabida.

ellos habría que añadir a José Zamora, quien desde las páginas de *ABC* realizó una importante aportación a la causa lascárida. Una aportación que, sin embargo, se materializó de una manera algo alambicada. Zamora fue enviado a Grecia por la dirección del citado periódico para entrevistar a Metaxas, conversación que tuvo lugar en 1935 en Atenas, apenas unos meses antes de que éste instaurase, con el beneplácito del rey Jorge II, su particular modelo dictatorial, el conocido como Régimen del Cuatro de Agosto (recordemos que Metaxas era un glucksburguista convencido, contrario a Venizelos y a sus partidarios, entre los que se encontraba el propio Eugenio). Pues bien, en dicha entrevista el político griego decía tener conocimiento de Eugenio y le reconocía “algún derecho al trono”.⁹⁹ Así y sin realmente pretenderlo, Metaxas venía a convalidar lo legítimo de su causa, lo cual era mucho más de lo que Eugenio podía esperar de un rival político de la talla de Metaxas.

Otro de los grandes defensores de Eugenio y amigo suyo fue Orencio Ortega Frisón, quien además de escribir en la prensa zaragozana (durante años publicó sus crónicas en *El Noticiero*), compartía con Eugenio colegiación como procurador.¹⁰⁰ La amistad entre ambos hizo de Ortega uno de los más activos propagandistas del proclamado príncipe bizantino, pues más allá de la escritura y publicación de diversas noticias sobre éste, la labor del periodista zaragozano se extendió hasta hacer de sus crónicas referente y fuente informativa a nivel nacional e internacional. Redactada por Orencio, el 6 de septiembre de 1934 *El Noticiero* dedicaba una de sus páginas de manera casi exclusiva a Eugenio, en la que la pretensión dinástica de éste quedaba afirmada.¹⁰¹ Unos días más tarde, concretamente el 20 de septiembre, el ateniense *Le*

⁹⁹ «Hablando con Ioannis Metaxás, jefe del partido monárquico griego». Cuando Zamora le preguntó si existían otros candidatos más apropiados al trono que el entonces exiliado Jorge II, citando expresamente a Eugenio, al que calificó de descendiente directo de los emperadores de Bizancio, Metaxas contestó: “He oído hablar, en efecto, del señor Láscaris, que es un hombre de alta cultura e inteligencia. Es cierto que, teóricamente, tiene algún derecho al trono. (...) Pero después de ellos [los Láscaris] hubo los Komménos, los Paleólogos... a quienes cronológicamente correspondería, en realidad, este derecho, si la nueva Grecia dependiese en algo de la antigua Bizancio. Pero nada hay de común entre estos dos momentos históricos, y como la cuestión actual no es por una Monarquía teórica, sino dinástica, es únicamente a la dinastía actual a la que corresponde volver...” *ABC* de 2 de octubre de 1935 <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

¹⁰⁰ Ortega, como su amigo Eugenio, sería con los años decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza (1963-1981). Debo a su hijo, Luis Ignacio Ortega Alcubierre, decano desde el año 2000, el acceso a ciertos documentos del archivo personal de Orencio Ortega Frisón (AEOF).

¹⁰¹ «El Príncipe Eugenio Láscaris, pretendiente al trono de Grecia». *El Noticiero*, 6 de septiembre de 1934. Archivo Municipal de Zaragoza. Hemeroteca Municipal (AMZ. HM). La noticia, que se hacía eco de otras publicadas en los meses anteriores en distintos medios de prensa nacional e internacional, es la primera que para la prensa local zaragozana he podido consultar (una prensa que, recordemos, la familia había evitado cuando en 1906 falleció Manuel Lascorz, padre de Eugenio, optando por difundir la noticia a través de dos periódicos madrileños de alcance nacional, *La Correspondencia de España* y *ABC*). Sin embargo, Norberto de Castro refiere dos artículos aparecidos en el año 1930 en *La Voz de Aragón* y uno en *El Noticiero*, a ninguno de los cuales he podido acceder (CASTRO, 1989: 191-192). En caso de ser

Supplement publicaba en su portada un «Bulletin intérieur. Son altesse impériale» en el que tomando como fuente el reportaje de Ortega antes citado, concluía que “le prince Eugène descendant en ligne directe des empereurs de Byzance, Grec INTEGRAL par ses origines et par ses traditions serait le seul indiqué à prendre le sceptre pour réaliser la pacification intérieure du pays”.¹⁰² Y el 22 de ese mismo mes, *Le Progrés*, de Salónica, hablaba de «Un prétendant au trône grec», basándose para ello en el mencionado artículo de “M. E. Ortega Frison”.¹⁰³ A estas contribuciones a la causa de su amigo Eugenio Láscaris, Ortega sumó otra de no menor importancia, la redacción de un bosquejo histórico de la dinastía de los Láscaris orientado a servir a su restitución en el trono heleno. *Porque la Casa de Láscaris tiene derecho al trono de Grecia*, que tal era su título, sirvió como parte central del amplio artículo que el 26 de febrero de 1935 el diario *La Monarquía* encabezó con un «Se quiere elevar al Príncipe Lascaris al Trono Heleno». ¹⁰⁴ Con todas estas actuaciones, muchas de ellas sin duda concertadas entre el periodista y procurador Orencio Ortega y su decano en el Colegio de Procuradores de Zaragoza, Eugenio Láscaris, la causa del segundo halló una plataforma propagandística nacional e internacional de indudable eficacia y no pequeña magnitud. Con ello se descubre además que antes que contrapuestas, las dos formas a través de las cuales Eugenio se relacionó con la prensa de su época y, a través de ésta, se promocionó públicamente (establecer vínculos con agencias o periodistas extranjeros y trabar amistad con periodistas españoles), compaginaron bien y mutuamente se fortalecieron.

Los comités Pro-Láscaris

Los comités Pro-Láscaris fueron agrupaciones de partidarios de las pretensiones imperiales de Eugenio al trono de Grecia instituidas entre 1934 y 1936 en tres ciudades españolas: Madrid, Barcelona y San Sebastián. Presididos por figuras ligadas al pretendiente mediante vínculos familiares o de amistad, desempeñaron una labor de propaganda social y política en favor de éste, construyendo para ello redes de

cierto lo dicho por el profesor costarricense, lo cual no dudo, es perfectamente posible que el autor de dichos artículos fuese Ortega Frisón. En cualquier caso, de la lectura de la noticia de septiembre del 34 se desprende que Eugenio estuvo al corriente y fue conforme a la publicación de la misma, lo que pone de manifiesto la amistad entre quien la escribió, Ortega, y aquél.

¹⁰² *Le Supplement*, 20 de septiembre de 1934. Se describe a Orencio Ortega como el “journaliste espagnol, un des plus avantageusement connu dans la presse mondial”. AOOF.

¹⁰³ *Le Progrés*, 22 de septiembre de 1934. AOOF. La reseña del periódico de Salónica funciona a modo de resumen de lo escrito por Ortega en su artículo para *El Noticiero*.

¹⁰⁴ *La Monarquía*, de 26 de febrero de 1935 y el escrito *Porque la Casa de Láscaris tiene derecho al trono de Grecia*, en AOOF. La atención de este periódico por Eugenio, además de a lógicas simpatías derivadas de coincidencias ideológicas, pudo deberse al paisanaje existente entre su fundador y director, el aragonés Benigno Varela, y nuestro protagonista. Otro tanto cabría decir en el caso de Ya, cuyo redactor jefe fue en un determinado momento el ya citado Fernando Castán, aragonés como Eugenio.

sociabilidad a través de las cuales su causa resultó favorecida. Dado que de alguna forma dichos comités repitieron el modelo de difusión pública que por esos mismos años desempeñó la prensa escrita, los mensajes de Eugenio hallaron diversos cauces a través de los que multiplicar su presencia en el seno de la sociedad civil. Un eco que aumentó merced a los distintos grupos de apoyo que, al parecer, sus partidarios constituyeron por otros puntos de la geografía europea,¹⁰⁵ conciliábulos cuyo modelo de actuación podemos rastrear en los comités filohelénicos que durante la guerra de independencia griega se extendieron por buena parte de Europa y, también, por España.¹⁰⁶

Pese a que las noticias sobre estos comités no son excesivamente precisas y, además, son bastante escasas, podemos afirmar que el primer y más importante Comité Pro-Láscaris se creó en Madrid, posiblemente en los últimos meses de 1933 o en los primeros del año 34.¹⁰⁷ Ostentaba su presidencia en septiembre de ese año Ángel M. Cuarat, marqués del Vado, según parece desprenderse de la misiva que el día 10 de dicho mes éste remitió al periodista Orencio Ortega.¹⁰⁸ En algún momento posterior y según afirman autores cercanos a la familia, la presidencia del comité madrileño recayó en Alejandro de Guadán y Láscaris, sobrino carnal de Eugenio y a cuya existencia le cupo un triste final (CASTRO, 1989: 20, 32-33; LÁSCARIS COMNENO, 1989: 9).¹⁰⁹ En

¹⁰⁵ Al menos así se desprende de la lectura del citado artículo de *La Monarquía*: “No solamente en Grecia cuenta con partidarios la familia Láscaris, sino que en toda Europa funcionan comités encargados de la propaganda en Grecia de los príncipes monárquicos vinculados a la rama nacional y legítima de los Láscaris”. *La Monarquía*, 26 de febrero de 1935. AOOF.

¹⁰⁶ Según Juan Luis Simal, pudo ser precisamente en Madrid, allá por el mes de septiembre de 1822, donde se fundó, imbricado en el liberalismo internacional en el exilio, el primer comité filohelénico de la Europa occidental (SIMAL, 2012: 344).

¹⁰⁷ Sabemos de su existencia en septiembre de 1934, entre otras noticias, por el artículo «Un prétendan au trône grec. La maison des Lascaris», aparecido en *Le Progrés*, el 22 de septiembre de 1934. En él se lee: “Trois comités «Pro-Lascaris» déploient une activité intense dans ce pays [España] et plusieurs autres dans les principales villes européennes. A Madrid, Barcelone et San Sebastian, les personnalités les plus en vue des lettres et des sciences espagnoles y ont adhéré avec enthousiasme”. AOOF. Es más sencillo, sin embargo, precisar la fecha de su fin, acorde con la derrota del golpe de Estado de julio del 36 que dio inicio a la guerra civil española. En el Madrid republicano del “no pasarán” resulta difícil vislumbrar la pervivencia de un grupo de monárquicos favorables a la instauración de una dinastía en un país que, además, hacia escasos meses había abandonado el modelo de república y que se hallaba en esos momentos bajo la tutela de un militar reaccionario como Metaxas. Así nos lo indican, además, las fuentes: “En Madrid, hasta la Guerra Civil Española, funcionó durante varios años un «Comité Pro-Láscaris» para apoyar moralmente la candidatura del príncipe, compuesto por altas personalidades españolas” (CASTRO, 1989: 32). “En Madrid, hasta la Guerra Civil, (18 de julio de 1936), funcionó un Comité Pro Láscaris” (ABRIL, 2014: 8). Entre las “altas personalidades” de las que nos habla Castro estaba el marqués de Arcibo y don Alonso Colmenares.

¹⁰⁸ El nombre que ofrezco es el que leo en la firma del interesado, sin que pueda asegurar su exactitud. En la citada carta, el marqués del Vado agradecía a Ortega el envío de un ejemplar de *El Noticiero* con información sobre los derechos de la Casa de Láscaris. AOOF. Para la reproducción de la carta, ver anexos.

¹⁰⁹ Alejandro de Guadán y Láscaris (1914-1937) era el segundo hijo del matrimonio celebrado el 7 de agosto de 1911 entre la hermana de Eugenio, Josefina, e Isaac Antonio de Guadán. Hijo de Nazario de

cuanto al comité de San Sebastián, tan sólo puedo decir que, al parecer, fue el último en crearse.¹¹⁰ Y por lo que al Comité Pro-Láscaris de Barcelona respecta, nada puedo añadir al simple testimonio de su existencia.

Resulta interesante sin embargo apuntar dos consideraciones finales en torno a los comités Pro-Láscaris españoles. La primera, el que fueran precisamente las tres ciudades a las que pasada la contienda civil española el destino enviaría a Eugenio (San Sebastián, Barcelona y Madrid), las únicas en las que unos años antes habían prosperado dichos comités de apoyo a su figura. Cabe pensar que la decisión de éste en solicitar, o aceptar, dichos destinos en tanto que juez agregado a la jurisdicción militar (para los casos de San Sebastián y Barcelona), pudo estar relacionada con su deseo de desplazarse a unas ciudades en las que ya contaba con un nicho de acogida favorable a sus pretensiones dinásticas. Ello mostraría que en el nuevo tiempo que se anunciaba para España, Eugenio estaba dispuesto a continuar luchando en pos de su reconocimiento como heredero al trono de los griegos. Y, también, la importancia que para tal objetivo tenían las redes de sociabilidad que en los años inmediatamente anteriores aquél había ido construyendo.

La segunda consideración sobre los comités Pro-Láscaris españoles vendría a representar el envés de la anterior. ¿Por qué no funcionó en su ciudad natal, Zaragoza,

Guadán, quien fuera amigo íntimo de Manuel Lascorz, Alejandro fue asesinado en diciembre de 1937 en el barcelonés castillo de Montjuich, tal y como la prensa de la época recogió. Así, el 22 de mayo de 1938, *Heraldo de Aragón* traía en sus páginas la esquela de "S.A.I. y R. el Príncipe Alejandro Guadán de Láscaris Comneno Duque de Tenedor y Conde de Larnaka – Príncipe Imperial y Real de Grecia, de 24 años de edad, que murió por Dios y por España, vilmente asesinado en el Castillo de Montjuich de Barcelona, el día 28 de diciembre de 1937". AMZ. HM. La esquela corrió a cargo de la familia y de FET y JONS. La muerte de Alejandro tuvo como consecuencia inesperada el intento de venganza de la misma por parte del segundo de los hijos de Eugenio, Constantino, quien con tal intención marchó todavía niño al frente de batalla, según informó Radio Nacional de España en su "Anecdotario del soldado" y refirió *El Noticiero* de 13 de agosto de 1938 en su artículo «Un pequeño héroe zaragozano». AMZ. HM. Y todavía y a causa de una desgraciada coincidencia, Alejandro siguió ocupando a la prensa, pues le cupo la mala fortuna de compartir prisión con el también asesinado Ramiro de Maeztu. Dos breves de ABC lo testimoniaron. En el primero, de 21 de abril de 1939, se lee: "Zaragoza 21, 2 madrugada. Ha llegado la princesa Josefina Láscaris, madre del príncipe, Alejandro Láscaris, que estuvieron en Madrid durante el dominio de los rojos. La princesa refiere la muerte del ilustre escritor Ramiro de Maeztu, que fue compañero de celda del príncipe, en la cárcel de las Ventas. Maeztu fue asesinado en la celda, de dos puñaladas en la garganta a presencia del príncipe el 22 de octubre de 1936. El príncipe de Láscaris fue trasladado a Barcelona y asesinado en Montjuich un año después" <<http://hemeroteca.abc.es/>>. El segundo, aparecido ese mismo día en la edición sevillana, añadía: "El príncipe Láscaris quedó sólo en la celda con el cadáver y estuvo orando toda la noche, temiendo correr la misma suerte, pero pudo escapar en aquella fecha y más tarde detenido nuevamente, fue asesinado el 20 de diciembre de 1938" <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

¹¹⁰ "En España tenemos hasta ahora tres Comités pro Láscaris, en plena actividad; uno en Madrid, otro en Barcelona y otro recientemente constituido en San Sebastián. En ellos figuran personas destacadas de las letras y ciencias españolas". *La Monarquía*, 26 de febrero de 1935. AOOF. En cualquier caso y tal y como informaba en septiembre de 1934 el diario *Le Progrés*, en esa fecha ya existía este tercer y más reciente comité español.

un grupo de apoyo a su persona? La respuesta a tal pregunta posiblemente esté vinculada al hecho de que hasta comienzos de 1930, su calidad principesca no apareciera en los medios de comunicación locales,¹¹¹ así como a que ante sus compañeros procuradores continuara presentándose como Eugenio Lascorz hasta la segunda mitad del año 35.¹¹² Dicha contestación nos remite a la sensación de normalidad con la que Eugenio deseaba envolver su vida más íntima, tanto familiar como profesional. Un grupo en apoyo a su dignidad real actuando en los círculos de la sociedad zaragozana hubiera hecho demasiado ruido en el limitado espacio local en el que Eugenio se desenvolvía y, además, hubiera tenido muy pocos elementos positivos que aportar, más allá de un particularismo de rancio sabor provinciano, a los deseos imperiales y, por ende, susceptibles de proyección universal, de nuestro protagonista. Ello explica en buena medida la geografía española de los comités Pro-Láscaris.

La culminación del proceso de cambio de identidad

Hemos visto en un apartado anterior cómo entre marzo de 1917 y julio de 1932 tuvo lugar una serie de actuaciones tendentes al cambio de identidad legal de Eugenio Láscaris (en la primera de esas fechas, el juez municipal suplente de Plan, Joaquín Vispe, había librado una certificación que rectificaba en la partida bautismal de su padre Manuel, el apellido Lascorz por el de Láscaris; en la segunda, la sexta y última de sus hijas era inscrita como Sofía Irene Eudoxia Láscaris Micolaw en el Registro Civil del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción del Distrito del Pilar de Zaragoza). Ese proceso de sustitución situado en el ámbito de lo legal se había visto acompañado de otro de restitución de la familia Láscaris en el hábitat social que por tradición e historia ésta decía le pertenecía, culminando a través del mismo la recuperación de su verdadera ascendencia noble y bizantina. Sin embargo, ambos procesos estaban faltos de su definitiva y, para su máximo y más directamente interesado promotor, feliz conclusión. El desenlace de uno y otro proceso tendría lugar en el año 1935 y, en ellos, las redes de sociabilidad que Eugenio había ido tejiendo durante los años inmediatamente anteriores tendrían una importancia fundamental.

¹¹¹ Según Castro, esa mención apareció por vez primera en el artículo «S.A.I. el príncipe Eugenio Láscaris es abogado y procurador en Zaragoza», *La Voz de Aragón*, 22 de junio de 1930 (CASTRO, 1989: 191).

¹¹² Su primera firma como Eugenio Láscaris en un documento colegial se consigna en el expediente personal del procurador practicante Francisco de Sales Ernesto Cisnero Hernández, en una nota interna datada el 8 de julio de 1935. AHCPZ, 28/11.

Por lo que al cambio de identidad legal de Eugenio respecta, este disponía desde mediados de la década de 1920 de suficientes elementos probatorios como para que éstos le sirviesen de trampolín hacia nuevas acciones legales. Si el interesado esperó hasta 1935 fue por la necesidad de que un nuevo suceso histórico se presentase ante él a modo de acontecimiento detonante de sus próximas actuaciones (el anterior, recordemos, se produjo con la crisis dinástica griega que expulsó del trono a Jorge II en diciembre de 1923). Dicho acontecimiento tuvo lugar, de nuevo, en Grecia, cuando en marzo de 1935 y ante el temor de una restauración monárquica, militares próximos a Venizelos intentaron un golpe de Estado con el que salvar la república helena. A él volveremos más tarde, pero es preciso señalar desde un primer momento su existencia para poder contextualizar, de manera precisa y acordada con los hechos históricos, las actuaciones que Eugenio iba llevando a cabo. Si atendemos a esto será más sencillo descubrir cómo los límites existentes, y casi siempre maleables, entre el individuo histórico y las fuerzas que lo cercan, entre agente y estructura, se ejemplifican con notoria nitidez en la figura de Eugenio Láscaris.

Perfecto conocedor de los entramados del mundo del Derecho, Eugenio recurrió con fecha de 21 de agosto de 1935 al Juzgado Municipal número 2 de Zaragoza, solicitando la rectificación del acta de matrimonio de sus padres, Manuel y Carmen, las del nacimiento de su hermana Josefina y del suyo propio y la de inscripción en dicho Juzgado de su matrimonio con Nicasia. Cuatro actas que según el suplicante debía ser modificadas por un motivo bien simple: en todas ellas aparecía, por error material, equivocado su apellido de varonía. Obviamente, el Lascorz no era sino una tergiversación lingüística del oriundo y cierto Láscaris. Para sostener tal solicitud de rectificación, el interesado aportó aquellos documentos legales que hasta ese momento validaban su reclamación, que no eran otros que el certificado emitido en 1917 en Plan y las seis actas de nacimiento de sus respectivos vástagos, además de un argumentario en el que fijaba sus razones. De tal forma y por auto de ese mismo Juzgado, se ordenó la rectificación marginal de las cuatro actas antedichas, en las que a partir de ese momento Eugenio, su padre Manuel y Victorián, su abuelo paterno, no figuraban como pertenecientes a la saga de los altoaragoneses Lascorz sino a la de los bizantinos Láscaris. A partir de ese auto de 24 de agosto de 1935, Eugenio Lascorz Labastida pasó

a ser, legalmente, Eugenio Láscaris Labastida.¹¹³ El Comneno sería una adición posterior nacida de la lógica bizantina de su nuevo propietario.

En paralelo al cambio de identidad legal tuvo lugar la definitiva restitución de la familia Láscaris Comneno entre los hijos de Bizancio. En relación a ello es menester recordar que habíamos dejado abandonado a Eugenio, allá por marzo de 1924, en su “apartamento de aires clásicos” de Zaragoza, justo en el momento en el que una parte de la diáspora griega le dedicaba el *Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio*. Y como trasfondo a todo ello, la convulsa situación de la recién inaugurada república griega. El inestable Estado griego, dominado en buena medida por los dictados de militares de distinto signo político y unas lealtades que oscilaban entre monarquía y república, se debatió por aquellos años en dudas de compleja solución, capaz incluso de inclinarse hacia lo que el embajador español en ese país, Cristóbal F.-Vallín, definió como “una solución que podría considerarse como absurda”.¹¹⁴

¹¹³ Hay dos versiones respecto a los hechos aquí narrados. La primera es la de José María Palacio, quien parece ser pudo acceder a la consulta del citado expediente de rectificación de errores, número 82 del año 1935. Como resulta esperable, el marqués de Villarreal de Álava, pese a aceptar la legalidad del mismo, denuncia lo que denomina “algunas quiebras que, a nuestro modesto parecer, no se tuvieron en cuenta en el caso presente” (PALACIO, 1954: 88-91, cita en 90). La segunda versión es la que a modo de respuesta a la anterior elaboró Teodoro Láscaris en las páginas de *Hidalguía*. Según esta, “En 1935, mediando el Dr. D. Ricardo Monterde Vicen, decano del Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza, aconsejado por éste y por otros amigos del padre del Príncipe Eugenio y por los propios amigos y parientes del mismo, se siguió expediente en Juzgado de Zaragoza, y mediante Auto de 24 de agosto de 1935 fue rectificado legalmente el apellido, puesto que el Lascorz solamente había sido utilizado por los Láscaris, aunque muy probablemente derivado de Láscaris, a efectos en España de protección e incógnito” (LÁSCARIS-COMNENO, 1954: 97-101, cita en 101). De la lectura de esta segunda cita se desprende la enorme importancia que tuvieron los vínculos familiares y de amistad en la vida de Eugenio, así como la necesidad de valorarlos debidamente a la hora de analizar su proceso de cambio de identidad.

¹¹⁴ El 1 abril de 1925 el embajador informaba a Madrid: “Puede por lo tanto admitirse como posible (muchos creen que como probable) el que a la primera ocasión que se presente, el país, en su gran mayoría, reclame la restauración de la monarquía. El candidato que hoy día parece tener más probabilidades de ser llamado, en ese caso, a ocupar el Trono de Grecia, es el Príncipe Nicolás”. Hermano del rey Constantino, Nicolás (1872-1938), había acompañado a aquél en su huida de Atenas en septiembre de 1922. Pero esa posibilidad fue matizada por Vallín el siguiente 6 de mayo: “La candidatura del Príncipe Nicolás encuentra no poca oposición entre los muchos de los monárquicos por su carácter (...). Si el rey Alejandro en lugar de dejar una hija, hubiera dejado un varón puede que la dificultad se resolviera más fácilmente (...). Hay quienes indican como posible la vuelta del Rey Jorge (...). Como no hay que olvidar que en este país las cosas más inverosímiles son posibles hay que evitar de pensar solamente en cosas que parecen lógicas y hay que admitir incluso la posibilidad de una solución que podría considerarse como absurda”. ¿Es acaso posible ver en esa solución “absurda” una referencia a la figura de Láscaris? Tal vez, aunque dada la carencia de más y mejor información sólo puedo proponer dicha lectura a modo de hipótesis razonable. Algo más tarde, una tercera alternativa vino de la mano de un nuevo informe diplomático, fechado el 10 de junio, en el que se daba al príncipe Jorge (1870-1957), hermano de Constantino y tío del rey depuesto, como candidato favorito de Francia. Pero ninguna de esas elucubraciones sirvió de nada en ese momento, pues el 25 de junio la embajada informó del golpe de Estado protagonizado por el general Pángalos y el almirante Hadgikyriakos, golpe que la documentación diplomática tacha de revolucionario e izquierdista. A consecuencia del mismo, el 25 de octubre de 1925 el otrora héroe patrio, el general Nikolaos Plastiras, fue detenido y posteriormente deportado a Italia. AHN (MAE), H-1606. B. En cualquier caso y a pesar de ese abrupto final, entre las

Sin embargo y más allá de que en ninguno de sus informes Vallín mencionase a Eugenio, existe una poderosa razón para pensar que el embajador nunca supiera de éste o, al menos, que nunca considerase seriamente su posible candidatura al trono griego. A comienzos de 1934, el por entonces responsable de la legación española en Atenas, Pedro García Conde, remitió un extenso informe sobre un tal “señor Láscaris”.¹¹⁵ La primera conclusión que se obtiene de su lectura es que el diplomático no tenía, al menos hasta ese momento, conocimiento alguno de la persona de Eugenio, lo cual nos hace suponer que en los archivos de la embajada no existía información sobre éste. Este dato es, obviamente, muy relevante, pues de ser cierto indicaría que la presencia de Eugenio Láscaris en la vida pública del país heleno no fue en absoluto tan importante como los autores próximos a la familia han querido hacernos creer. Pero una segunda lectura surge de forma inmediata. Si hasta 1934 Eugenio Láscaris no existió oficialmente para las autoridades diplomáticas españolas en Grecia, a partir de febrero de ese año, mes en el que se redactó el informe, nadie puede negar su presencia en dicho país. Cuestión aparte es valorar la importancia de la misma, pues según escribió García Conde: “Desconozco cuál sea la verdadera genealogía del Señor Láscaris ni tampoco sé qué grado de legitimidad tienen sus títulos. Lo que me consta positivamente es que en este país nadie se ocupa ni preocupa de su existencia y que cuando se hace mención de este caso se toma a broma. Las gentes que sustentan ideas monárquicas en Grecia no se remontan para defenderlas o propagarlas a los lejanos tiempos del Imperio de Bizancio, sino que cifran sus sentimientos y simpatías exclusivamente en la dinastía danesa destronada hace precisamente ahora diez años”.

distintas opciones glucksburguistas representadas por los príncipes Nicolás, Jorge y por la del propio ex rey Jorge II, tal vez, la solución “absurda” de un Láscaris hubiera podido tener su chance.

¹¹⁵ Archivo General de la Administración. Ministerio de Asuntos Exteriores. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7. Bajo el título *Supuestas conspiraciones de un señor Lascaris*, el documento ofrece múltiples datos sobre el interesado y las circunstancias que rodeaban su caso. Además de mencionar asuntos ya tratados en el presente trabajo (la campaña de difusión que de manera sistemática Eugenio venía haciendo de su imagen y la de su familia como parte integrante de la historia nacional griega, los numerosos periódicos en los que se insertaban comentarios simpatizantes con sus reclamos, su contacto con las comunidades del interior de Grecia, etc.), se hace en dicho informe referencia explícita a cómo Eugenio usó de determinadas personas, en éste caso José de Zamora y la madre de éste, como agentes difusores de sus intereses dinásticos (un José de Zamora que bien pudiera ser el por entonces reconocido dibujante, figurinista y decorador de igual nombre (1889-1971), intelectual de vida inquieta que durante el primer tercio del siglo XX viajó con cierta frecuencia por distintas ciudades europeas). Serían estos dos personajes, el artista y su madre, un ejemplo más (“bufó” según el embajador García Conde) del sistema de redes de sociabilidad a través del cual Eugenio se proyectó lejos de los límites de su Zaragoza natal. Para la transcripción del informe del embajador, ver anexos.

No dice el embajador que Eugenio fuese un desconocido en Grecia, sino más bien todo lo contrario, aunque cuando se hace mención al mismo su persona “se toma a broma”. Es posible que así sucediese, pero no debemos olvidar que desde comienzos de la década de los años veinte múltiples cabeceras de prensa helenas establecieron contacto con él y se hicieron eco de sus palabras, que miembros de la alta jerarquía de la Iglesia ortodoxa le ofrecieron su reconocimiento público y que importantes personalidades de la vida política y social griega, en la propia Grecia y en el exilio, le manifestaron su apoyo. Sin duda que estas afirmaciones, para muchas de las cuales me basó en lo que señalan las fuentes cercanas a la familia, pueden contener apreciaciones en exceso favorables a Eugenio. E incluso es posible que algunos de los documentos que las sustentan difícilmente pudieran resistir una prueba de fiabilidad histórica. Pero lo que parece innegable es que aquél sí estuvo presente en la convulsa historia de la Grecia de entreguerras, quedando por delimitar el grado en el que tal intervención se materializó y, sobre todo, el papel que llegó a desempeñar en las tensas relaciones que mantuvieron las distintas facciones políticas del país. O dicho de otro modo, resta por saber si la cuña dinástica que Eugenio representaba fue capaz de hincarse tanto en el cuerpo de la dinastía de los Glucksburgo como en el de los partidarios de la república, y si así fue, si colaboró con ello a que lo sucedido en Grecia avanzase en una u otra dirección. En ese sentido creo posible afirmar que Eugenio Láscaris no fue en absoluto el motor de nada, aunque no estoy tan seguro de poder asegurar con idéntica rotundidad que no fuese una de las chispas que provocaron el encendido de aquél.

III. 5. 1935: en busca del *basileus*

Hacia la restauración de la Casa de Láscaris

Las actuaciones de los sectores monárquicos por derribar el orden constituido, mantenidas en activo desde el momento mismo en el que se instauró la república, provocaron el alzamiento preventivo de las fuerzas proclives a ésta, materializado en el intento de golpe de Estado venizelista de marzo de 1935.¹¹⁶ Esa presión monárquica era ya plenamente visible en los meses anteriores, tal y como mostraba el informe remitido a Madrid el 27 de marzo de 1934 por el embajador en Atenas, García Conde, quien al describir la situación política griega hacía mención a las tres principales posiciones políticas existentes en ese momento en el país: republicanos venizelistas, monárquicos liderados por Kondylis y Hadjikyriakos y una tercera vía autoritaria representada por el director del diario progubernamental *Kathimerini*, Vlachos, partidario de figuras como Kemal, Mussolini e Hitler. Y la presión monárquica continuó en los meses siguientes, tal y como muestra una nota del nuevo embajador español en Grecia, Ramón Manuel Abella y Fernández, que con data de 15 de enero de 1935 informaba de la celebración de una misa de réquiem por los monarcas Constantino y su esposa Sofía, a la que habían asistido el ex-alcalde de Atenas y algunos de los diputados que respaldaban en la Asamblea Nacional al gobierno conservador de Tsaldaris. La ceremonia había sido seguida de una marcha pública por las calles de Atenas protagonizada por sectores promonárquicos.¹¹⁷ Parece así evidente que hacia el año 1935 existía en la sociedad

¹¹⁶ A modo de resumen de lo sucedido entre los años 1924 y 1934, señalar que tras el plebiscito favorable a la república de abril del 24, el general Teodoros Pángalos estableció en junio de 1925 un gobierno dictatorial, derribado en agosto del siguiente año por un nuevo golpe de Estado protagonizado esta vez por el también general Georgios Kondylis, quien restauró en la presidencia de la república a Paulos Kunduriotis. Tras unas nuevas elecciones se formó, a modo de gran coalición, el llamado Gobierno ecuménico, y en el año 1927 se promulgó una Constitución republicana que instituyó un parlamento bicameral. El regreso de Venizelos de su voluntario exilio cretense y su elección como jefe de gobierno en mayo de 1928 dio al país cierta estabilidad interior y, sobre todo, exterior (pacto de amistad con Italia en septiembre de 1928 y con Yugoslavia en marzo de 1929, y una primera conferencia balcánica en octubre de 1930, seguida de otras tres, que en febrero de 1934 posibilitaron la firma por parte de Grecia, Turquía, Yugoslavia y Rumanía, del Pacto de los Balcanes). Pero dada la deriva cada vez más conservadora del antaño modernizador Venizelos, un sector de sus partidarios, bajo el patronazgo de Kondylis, se desgajó de su tutela. La llegada al poder tras las elecciones de 1933 del derechista Partido Popular en detrimento del Liberal de Venizelos, duramente castigado por las consecuencias económicas derivadas de la Gran Depresión, hizo del líder popular Panayis Tsaldaris presidente del gobierno. Ante ese revés, un acérrimo venizelista como Nikolaos Plastiras intentó en marzo de ese mismo año un golpe de Estado que pronto fue abortado. En junio, Venizelos escapaba vivo a un intento de atentado (otro más), del que sus partidarios no dudaron en culpar al gobierno de Tsaldaris. La suma de tales tensiones provocó que el Cisma Nacional que el país había vivido unos años atrás rebrotara con fuerza en la primavera de 1934 (FERNÁNDEZ CLEMENTE, 1995: 59-79; BONAMUSA, 1998: 135-136; CLOGG, 1998: 108-111).

¹¹⁷ El informe de García Conde, redactado con motivo de la celebración el 25 de marzo de 1934 de la fiesta nacional griega, en AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7. El de Abella, sobre la misa de réquiem del 13 de enero de 1935, en AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/6. En este último se concluía afirmando que, sin embargo, nada amenazaba al régimen republicano, "que se asienta (...) en el general sentir de la nación". Más tarde, el 15 de marzo de ese mismo año, Abella informó sobre el fracaso del intento revolucionario venizelista y, el 24 de julio, al referirse a un posible golpe de Estado monárquico

griega un conjunto más o menos amplio de fuerzas políticas proclives a una restauración monárquica, que debían, eso sí, tentarse la ropa ante los partidarios de la vigente república y, también, ante quienes buscaban una solución de corte autoritario a los principales problemas del país.

La prensa española venía haciéndose eco en sus páginas de ese posible retorno de la monarquía. Así, el 31 de marzo de 1933 el alicantino *El Día*, tras el abortado golpe de Estado venizelista comandado por Plastiras, sugería de manos del gobierno presidido por Tsaldaris dicha posibilidad. Pero no sólo se apostaba desde ese periódico por la restauración monárquica, sino que yendo mucho más allá se llegaba abiertamente a postular a Eugenio Láscaris como claro aspirante a la corona.¹¹⁸ Tampoco se limitaban las crónicas sobre el tema al mundo de la alta política, pues también desde la sátira y el humor se trató de la crisis griega y del pretendiente español, tal y como la revista de sesgo conservador *Gracia y Justicia* se encargaría de mostrar.¹¹⁹ Ni tampoco, a esas alturas del relato, los medios locales zaragozanos negaban protagonismo a su paisano Eugenio, ni éste les hacía ya ningún requiebro a la hora de prestar su nombre a las rotativas.

protagonizado por Kondylis, tomó prestado de los sectores favorables a esta opción el eufemismo con el que éstos se referían al fin de la república: “darle a la cuestión del régimen una “solución dinámica””. Pese a todo ello, para el embajador de la España republicana existía en Grecia un amplio apoyo popular a la república griega. Una referencia al “embajador de la España republicana” que no debe tomarse a modo de licencia poética, pues con ella quiero proponer una reflexión sobre la necesidad de analizar los documentos históricos atendiendo a su contexto social de producción. En el caso que aquí nos ocupa, era esperable que el embajador de la república española mantuviese en sus mensajes a sus superiores en Madrid, y dentro siempre de la fidelidad a los hechos descritos, un tono favorable a la opción republicana griega. En ese mismo horizonte de expectativas se habían movido sus predecesores cuando se mostraban, durante el reinado de Alfonso XIII, firmes partidarios de una monarquía helena en amistosa relación con los Borbones españoles. Amistad entre ambas dinastías que vino a mostrar el Real Decreto que el rey español firmó, el 9 de abril de 1928, concediendo la Banda de la Real Orden de la Reina María Luisa a la princesa Victoria Alicia de Grecia, esposa de aquel príncipe Andrés, hermano de Constantino, salvado en 1922 merced a la intervención española: “Queriendo dar una señalada prueba de Mi Real aprecio a Su Alteza Real la Serenísima Señora Princesa Victoria Alicia de Grecia, Vengo en concederle la Banda de la Real Orden de la Reina María Luisa. Dado en Palacio a nueve de Abril de mil novecientos veinte y ocho. Alfonso”. AHN (MAE), H-3452. C. Una buena relación entre Glucksburgos y Borbones que permite presuoner que las aspiraciones de Eugenio Láscaris no debieron ser gratas a la Casa Real española.

¹¹⁸ En «La actual situación de Grecia», *El Día* comentaba: “La Prensa se ocupa insistentemente de este problema, ya que una gran mayoría monárquica es partidaria de la restauración a favor de la antigua familia imperial bizantina de los Láscaris, representada por su último descendiente el príncipe Eugenio, verdadero ídolo de los patriotas griegos” <<http://prensahistorica.mcu.es/>>. A esta noticia favorable a Eugenio debemos añadir las publicadas entre 1933 y 1935 por periódicos como *La Monarquía*, en sus ediciones de 16 de agosto de 1933 y 26 de febrero de 1935, o el *Ya* de 5 de marzo de ese último año, todas ellas citadas con anterioridad.

¹¹⁹ El 9 de marzo de 1935 y bajo el título «No es el duende de Zaragoza», se leía: “En España tenemos un pretendiente al trono... Respetable censor: nada de tachoncitos. Nosotros vamos con la verdad a todas partes. En España tenemos un pretendiente al trono de Grecia... Ve usted cómo hay que tener calma, querido. Este pretendiente al trono de Grecia se llama don Eugenio Láscaris” <<http://hemerotecadigital.bne.es/>>. La mención al “duende” de Zaragoza, usada por *Gracia y Justicia* para el título de su noticia, responde a lo dado a conocer por la prensa de esa ciudad, el 27 de septiembre de 1934, sobre un duende jugueteón que asediaba a una familia zaragozana en el domicilio de ésta.

De esta forma, el alzamiento venizelista y republicano del general Plastiras de marzo del 35 se dio la mano en la prensa zaragozana con las aspiraciones legitimistas de Eugenio Láscaris. El tema alcanzó amplia resonancia en periódicos como *El Lunes*, *El Noticiero* o *Heraldo de Aragón*, aunque el tratamiento dado al mismo varió sustancialmente de uno a otro medio. Así, *El Lunes* prefirió durante ese mes de marzo obviar toda referencia a Eugenio y centrarse en la crisis desencadenada por el golpe del levantisco militar heleno. Mientras, *El Noticiero*, donde recordemos trabajaba Orencio Ortega Frisón, amigo de Eugenio, sí atendió al pretendiente aragonés, tal y como recogía su contraportada del día 5 de marzo, en la que podía leerse el artículo «El príncipe Eugenio Láscaris nos habla de la revolución griega». En el cuerpo de la noticia, basada en una conversación mantenida entre el periodista (no identificado pero, quizás, el propio Ortega) y Eugenio, éste afirmaba que la adhesión de los antiguos combatientes venizelistas al movimiento liderado por Plastiras podría imprimir al mismo cierta tendencia monárquica, si bien consideraba que, en ese preciso instante, lo que los rebeldes intentaban era la implantación de una dictadura.¹²⁰ Por último, en el *Heraldo de Aragón* y pese a no citarse en ningún momento el nombre de Eugenio Láscaris, sí se habló de una posible restauración monárquica en Grecia, dándose como opción destacada la que representaba el ex rey Jorge II.¹²¹ Sin embargo, lo que presidió las noticias publicadas en la prensa zaragozana sobre la posible vuelta de un rey al país balcánico no fueron las certezas sino las dudas, lo cual, dicho sea de paso, no le venía nada mal a un pretendiente que como Eugenio siempre se sintió cómodo actuando entre bambalinas.

Ante esa coyuntura histórica Eugenio sintió llegado el momento de echar su cuarto a espadas. Tras lo sucedido en 1924, cuando el plebiscito en favor de la república había sofocado de raíz sus iniciativas en pos de la restauración de la Casa de Láscaris al trono heleno, en la primavera de 1935 se abría, con una república griega de nuevo desgarrada por el conflicto político interno entre sus partidarios y sus detractores, un

¹²⁰ *El Noticiero*, 5 de marzo de 1935. AMZ. HM.

¹²¹ *Heraldo de Aragón*, 8 de marzo de 1935. «¿Se intentará restaurar al rey Jorge en el trono de Grecia?». Lo confuso de la situación hizo que las noticias dadas por este periódico fuesen altamente contradictorias. Así, el día 3 de marzo se aseguraba que el Partido Popular de Tsaldaris carecía de «una figura digna del trono», el 7 que el «gobierno informa al de Yugoslavia que cualquiera que sea el resultado de la guerra civil no habrá restauración monárquica», el 8 que «el Gobierno de Grecia está tomando en consideración la conveniencia de llamar al ex rey Jorge y restaurar la monarquía», el 15 se mentaban unas posibles elecciones para posibilitar el retorno del rey exiliado y, finalmente, el 16 de marzo se tomaba la palabra al general Kondylis para negar el posible regreso de aquél. AMZ. HM.

cúmulo de posibilidades mediante las que culminar la magna obra que su padre, Manuel, le había encomendado. Como Dante al comenzar su descenso al infierno, Eugenio se encontraba en 1935 *nel mezzo del cammin di nostra vita*, a punto de cumplir medio siglo de existencia y plenamente preparado para asumir los altos destinos que el futuro tuviera a bien depararle. Así y una vez abortado el levantamiento de tintes republicanos auspiciado por un Venizelos que de forma inmediata hubo de salir rumbo al exilio francés (murió en París, el 18 de marzo de 1936), y con un Plastiras igualmente fuera del país (entre los golpes de marzo del 33 y marzo del 35 había residido en Cannes y, tras esta última fecha, inició un periplo en busca de apoyos que lo llevó a Bulgaria, Yugoslavia e Italia), Eugenio se dispuso de manera activa a luchar por los que decía eran sus derechos y los de su familia.¹²² Las proclamas políticas serían a partir de ahora una de sus mejores armas.

Los manifiestos de abril y septiembre de 1935

Si en marzo de 1924 varias comunidades griegas de la diáspora lanzaron al mundo su *Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno*, en los meses de abril y septiembre de 1935 sería el propio Eugenio quien personalmente se encargaría de tal labor. Dos fueron los manifiestos a los que el pretendiente lascárida dio vida en ese tiempo, ambos nacidos de su puño y letra y ambos dirigidos al pueblo heleno.¹²³ El primero de ellos tuvo por fecha el 27 de abril de 1935, cuando la sublevación del general Plastiras había sido definitivamente ahogada, el Senado griego se hallaba disuelto y el país sometido a ley marcial.¹²⁴ En esa coyuntura y a la espera de las elecciones convocadas para el mes de junio por el gobierno del conservador Tsaldaris, Eugenio se refería en dicho texto a su propia figura como “moi, descendant de la grande Dynastie nationale des Láscaris, moi qui m’honore d’incarner les grands idéals éternels de notre Grèce”, y declaraba su deseo de continuar el antiguo y glorioso esplendor de Bizancio adaptándolo, eso sí, “aux réalités des temps actuels, à la constitution contemporaine de la société et à l’orientation moderne de la pensée humaine”. Con estas palabras, teñidas de un moderado *aggiornamento*, Eugenio

¹²² El plano familiar pesó siempre mucho en Eugenio. En la ya citada entrevista que concedió el 5 de marzo de 1935 al diario *Ya* confesó: “Para mí –dice– no tiene un halago el trono; pero yo he de defender ahincadamente los derechos de los Láscaris, pensando en mi hijo, a quien, naturalmente, debo esa defensa”.

¹²³ Junto a estos dos manifiestos, Eugenio elaboró a lo largo de sus días un muy amplio elenco de escritos, proclamas y alocuciones varias (CASTRO, 1989: 32, 38-39, 45-46, 98-104; LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 10-12).

¹²⁴ Según Castro, el documento estaba redactado en griego y en francés (CASTRO, 1989: 92-93). Para la reproducción del *Manifiesto*, ver anexos.

explicitaba dos de las que hasta ese instante habían sido grandes líneas rectoras de su actividad pública: de un lado, su constante reivindicación de la tradición bizantina; de otro, la inteligente adecuación de su discurso al momento histórico en el que éste se enmarcaba. Este segundo vector refrescaba y fortalecía al primero y principal (el ideario bizantino), definitivamente consagrado como un intento de superación de banderías y facciones rivales en pos de “la grande Cause nationale et légitime” de Grecia.

Es posible valorar el manifiesto que desde su “exil de Saragosse” Eugenio lanzó al mundo atendiendo a las respuestas que tal escrito propició. Y la primera y más importante de esas respuestas vino de mano de la *Commission des Exilés Hellènes*, creada por los partidarios de Plastiras tras la derrota insurreccional de marzo de 1935. Al parecer, el propio Plastiras, miembro destacado de la citada comisión, autorizó en la primavera de 1935 a su ayudante de campo, el comandante Emmanuel Contopirakis, para que indagase sobre la veracidad de los reclamos legitimistas de Eugenio. Las informaciones que Contopirakis recopiló resultaron favorables a las tesis mantenidas por el procurador zaragozano, de donde Plastiras remitió a éste una carta con fecha de 18 de julio en la que proclamaba la adhesión a su persona de la citada *Commission*.¹²⁵ A resultas de ello ésta se reunió el 20 de agosto para reconocer formalmente a Eugenio Láscaris-Comneno como heredero al trono griego. En el acta que testimoniaba la reunión, además del reconocimiento, se anunciaba un nuevo viaje de Contopirakis a Zaragoza, acompañado ahora de “Mr. Melioudi”, diputado del grupo venizelista en la anterior legislatura del parlamento de Atenas.¹²⁶ La fortuna parecía tornar su cara hacia Eugenio Láscaris.

Desde que su padre Manuel le confesara en 1906 su ascendencia noble y bizantina, hasta la recepción del acta de la Comisión de los Exiliados Helenos allá por el mes de septiembre de 1935, Eugenio había recorrido un largo camino que le había

¹²⁵ Castro reproduce, traducida del griego, dicha carta. En ella y tras criticar la posible vuelta de Jorge II, el militar, en nombre de la *Commission*, anunciaba que “*nosotros nos declaramos oficialmente por la Dinastía legítima*, que es la única que tiene poder verdadero, como es también la sola legal heredera de los valerosos predecesores de su Trono” (CASTRO, 1989: 94-95; cita en 95, cursivas en el original). El original de la carta de Plastiras en ALC.

¹²⁶ El *Acta de reconocimiento del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno como REY LEGÍTIMO DE LOS HELENOS por el Partido Venizelista*, lleva por fecha septiembre de 1935. ALC. Para la transcripción del *Acta*, ver anexos. En el vuelto del documento y en su margen superior izquierdo, figura la inscripción “Arith. E.E. 48-9.35”. La revista *Hidalguía* transcribió el documento al español a partir de su original francés y, en nota de redacción, apuntaba: “Este “documento”, cuyas firmas no aparecen autenticadas ni legalizadas en forma, parece extendido por un Gobierno (!) fantasma griego radicado en Arizona (Estados Unidos)” *Hidalguía*, 5 (abril-junio 1954), pp. 272-273, cita en 272. El acta aparece, también traducida, en (CASTRO, 1989: 95-96).

llevado, mediante la sustitución y restitución de determinados elementos de su pasado familiar, a un significativo cambio de identidad (recordemos que el 24 de agosto de ese mismo año el Juzgado Municipal número 2 de Zaragoza rectificaba su filiación bajo la forma de Eugenio Láscaris).¹²⁷ Coincidiendo con el final de dicho camino, en el verano de 1935 la república griega agonizaba entre el empuje de quienes anhelaban la restitución de la dinastía Glucksburgo y el de quienes apostaban por una dinastía alternativa como única fórmula con la que resolver el drama nacional griego. Y entre estos últimos había importantes personajes que se decían dispuestos a otorgar a Eugenio marchamo de legitimidad.

Pero el triunfo del procurador zaragozano era más aparente que real. Ello se debía, en primer lugar, a que la casa danesa que en 1863 asentara en tierra helena el rey Jorge I, los Glucksburgo, aventajaba en mucho a cualquier otra solución dinástica a la hora de la disputa por el Palacio Real de Atenas, Láscaris incluidos. Al cabo, y ello no era cuestión menor, había sido durante décadas la familia reinante en Grecia. En segundo término a que la pugna en el seno del ejército griego entre la oficialidad republicana y la monárquica había concluido de forma humillante para los primeros, derrotados en marzo por las armas (aplastamiento de la insurrección comandada por Plastiras) y en junio por los votos (retraiamiento electoral venizelista). Un doble fracaso que además de condenar de manera irremisible al régimen republicano, dejaba a los glucksburguistas en situación de franco privilegio, pues era esa facción, bajo la guía del general Kondylis,¹²⁸ la que tras los fusilamientos y expulsiones que siguieron al fin de la revuelta de marzo del 35 dominaba el ejército. La tercera razón que presagiaba días oscuros para Eugenio era el deseo gubernamental, que en forma de monocorde runrún corrió libre por calles y plazas griegas durante el verano de 1935, de celebrar un plebiscito mediante el cual determinar la forma del Estado. Y tal y como había sucedido

¹²⁷ En el París de 1954 y desde las páginas de un número especial de la revista *Europe Amérique Latine*, en el artículo «La dynastie de Lascaris-Comnène» se resumía la trayectoria de Eugenio en busca del trono afirmando que desde 1917 éste había mantenido correspondencia con Venizelos, que en 1923 se había declarado partidario suyo el general Andreas Bairas y que en 1935 más de 160 oficiales, bajo el mando de Venizelos, le proclamaron “Roi Légitime des Hellènes au nom du parti Vénizéliste et du Peuple. Le General Nicolaos Plastiras, fut chargé de mener les négociations avec le Prince”. ALC. Es evidente en esta relación de hechos la pervivencia del relato familiar, alimentado y difundido durante años a través de artículos de prensa y textos cultos en los que propaganda política y análisis histórico se entremezclaban.

¹²⁸ Al igual que el rey Constantino o el líder liberal Elefterios Venizelos, la figura del general Georgios Kondylis (1878-1936) representa a la perfección la tragedia griega del periodo de entreguerras. Autor del golpe de Estado que en 1926 derribó la dictadura de Pángalos, venizelista primero y más tarde cabecilla del sector disidente del Partido Liberal, líder monárquico a la altura de 1934 y conspirador en 1935 contra un régimen republicano al que pretendía dar una “solución dinámica”, acabaría siendo, como pronto veremos, el sepulturero de la república griega.

en la primavera de 1924, la consulta no se planteaba en absoluto como un proceso abierto a las distintas alternativas dinásticas que pudiesen concurrir al mismo, sino como un ejercicio cerrado en torno a una única disyuntiva: monarquía o república. Y todavía podríamos añadir un cuarto y último motivo que actuó en contra de Eugenio. Nunca había pisado Grecia, era procurador en una ciudad del interior de España situada a unos 3.000 kilómetros de Atenas y, de ser un Láscaris, su sangre llevaba exactamente seiscientos setenta y cuatro años, los que iban del año 1261 al 1935, lejos del trono heleno (en pureza, del bizantino).

Mas después de tan largo viaje no era Eugenio hombre dispuesto a una pronta y fácil rendición, máxime cuando las circunstancias históricas parecían de nuevo sonreírle. Ante la posible repetición de lo sucedido en el plebiscito del 13 de abril del 24, en el que Grecia se abrió a la república sin que los Láscaris tuviesen oportunidad de hacerse valer como alternativa dinástica, Eugenio decidió hacer público un nuevo documento con el que trató de evitar su ostracismo político. Vio así la luz el 12 de septiembre de 1935 un segundo manifiesto, dado como el anterior “en mi exilio de Zaragoza” e igualmente encabezado por un vibrante “HELENOS”.¹²⁹ Las claves del mismo repetían lo expuesto en el del 27 de abril inmediatamente anterior (los derechos que asistían a la Casa de Láscaris, la necesidad de contar con la libre voluntad del pueblo griego, la Gran Causa nacional y legítima que Eugenio representaba, la obligatoriedad de superar rencillas de partido, etc.), a lo que se sumaba una nota novedosa de cierto interés: la mención a una potencia extranjera que tras su apoyo al rey Jorge escondía la “consecución de ocultos planes” (tal potencia era, a nadie podía escapársele, Gran Bretaña, protectora del rey exiliado). Pero lo que realmente sustentaba al manifiesto era la denuncia que en él se hacía de un “plebiscito cuya convocatoria solo permite, en caso de votar a favor de la restauración de la Monarquía, la vuelta al Trono heleno del ex-Rey destronado”. El miedo a verse nuevamente relegado empapaba el sentir más íntimo de Eugenio, y el texto de septiembre del 35 lo mostraba con claridad. En cualquier caso y aun cuando el manifiesto hubiera logrado alcanzar las costas de Grecia, poco hubiera podido éste suponer ante el huracán de acontecimientos que por esas mismas fechas golpeaban a dicha nación.

¹²⁹ El único testimonio de este documento es un borrador mecanografiado proveniente del AOOF. Aun dando por válida su autoría, nada prueba que el texto llegase a sus destinatarios griegos. Le concedo, en cualquier caso, el beneficio de la duda. Para la reproducción del documento, ver anexos.

Pese a ello todavía gozó Eugenio de una última baza ganadora cuando los delegados de la Comisión de los Exiliados Helenos, y tal y como en su reunión del 20 de agosto ésta había acordado, viajaron hasta España para entrevistarse con él. Eugenio los recibió el día 16 de octubre de 1935 en la finca que en la localidad de Ricla, cercana a la capital aragonesa, poseía un destacado miembro de la sociedad zaragozana, Tomás Castellano Echenique, conde de Castellano. En dicha reunión estuvieron presentes, según testimonian las fotografías de grupo que del encuentro se conservan, los antedichos comisionados helenos, Contopirakis y Melioudi, el propietario de la finca, Tomás Castellano, “el destacado abogado zaragozano y Secretario particular del príncipe Don Vicente Lope Ondé y el industrial Don José Orera, ambos grandes colaboradores de la Causa” (CASTRO, 1989: 31).¹³⁰ Y junto a ellos, por supuesto, Eugenio, para quien la entrevista con los comisionados griegos debió ser un instante de gran emoción.¹³¹ Incluso es muy posible que éste quisiera ver en ella un paso trascendental hacia el trono heleno. Sin duda que la Gran Causa nacional y legítima que a esas alturas de su vida, estoy convencido de ello, Eugenio creía firmemente representar, se revistió ante la mirada de nuestro protagonista de su máximo esplendor. Años de esfuerzo, infinitas e incontables cartas, llamadas, entrevistas y envíos de documentos parecían tener en ese momento, sentado Eugenio junto al ayuda de campo

¹³⁰ Una fotografía de la reunión aparece reproducida en (CASTRO, 1989: 117) y otra se conserva en ALC. En la primera aparece Nicasia, esposa de Eugenio, y en la segunda y junta a ésta, la señora de Castellano. El conde de Castellano era nieto de Tomás Castellano Sanz (1809-1871), diputado, gobernador del Banco de España (1850) y patriarca fundador de una saga familiar continuada por su hijo, Tomás Castellano Villarroya (1850-1906), también diputado, ministro de Ultramar (1895-1897), gobernador del Banco de España (1903-1904) y ministro de Hacienda (1904), quién legó el apellido de varonía a su hijo, Tomás Castellano Echenique (1888-1943), diputado como sus mayores. Él es quien aparece en la fotografía junto a Eugenio. Si ofrezco estos datos es para mostrar la relevancia de alguna de las amistades de las que el pretendiente al trono heleno hacía gala, prueba de su esmero por articular en torno a su persona nutridas, y muy valiosas, redes de sociabilidad.

¹³¹ La entrevista de Ricla se convertiría en un motivo recurrente en la memoria laudatoria hacia Eugenio Láscaris. Dirá Norberto de Castro: “Más de 160 Jefes del Ejército de Tierra, de Aviación y de Marina Griega, diputados y senadores, bajo la dirección de Mr. Eleutherios Venizelos, reunidos en Marsella en Asamblea, reconocieron y proclamaron como HEREDERO LEGITIMO DEL TRONO DE GRECIA, al Príncipe Eugenio. (...) Los acuerdos fueron comunicados y las actas correspondientes entregadas al Príncipe el 16 de octubre de 1935 en el Palacio de Ricla, Zaragoza, por los Delegados del General Plastiras. Estos delegados, el Comandante Manuel Contopirakis, Ayudante de Campo del General Plastiras, y el Diputado M. Melioudis, representante del Partido Venizelista en las Cámaras de Atenas, vinieron dos veces a Zaragoza, examinaron los Archivos de la Casa Imperial, en particular la documentación griega correspondiente al siglo XIX” (CASTRO, 1989: 31). Y Teodoro, primogénito de Eugenio: “Las negociaciones encargadas al Generalísimo Nicolás Plastiras, tuvieron lugar el 16 de octubre de 1935, en el Palacio de los Condes de Castellano en Riela [sic.] (Zaragoza), reunión en la cual estuve yo de niño presente” (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 22). También en (ABRIL, 2014: 8; MEZA, 2014: 64). El propio Eugenio hizo de esa reunión en Ricla uno de sus hitos vitales, como lo demuestra la entrevista que el 27 de noviembre de 1940 publicó en San Sebastián *La voz de España*. En ella y con motivo de la aparición de un manifiesto al pueblo griego que Eugenio confesó no conocer y que supuso provendría de alguno de los numerosos Comités pro-Láscaris que, según él, todavía funcionaban por Europa, señalaba como momentos trascendentales de su reclamación dinástica la entrevista que José Zamora publicó en *ABC* y en la que Metaxas reconocía sus derechos, y sus candidaturas al trono griego de los años 1924 y 1935, año este último en el que la reunión de Ricla jugó tan destacado papel. ALC.

del general Nikolaos Plastiras y a un diputado fiel a Elefterios Venizelos, su definitiva recompensa.¹³² Pero Eugenio actuaba en una representación que lo excedía, el drama griego del periodo de entreguerras, y como Ícaro, que cuando pensó que alcanzaba el sol sintió cómo sus alas se derretían, Eugenio, cuando creyó alcanzar el trono, descubrió a un rey sentado en él.

La restauración Glucksburgo

Al parecer, los mensajes de Eugenio no alcanzaron suelo heleno ni a través de la voz que éste lanzó, ni a través de la caja de resonancia que para los mismos sus partidarios construyeron. Lo cierto es que todo sucedió allí demasiado deprisa para los intereses del pretendiente de los Láscaris, pues incluso antes de su reunión con los comisionados helenos del 16 de octubre de 1935, un grupo de oficiales de alta graduación habían ofrecido al primer ministro Tsaldaris, de manera hartamente generosa, la oportunidad de restaurar la monarquía o dimitir. Dado que el político conservador optó por la segunda, los militares lo reemplazaron en el puesto por Kondylis, quien abolió de manera inmediata la república.¹³³ Jorge II, apoyado por elementos poderosos en el interior del país y por una potencia tan vinculada a Grecia como lo era Gran Bretaña, tan sólo necesitaba de una coartada política que legitimase su regreso al trono. Y si el 13 de abril de 1924 un plebiscito había confirmado su envío al exilio, qué mejor instrumento político que un nuevo plebiscito para reintegrarle, a través de él, la corona. Se convocó así al pueblo heleno, en lo que no fue sino una farsa plebiscitaria, a refrendar la abolición de la república que acababa de llevar a cabo el gobierno Kondylis. Celebrada en el mes de noviembre de 1935, el resultado explícito de la consulta fue la restauración de la monarquía y, el tácito, la restauración de los Glucksburgo en la figura del rey Jorge II.¹³⁴ De esta manera, el “ex-Rey destronado, perteneciente a una dinastía extranjera usurpadora y echada del país por haber llevado Grecia a la ruina”, del que había hablado Eugenio en su manifiesto de septiembre del 35, cerraba su exilio inglés.

¹³² La relevancia de ambos personajes, Venizelos y Plastiras, explica que la familia conserve una tarjeta del primero de ellos, con membrete del Ritz Hotel y dedicatoria manuscrita, y otra del segundo, también acompañada de nota manuscrita. También se conservan las de los comisionados Emmanuel Contopirakis y Melioudis Nik. ALC.

¹³³ El embajador Ramón Manuel Abella informó el 10 de octubre de 1935 en un despacho cifrado: “Destituido Gobierno por junta militar revolucionaria abolido régimen republicano Asamblea nacional, se constituyó Gobierno monárquico dictatorial bajo Presidencia Condylis hasta celebrar plebiscito y regreso rey”. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/5. El día 21 Abella se refería a Kondylis como el “Virrey Condylis”. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7.

¹³⁴ El recuento sumó 1.491.992 votos favorables a la restauración monárquica frente a 32.454 contrarios a la misma (CLOGG, 1998: 113).

Los sucesos de las siguientes semanas terminaron de sepultar las esperanzas de Eugenio. Y no tanto por el regreso del rey Jorge II a Atenas como por la sensación de que éste era acogido con satisfacción por la inmensa mayoría del pueblo griego, tal y como reflejó el embajador español en ese país cuando aseguró, el 30 de noviembre, que “Opinión pública elogia rey por acertada solución crisis”.¹³⁵ Que la restauración Glucksburgo hubiera venido precedida de un plebiscito amañado no hacía sino continuar la tradición iniciada en diciembre de 1920, cuando tras la desgraciada muerte del joven rey Alejandro, su padre, Constantino, regresó a Atenas desde el exilio merced a un fraudulento plebiscito. A partir de ahí y dado que las soluciones de fuerza se imponían en buena parte de Europa, también en Grecia el reingresado monarca pudo recurrir a comienzos de 1936 a un político de segunda fila, el general Metaxas, y a su formación política, el ultraderechista Partido Librepiensador, como instrumentos con los que desatascar la situación de punto muerto político en que se hallaba el país. El militar no desaprovechó su oportunidad y el 4 de agosto de 1936 suprimió una serie de artículos clave de la Constitución helena. Se iniciaba el Régimen del Cuatro de Agosto.

A modo de cierre del presente apartado podemos preguntarnos qué era Eugenio tras la coronación del rey Jorge II ¿Un iluso empeñado en recuperar el trono de Grecia, intentando para ello ganarse el amor del pueblo heleno? ¿Un loco al margen de toda realidad? ¿Un desengañado por lo que se presumía fracaso de su proyecto vital? ¿Un iluminado que se creía depositario de fabulosos derechos perdidos en la nebulosa de los tiempos? ¿Un utópico convencido de que su proyecto era la única alternativa factible para rescatar a Grecia del desastre? ¿Un impostor agotado? Muy posiblemente y tras tantos años de desvelos, una mezcla en variadas proporciones de todo ello. En cualquier caso y para saber de la viabilidad o de lo quimérico de su ideario, he creído preciso situar al personaje en su lugar y en su tiempo, escuchar atentamente su voz y la de sus contemporáneos (tanto la de los afines como la de los adversos) y, ante todo, enfrentarme a su figura con la mente libre de prejuicios, dispuesto a entender al hombre y a valorar al sujeto histórico.

¹³⁵ La frase se incluye en el despacho cifrado que acompaña al informe de Abella sobre la dimisión del gobierno de Kondylis y la formación de un nuevo ejecutivo presidido por Constantino Demertzis. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/5. Unos días antes, el 25 de noviembre, el embajador comentaba que era de buen tono en Grecia llamar a la república derrotada “democracia no coronada” y, a la nueva monarquía, “democracia coronada”. Menos propenso al cinismo, el último día del año 1935 resumía así el cambio de régimen en Grecia: “Los oficiales republicanos habían perdido la partida y sus colegas monárquicos victoriosos, con el general Condylis al frente, restablecieron a su gusto la monarquía, haciéndola seguir de un plebiscito falsificado. Y fue así como el rey Jorge II, hijo del rey Constantino, tomó posesión de su trono hace algunas semanas”. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7.

III. 6. Los años finales

El 26 de marzo de 1936 Eugenio cumplió medio siglo de vida. Decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza desde comienzos del año 1933, hombre respetado en su ciudad y, sin duda, conocido fuera de ella, consorte en un querido matrimonio y padre de seis hijos de entre tres (Sofía) y catorce años de edad (Teodoro), la coronación en noviembre de 1935 de Jorge II como rey de los griegos supuso un profundo contratiempo a sus pretensiones imperiales. Sin embargo y pese a los desaires con los que la fortuna lo había despachado, Eugenio mantuvo en alto su proyecto vital, su Gran Causa en pos de la restauración de la Casa de Láscaris en el trono de Grecia. Un anhelo que si no veía cumplido en su persona, confiaba que lo fuese en la de sus descendientes. Mas el Eugenio que aquí me ha interesado, aquél que había construido su propia biografía mediante un continuado proceso de redefinición de su identidad a través de múltiples operaciones de sustitución y restitución de la memoria, estaba ya agostado. Y ello era debido, precisamente, a que su identidad estaba completamente reconstruida y, en ese terreno, no le quedaba ficha alguna por mover. Una reconstrucción ya concluida que le había propiciado una dulce victoria (su cédula personal lo identificaba como descendiente de los Láscaris) y una agria derrota (su restitución en el trono que un día éstos disfrutaron había fracasado). Pero por encima de ese resultado, que amenazaba semejar a una suerte de juego de suma cero, lo verdaderamente relevante era que Eugenio, en tanto que proyecto de vida, quedaba por completo al albur de la historia, esperando a que ésta tuviese a bien ofrecerle una nueva oportunidad de asilo.

Propongo en este último apartado, toda vez que la identidad de Eugenio se mantendría ya inalterada,¹³⁶ un somero repaso a los sucesos que acompañaron a éste durante sus últimos años de vida. Para ello me centraré en tres franjas vitales: la de pleitesía y colaboración con los sublevados en julio del 36 (1936-1942), la dedicada a la defensa y difusión del helenismo y el filobizantinismo (1943-1952) y la de acoso

¹³⁶ Esta afirmación no se corresponde a la realidad, pues Eugenio vería una vez más, última hasta la fecha, modificada su identidad y, también, la de su padre y las de sus descendientes en primera línea de consanguinidad. Así figura en nota marginal a las seis inscripciones de nacimiento de sus hijos en el Registro Civil del Juzgado de Primera Instancia número Dos de Zaragoza, que con carácter general reza así para todos ellos: "Nota A.- El primer apellido del inscrito, así como el primero de su padre y primero también de su abuelo paterno, quedan modificados en la forma siguiente: Lascorz en lugar de Láscaris, como figura. (...) Zaragoza. A diez de julio de mil novecientos sesenta y uno". Para la reproducción de las partidas, ver anexos. Desconozco el mecanismo por el que tales actuaciones se llevaron a cabo y si éstas lo fueron de oficio o a instancia de parte. Fuera como fuese, lo cierto es que en sus últimos momentos de vida, Eugenio vio como, al menos en su identidad legal, regresaba a los territorios de la infancia. Pese a ello, las diez nietas y los tres nietos de Eugenio continúan apellidándose Láscaris.

público a sus pretensiones y éxodo familiar (1953-1962). Un repaso que dado lo desconocido del personaje estimo necesario para una más completa y precisa comprensión del mismo (incluidos los sucesos del periodo 1906-1935, nucleares en el presente trabajo), y que debe marcar el camino hacia una futura ampliación de la mirada biográfica en torno a Eugenio Láscaris.

Un príncipe al servicio de la justicia del Nuevo Estado Español

La guerra civil española terminó de aniquilar el sueño de Eugenio. Las dinámicas que la contienda generó actuaron a tan largo alcance que impidieron a éste retomar sus proyectos imperiales, siendo las secuelas de la guerra y las crudas realidades que ésta cultivó las que terminaron por separar a aquél, en la práctica, del trono heleno. Situándonos en el espacio geográfico en el que Eugenio se encontraba, hay que señalar que el conflicto bélico amaneció en una Zaragoza que las autoridades civiles creían segura, confiadas en la lealtad del por entonces capitán general de la plaza, el general Miguel Cabanellas, de conocida inclinación republicana. Sucedió sin embargo todo lo contrario,¹³⁷ y en una ciudad decantada del lado de los golpistas, se inauguró una nueva legalidad que no parece resultase desagradable a Eugenio Láscaris, hombre de inclinación ideológica conservadora, monárquico obligado amén de convencido y de sólidas convicciones religiosas. Prueba de esa afinidad es que el 12 de agosto de 1936 *El Diario Palentino* anunciaba la presencia de «Un príncipe griego en las filas del requeté», noticia seguida de otra aparecida algunos meses después en el *Diario de Navarra* en la que se informaba de la afiliación a dicha organización del primogénito de Eugenio, Teodoro.¹³⁸ En tales actuaciones y más allá de la innegable adhesión al nuevo orden político que comenzaba a implementarse en la España nacionalista, subyacía el legitimismo monárquico de los Láscaris, quienes lejos de sumarse a la mayoritaria corriente profalangista que agitaba a buena parte de la sociedad española (un falangismo revolucionario, nacionalsindicalista, furiosamente antimonárquico y, todavía, no

¹³⁷ Además de ser tenido por masón y liberal, Cabanellas había sido diputado radical en las Cortes de la coalición radical-cedista y parecía mantener una sincera amistad con Ángel Vera Coronel, a la sazón gobernador civil de Zaragoza en el momento de producirse el alzamiento militar. Pese a esos antecedentes, en la madrugada del 19 de julio de 1936, Cabanellas ordenó la detención de Vera Coronel (HEREDIA, 2006: 20-21, 24-25). Zaragoza quedó así, al alba del día 19, en manos de los sublevados.

¹³⁸ *El Diario Palentino*, 12 de agosto de 1936 <<http://prensahistorica.mcu.es/>>. El 13 de noviembre de 1936 el *Diario de Navarra* llevaba a su portada la fotografía de “S.A.I. el Príncipe Teodoro Láscaris, Príncipe de Tracia y de Nicea (...) de 15 años de edad, cabo del valiente Requeté de Aragón”. ALC.

domesticado), arremolinaban su fidelidad en torno al tradicionalismo carlista.¹³⁹ Una interesante demostración de cómo Eugenio buscó, y casi siempre encontró, la manera de adaptar su proyecto vital a todas y cada una de las distintas y muy cambiantes circunstancias históricas por las que le cupo en suerte transitar. Así y en el corazón de una España que por un instante parecía entregada al radicalismo fascista, Eugenio se mantuvo fiel a su ideario monárquico.

Una fidelidad monárquica que, sin embargo, no supuso obstáculo alguno para la colaboración de Eugenio con las nuevas autoridades militares. Ello sucedió en el marco de la burocratización de la violencia política represiva que el bando sublevado llevó a cabo a partir de la segunda mitad del año 1936, un proceso encauzado a través de la jurisdicción militar que se materializó en la derogación de la Sala de Justicia Militar del Tribunal Supremo de época republicana y su sustitución por el recién creado Alto Tribunal de Justicia Militar.¹⁴⁰ En esa deriva procesal del ámbito civil al militar, las auditorías de guerra de las distintas regiones militares desempeñaron un destacado papel. Y dado lo abultado de los asuntos a instruir, juzgar y sentenciar, la jurisdicción militar recabó la ayuda de todo aquel personal civil cualificado que pudiese socorrerla en la tramitación de dichas causas. Una nómina en la que figuraron jueces, abogados, secretarios de juzgado y, también, procuradores.

Así y en algún momento entre 1938 y los meses de junio y julio de 1939, Eugenio actuó en la Auditoría de Guerra de la V Región Militar con sede en Zaragoza como juez instructor.¹⁴¹ Unas intervenciones que no debemos ver como un caso

¹³⁹ Baste con la suscripción de los "Príncipes Láscaris (Zaragoza)" y sus hijos, al pésame por el fallecimiento de Alfonso Carlos de Borbón, anunciado en el *Boletín de campaña de los Requetés* de 17 de octubre de 1936. ALC.

¹⁴⁰ Un primer acercamiento a la justicia militar franquista durante la guerra civil y a sus juicios sumarísimos, de los que participaría Eugenio, en (CASTRO CAMPANO, 2010).

¹⁴¹ La noticia la aportaba ya Norberto de Castro (CASTRO, 1989: 34), aunque sin más precisiones. Afortunadamente, he podido consultar parte del Archivo del Juzgado Togado Militar Territorial nº 32 de Zaragoza (AJTMTZ), heredero de la documentación de la mentada Auditoría de Guerra. Dado que la consulta sólo ha sido posible sobre una pequeña fracción de dicho fondo, todavía no tratado archivísticamente en su totalidad, los datos que ofrezco de la intervención de Eugenio en ese órgano de justicia militar quedan sujetos a una posible ampliación. Lo que sí podemos precisar es que Eugenio se incorporó al sumario de varias causas en noviembre de 1938 (AJTMTZ, 2593-4 y 2594-10) y que su última intervención se constata con fecha de 10 de junio de 1939, apareciendo su suplente el día 5 de julio siguiente. AJTMTZ, 2599-5. Y que lo hizo bajo nombres cambiantes: firmó como "Eugenio Láscaris-Comneno y Labastida" (AJTMTZ, 2593-4 y AJTMTZ, 2594-10) y como "Eugenio Flavio Láscaris-Comneno" (AJTMTZ, 2594-19; el Flavio, como el Comneno, provenía de la tradición genealógica familiar, concretamente de Flavio Emmanouil, allá por la primera mitad del siglo XI Prefecto del Oriente), y se le nombra como "Eugenio Flavio Láscaris" (AJTMTZ, 2593-1) y como "Eugenio Láscaris Comneno" (AJTMTZ, 2580-9; para la reproducción de este expediente, ver anexos). Más allá de las fechas y los nombres, la intervención de Eugenio como juez instructor se concretó en la categoría de Oficial Segundo

extraordinario, pues es posible detectar en la tramitación de muchos de los procesos seguidos en dicha Auditoría la presencia de personal civil, incluido algún que otro procurador compañero de Eugenio.¹⁴² En cualquier caso, esta faceta militarizada, amén de las muchas noticias aparecidas en la prensa de la época sobre su adhesión a la causa nacional (baste recordar su incorporación y la de su primogénito Teodoro al Requeté, los telegramas cruzados entre la familia y el cuartel general de Franco o el intento de alistamiento protagonizado por el segundo de sus hijos, Constantino, al conocerse el fusilamiento del primo hermano de éste, Alejandro de Guadán), explican las prebendas de que Eugenio gozó en los años inmediatamente posteriores a la finalización del conflicto español. La primera de ellas vino de la mano de su nombramiento, el 7 de junio de 1939, para un puesto en verdad importante, el de juez instructor de responsabilidades políticas de San Sebastián.¹⁴³

Creado para dirimir las responsabilidades políticas de las personas físicas o jurídicas entre octubre del 34 y el 18 de julio de 1936, desde comienzos de 1939 hasta el verano de dicho año actuó un Tribunal Nacional de Responsabilidades Políticas con sede en San Sebastián, traslado luego a Madrid.¹⁴⁴ La marcha de este Tribunal a la capital de España vino a coincidir con la llegada de Eugenio a la capital guipuzcoana para hacerse cargo del Juzgado de Instrucción de Responsabilidades Políticas allí residente, el cual dependía orgánicamente del Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Navarra (BARRUSO, 2003: 177). Sabemos que Eugenio se hallaba en San Sebastián el 24 de agosto de 1939,¹⁴⁵ con lo que concluía de esta forma con más de dos

Honorífico del Cuerpo Jurídico Militar. Dicho cuerpo se componía de tres escalas, y en virtud del nivel que sus integrantes ocupaban en ellas, éstos eran denominados como Oficial (1º, 2º ó 3º) Honorífico del Cuerpo Jurídico Militar. Desconozco si el adjetivo "Honorífico" hacía referencia al carácter civil de los interesados, dado que cuando estos eran militares no parece constar tal titulación.

¹⁴² Sería el caso de los procuradores José Antonio Faro Moreno (AJTMTZ, 2580-16) y Joaquín Enciso Palacio (AJTMTZ, 3309-38 y AJTMTZ, 2581-8), entre otros.

¹⁴³ Da la fecha Manuel Rivas i Reija en su *Biografía de S.A.I. y R. don Eugenio Segundo Láscaris Comneno* (CASTRO, 1989: 34). El dato casa bien con la última intervención documentada de Eugenio como juez instructor en la Auditoría de Guerra de la V Región Militar, fechada el 10 de junio de 1939.

¹⁴⁴ La creación del Tribunal Nacional, de los Tribunales Regionales y de los Juzgados de Instrucción de Responsabilidades Políticas, estos últimos de ámbito provincial, se derivó de la *Ley de Responsabilidades Políticas*, de 9 de febrero de 1939. Dicha norma actuó mediante incautaciones, requisas y el pago en efectivo a cuenta de las responsabilidades políticas tenidas por delictivas de quienes, según proclamaba su artículo 1º, "contribuyeron a crear o a agravar la subversión de todo orden". La composición de los mencionados Tribunales y Juzgados era tripartita: presidía un militar, acompañado de falangistas y de personal jurídico de carrera. Una vez en Madrid y según consta en la correspondencia del Tribunal de Responsabilidades Políticas de Zaragoza, el Tribunal Nacional estableció su sede en la calle San Mateo, 7 y 9. Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), J 6006/1.

¹⁴⁵ Según consta en su solicitud de baja del Colegio de Procuradores de Zaragoza que con esa fecha remitió desde la capital vasca. AHCPZ, 34/50. Dada su condición de civil, es muy posible que Eugenio actuase en su nuevo cargo, en forma similar a como había hecho durante su estancia en la Auditoría de Guerra de la V Región Militar, en calidad de Oficial de Complemento del Cuerpo Jurídico Militar. Así lo

décadas de ejercicio de la procura, una etapa profesional que había acompañado de forma armónica a su proceso de cambio de identidad y que le había facilitado una estabilidad personal y laboral (y unos contactos y unos vínculos de sociabilidad) que sin duda le resultaron de gran provecho. E iniciaba otra mucho más compleja, plena de cambios en lo laboral y en lo familiar (en menos de cuatro años mudó su residencia y la de su familia a tres ciudades distintas), que en absoluto favoreció sus pretensiones políticas.

Las actuaciones de Eugenio Láscaris como juez instructor de responsabilidades políticas de San Sebastián estuvieron, al parecer, marcadas por la dureza. Así se desprende al menos de lo expuesto por Pedro Barruso, quién al tratar de las disfunciones existentes entre la Comisión Provincial de Incautación de Bienes de Guipúzcoa y el Juzgado de Instrucción de Responsabilidades Políticas de esa provincia, señala que el “roce más importante se produjo entre el juez instructor de responsabilidades políticas Flavio Lascaris –antiguo juez militar en Ciudad Real– y el gobernador civil Francisco Rivas y que arranca –desde mi punto de vista– en la percepción que se tenía en la provincia de que la represión era algo –que en su parte más dura– ya había pasado en Guipúzcoa. Sin embargo el juez consiguió imponer su opinión y una intensa actividad que se tradujo en la incoación de 1.650 expedientes de responsabilidades políticas entre 1939 y 1940” (BARRUSO, 2005: 55-56). Lo primero que debemos señalar respecto a esta reflexión es que, sin duda, el autor confunde Ciudad Real, donde que sepamos nunca estuvo Eugenio, con Zaragoza, donde sí ejerció como juez instructor militar. Por otra parte, la suma del nombre Flavio a la identidad de Eugenio no nos coge de sorpresa, pues ya hemos tenido noticia del uso del mismo durante la estancia de éste en la Auditoría de Guerra de la V Región Militar.¹⁴⁶ Y por lo que se refiere a su parte sustantiva, la dureza de Eugenio en sus actuaciones como juez instructor, para poder pronunciarse de forma adecuada sobre tal extremo habría que establecer una lectura comparada del número de casos instruidos por el Juzgado guipuzcoano y por los de

hizo, por ejemplo, el abogado Luis San Pío, quien tomó posesión de su cargo de juez instructor del Juzgado de Responsabilidades Políticas de Zaragoza como “Oficial 1º de Complemento del Cuerpo Jurídico Militar”. Cuando San Pío quiso reintegrarse a la abogacía, solicitó le fuera “admitida la renuncia a dicho cargo [juez instructor] a fin de poder ejercer libremente la profesión de Abogado”. AHPZ, J 6001/1.

¹⁴⁶ “Eugenio Flavio Láscaris-Comneno” (AJTMTZ, 2594-19); “Eugenio Flavio Láscaris” (AJTMTZ, 2 593-1).

otros próximos a éste, además de perfilar dichos datos gruesos con análisis más precisos de la situación sociopolítica sobre la que a Eugenio le cupo en suerte actuar.¹⁴⁷

No quiero con esta última reflexión caer en la tentación, cercana a quién en algún momento practica el género biográfico, de blanquear la semblanza o mostrar un exceso de empatía con el sujeto biografiado. Tan sólo busco incardinar la actuación de Eugenio en el entramado represivo militar del primer franquismo en atención a los datos de los que dispongo, sin oscurecer ni aliviar la responsabilidad que por ella pudiera a éste caberle. Y en ese sentido es también necesario señalar que la llegada de Eugenio a San Sebastián no debió ser especialmente grata al grueso de los habitantes de la ciudad, pues incluso su hijo Juan Arcadio escribiría años más tarde que la “segunda etapa de su vida en la bella Easo no fue menos fructífera aún pese a las circunstancias por las que tuvo que trasladarse a vivir a dicha ciudad. Aunque su cargo de magistrado conllevaba con ello recelos en el pueblo vasco, supo granjearse un gran afecto” (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 8). Muy posiblemente Eugenio, dado su don de gentes y probado buen carácter, supo ganar alguno de los afectos de los que habla su hijo.¹⁴⁸ Pero es infinitamente más probable que el procurador zaragozano, llegado como juez militar a San Sebastián, se granjease algo más, y casi seguro que más amargo, que los “recelos” del pueblo vasco.

Es posible también pensar que tales recelos provocaron o, al menos, influyeron, en la marcha de Eugenio hacia su nuevo destino catalán. Lo cierto es que a petición propia o enviado por la superioridad, aquél marchó de San Sebastián a Barcelona “traslado por el Ministerio del Ejército para desempeñar su cometido en la Cuarta Auditoria” (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 8), trocando así los juzgados de responsabilidades políticas por los dependientes de las auditorias de guerra.¹⁴⁹ Con ello

¹⁴⁷ A modo de puntualización señalar que según datos obtenidos por los investigadores del proyecto *Amarga Memoria*, el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Aragón tramitó, para las tres provincias en las que operaba, un total de 13.424 expedientes. Según el propio Barruso afirma, “en junio de 1943 eran ya 1.898” los expedientes incoados en Guipúzcoa (BARRUSO, 2005: 55-56). Pero si tenemos en cuenta que Eugenio permaneció en San Sebastián desde agosto de 1939 hasta mediados del año 42, tal vez los antes mencionados 1.650 expedientes de responsabilidades políticas, para un primer y presumiblemente más severo periodo de represión, no sean tantos. De éstos habría que descontar, además, los tramitados entre febrero y agosto del 39, cuando Eugenio todavía no había sido enviado a San Sebastián. Serían pues, aproximadamente, 1.500 expedientes los que Eugenio tramitó durante esos tres años.

¹⁴⁸ En ese sentido cabe destacar la ya mencionada y muy favorable entrevista que el 27 de noviembre de 1940 publicó en San Sebastián *La voz de España*, «Un nieto de emperadores vecino de San Sebastián».

¹⁴⁹ El traslado debió de efectuarse en algún momento de la segunda mitad del año 1942, pues a comienzos del mes de julio de dicho año Eugenio todavía permanecía en la capital guipuzcoana, tal y

Eugenio ocupó en Barcelona un puesto similar al que durante 1938 y 1939 había desempeñado en Zaragoza, el de juez instructor militar. Y fue allí, en la IV Auditoría, donde concluyó su relación con el mundo de la milicia, pues en la primera mitad del año 43 abandonó Barcelona y marchó a Madrid, ciudad en la que inició una nueva etapa vital. Un cambio que pudo suponerle, entre otras cuestiones, una merma en sus ingresos económicos,¹⁵⁰ pero que sin duda le devolvió la posibilidad de proseguir sus viejas aspiraciones legitimistas al trono de Grecia.

Humanismo y filobizantinismo

La llegada de Eugenio Láscaris acompañado de su familia a Madrid supuso para éste su último traslado de ciudad.¹⁵¹ El 19 de julio de 1943 y cumplidos los cincuenta y siete años de edad, inició los trámites para su ingreso en el Colegio de Abogados de Madrid bajo el nombre de Eugenio Láscaris-Comneno Labastida.¹⁵² Al tiempo que suponemos intentaba ganarse un espacio para su actuación profesional como letrado, Eugenio se

como se desprende del documento que, incluido en su expediente de ingreso en el Colegio de Abogados de Madrid, menciona su “cédula personal de 1ª tarifa y 15ª clase, expedida en San Sebastián con el número 762 el día 1º de Julio de 1942”. Archivo del Colegio de Abogados de Madrid (ACAM), 12.837, 67/1943. Muy posiblemente fue durante su estancia en la ciudad condal cuando publicó los ya referidos artículos económicos en *Fomento del Trabajo Nacional* y *Vida Económica*; cuando según Palacio firmó, “allá por 1943”, en el álbum de honor del Archivo de la Corona de Aragón (PALACIO, 1954: 76); o cuando según Juan Arcadio entró en tratos, tal y como había sucedido con anterioridad en San Sebastián y sucedería poco después en Madrid, con lo más granado de la sociedad local (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 8).

¹⁵⁰ Según consta en un oficio de 5 de abril de 1939 conservado entre la documentación del Tribunal de Responsabilidades Políticas de Zaragoza, un juez instructor provincial cobraba anualmente en concepto de sueldo la cantidad de 9.000 pesetas, importe en absoluto despreciable para la España de posguerra. AHPZ, J 6006/1. Sin embargo, algunas fuentes repiten la idea de que el inicio de la guerra civil dio paso a un periodo difícil para la familia (MEZA, 2014: 64) e, incluso, de que el conflicto produjo la ruina económica de ésta <<http://www.filosofia.org/ave/001/a441.htm>> [Fecha de consulta: 22 de diciembre de 2014]. Desconozco los motivos que llevan a tan categóricas afirmaciones y, al menos en lo material, me inclino a pensar más bien todo lo contrario.

¹⁵¹ Madrid, seguida de las recientemente abandonadas Barcelona y San Sebastián, había sido la primera de las tres ciudades españolas en las que pocos años atrás habían funcionado los comités Pro-Láscaris. Si a comienzos de la década de 1940 quedaban partidarios suyos en esas ciudades, el periplo de Eugenio por éstas apoyaría la idea de que aquél deseaba continuar la lucha en pos de su reconocimiento como heredero al trono de Grecia. Además y por lo que a Madrid respecta, ese era el lugar en el que había que estar si se quería ser alguien en un Nuevo Estado en proceso de construcción, y donde las relaciones políticas y los contactos sociales aumentaban exponencialmente de valor respecto a los que se pudiesen trabar en una ciudad como, por ejemplo, Zaragoza. A todo ello hay que sumar que los retoños de Eugenio tenían en la Universidad de Madrid un lugar idóneo en el que continuar sus estudios superiores.

¹⁵² En su expediente de ingreso hay una tarjeta de visita en la que figura como dirección familiar la calle Mayor, 22, 2º. También aparece reseñado el 19 de mayo de 1911 como fecha en la que obtuvo del Ministerio de Instrucción Pública su título de licenciado en Derecho, y un certificado del Juzgado número 2 de Zaragoza, del que dependía el Registro Civil, de su inscripción de nacimiento como Eugenio Láscaris Labastida, hijo legítimo de Manuel Láscaris Serveto y Carmen Labastida Pascual. El Comneno aparece sobreescrito tras los respectivos Láscaris, con otra tinta e incluso se creería que con distinta grafía. ACAM, 12.837, 67/1943. No puedo precisar su fecha de baja como colegiado, dado que ésta no figura en el archivo del colegio madrileño. Sé sin embargo, merced a la información aportada por el responsable de la biblioteca del Colegio de Abogados de Madrid, que hasta 1954 Eugenio figuró en las listas oficiales de colegiados que se publicaban anualmente. Desgraciadamente parece existir un salto en esa colección desde ese año hasta 1964, lo que impide precisar por esta vía la fecha final de su colegiación.

dedicaba al estudio de temas helenísticos y bizantinos y, ya en ese mismo año de 1943, publicaba a cuenta suya la ya mencionada *Caligrafía griega y bizantina*.¹⁵³ A esos menesteres de carácter cultural se volcó con ahínco nuestro protagonista en los años inmediatamente posteriores, siendo tal vez la creación de la ya citada Asociación Cultural Greco-Española su primer gran logro en esa dirección.¹⁵⁴ Unas actividades seguidas por la fundación en 1950 de la Academia y Universidad Magistrorum Philo-Byzantina, la revista *IPHBAU*, etc.

Compaginando estos sus desvelos intelectuales, Eugenio se dio en potenciar ciertas actividades que un biógrafo como Norberto de Castro no dudó en tildar bajo el marbete de “espirituales, morales y culturales” (CASTRO, 1989: 36) y que tantos problemas le plantearían a comienzos de los años cincuenta, una vez que la Santa Sede decidiera emprender su campaña contra las falsas órdenes religiosas, campaña que, como ya hemos visto, pronto halló animosos jaleadores en nuestro país (el propio *ABC*, hasta entonces tan abierto a Eugenio, o José María Palacio y la revista *Hidalguía*). Dando así un giro completo a sus anteriores actuaciones legitimistas, marcadas por un claro sesgo político y una muy conveniente adecuación a la coyuntura histórica, los años finales de la década de 1940 llevaron a Eugenio hacia unos territorios mucho más volátiles e imprecisos. Una especie de alejamiento de la más cercana y prosaica realidad que fue consecuencia directa, en primer lugar, del fracaso que Eugenio había cosechado en noviembre del 35 con la restauración Glucksburgo en Grecia, materializada en la entronización de Jorge II como rey de los helenos. En segundo término a que a este monarca, fallecido en abril de 1947, le sucediera en el trono y dentro de una cierta normalidad su hermano Pablo (la normalidad que cabe en un país sumido en una guerra civil).¹⁵⁵ Esa sucesión parecía hacer de los Glucksburgo una dinastía sólida en un país

¹⁵³ La primera mención a la publicación de esta obra menor la he hallado en las páginas de la madrileña revista *Fotos*, con fecha de 15 de enero de 1944. ALC. Más tarde, en el *ABC* de 22 de julio de 1945, se hacía mención a la celebración de una gran fiesta de la cultura helena en el Instituto Isabel la Católica, a la que fue “atentamente invitado el duque de Atenas, don Eugenio Lascaris Comneno”, quien premió a algunas de las alumnas más destacadas con una obra suya, una *Paleografía griega y bizantina* que, posiblemente, no fuese sino la caligrafía aquí mencionada <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

¹⁵⁴ La noticia de su creación la recogía de nuevo *ABC*, periódico hasta esos momentos siempre cercano a Eugenio. En la crónica figura como su presidente “S.A.I. y R. Eugenio Láscaris Comneno, duque de Atenas y de Naupaktos, y de la que es secretario D. Gonzalo Diéguez Redondo, diplomático y académico profesor de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación”. Y como no podía ser de otra manera, se daba cuenta de su entusiasta acogida por el mundo culto del Madrid de la época. *ABC*, 30 de enero de 1946 <<http://hemeroteca.abc.es/>>.

¹⁵⁵ La inestabilidad griega durante la segunda posguerra mundial, tal y como había sucedido en momentos anteriores, no dejó de representar una oportunidad para los Láscaris españoles. Así lo entendió el segundo de los hijos del príncipe, Constantino, quien en una breve entrevista aparecida el 17 de julio de 1948 en las páginas del santanderino *Alerta*, afirmaba que el pueblo griego no era

que como Grecia había transitado de la vigilancia británica al casi completo control estadounidense. En el mundo de la Guerra Fría que por aquellos años despuntaba, la estabilidad política en Grecia, en vías de quedar situado el país de este lado del Telón de Acero, dejaba pocos huecos a aventuras de final tan incierto como la que Eugenio proponía. También y como tercer punto, el cambio de actitud de éste a favor de dichas actividades “espirituales, morales y culturales”, pudo deberse a que los inmensos desastres provocados en Europa por la Segunda Guerra Mundial hubiesen desbaratado por completo la red de aliados, colaboradores y adeptos de todo tipo con los que hasta entonces Eugenio había contado. Y, por último, a que nuestro protagonista portaba ya a sus espaldas seis décadas de agitada vida. Eugenio Láscaris se aproximaba a la vejez, y a pesar de que su primogénito Teodoro se mostró en un primer momento bien dispuesto a continuar las infinitas luchas de su padre, lo cierto es que el declive físico manifestado en la persona de Eugenio supuso para la familia un contratiempo de difícil superación.

Pese a ese declive corporal y junto a las citadas empresas de carácter erudito y espiritual, Eugenio no dejó de cultivar otra de sus grandes virtudes, la creación de amplias redes de sociabilidad capaces de sustentar y dar vigor al resto de sus actuaciones públicas. En ese sentido se prodigó cuanto pudo en los medios culturales y académicos madrileños y, también, en las páginas de la prensa, aunque sólo fuese merced a su aparición o la de alguno de sus hijos en determinados eventos sociales.¹⁵⁶ Mas todas las facetas que durante esos años ocuparon a Eugenio (un filohelenismo de corte cultural, la erección y propagación de diversas órdenes e instituciones caballerescas y la promoción social de su persona), no le impidieron mantener contacto con la realidad griega del momento, tal y como lo prueba alguno de sus escritos, singularmente un breve trabajo titulado *La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada contienda mundial*, en el que unía su interés por la cultura de ese país con la exaltación del espíritu ferozmente independiente que desde la sublevación contra el otomano, allá por los albores del siglo XIX, parecía haber caracterizado al indómito

revolucionario, sino eminentemente tradicional, y que si estaba en armas era por su descontento con la monarquía reinante en el país. Para Constantino la solución era muy sencilla: “dejar libre la aspiración nacional de presiones extranjeras. Y permitir que Grecia viva su tradición, que coarta una dinastía cuyo jefe, rey de los griegos, ni siquiera habla su idioma”. ALC.

¹⁵⁶ Las bodas de cierto relumbrón fueron un escenario que contó con la frecuente presencia de la familia Láscaris. Así, “S. A. Imperial y Real Príncipe Eugenio Láscaris Comneno de Grecia y Bizancio, duque de Atenas”, aparece encabezando las firmas del acta matrimonial de un enlace celebrado en la madrileña iglesia de San Jerónimo el Real. *ABC*, 17 de abril de 1947 <<http://hemeroteca.abc.es/>>. También la boda del segundo de sus hijos, Constantino, ocupó varios titulares. Además de los ya referidos de *ABC*, en mayo de 1951 la revista *Oriente cristiano*, muy cercana a Eugenio y de la que el propio Constantino sería secretario, publicaba una fotografía del enlace de éste con Elena Slépuhine. ALC.

pueblo heleno.¹⁵⁷ Eugenio no aprovechaba el texto para arrimar el agua a su molino, pues evitaba toda mención a sus pretensiones legitimistas y, simplemente, se mostraba como un bien informado conocedor de la realidad política y cultural griega.

Además de mediante trabajos como el anteriormente reseñado, Eugenio intentó mantener los contactos con Grecia a través de uno de los cauces que hasta ese momento mejores réditos le había ofrecido, la prensa escrita. En el diario *Madrid* de 22 de julio de 1948 aparecía una «Entrevista con Eugenio Láscaris. Un abogado madrileño, diez veces Príncipe de Grecia», en la que tras hacerse mención al rico archivo familiar que éste atesoraba, se preguntaba a Eugenio sobre distintos temas. En sus respuestas afirmaba haber visitado Grecia en varias ocasiones, la primera como guardiamarina español, tener seguidores en ese país y haber gastado en su reclamación dinástica más de medio millón de pesetas.¹⁵⁸ Tres afirmaciones para las que tengo distintas valoraciones. En ningún lugar, más allá de esta entrevista, he localizado mención alguna a que Eugenio Láscaris visitase en algún momento de su vida Grecia (los autores proclives a sus demandas hubiesen hecho de un viaje de éste al país heleno constante motivo de cita), así como tampoco tengo noticia alguna de un Eugenio “guardiamarina español”. Al comentario sobre la presencia de seguidores suyos en Grecia no tengo nada que objetar, pues seguramente de entre el grupo más o menos amplio de contactos que en los años anteriores tuvo, quedarían todavía en Grecia partidarios de su causa (e incluso entre los griegos de la diáspora). Y en cuanto a la cuantía de su inversión en pos del trono griego, no cabe duda de que la misma no debió salirle en poco a Eugenio. En cualquier caso y si la cantidad fue tal, nadie podrá negar que medio millón de pesetas resultaba, incluso para la época, un precio bastante razonable por un trono, el patrimonio que éste comportaba y los honores que merecía.

La desintegración

La década que puso punto y final a la vida de Eugenio fue pródiga en desgracias para él y para su familia. Como si del cumplimiento de una antigua maldición se tratase, uno tras otro, desaires, olvidos y adversidades de la fortuna se aliaron contra ellos. En lo

¹⁵⁷ El trabajo apareció publicado en la revista *Saitabi*, 22 (octubre-diciembre 1946), pp. 281-284. Castro da, sin embargo, otra referencia. Para la bibliografía de Eugenio, ver anexos.

¹⁵⁸ La noticia añadía la incierta afirmación de que por entonces, julio de 1948, Eugenio residía desde hacía más de diez años en Madrid, concretamente en la avenida José Antonio (casi con total seguridad sabemos que llegó a Madrid en la primera mitad del 43), y la cierta de que era gran maestro soberano de la Orden de Constantino el Grande (lo era desde 1946). Firmaba la entrevista J. Esteban Blasco. ALC.

más íntimo, su esposa Nicasia sufrió durante sus últimos años de vida una parálisis que la acompañaría hasta la muerte, acaecida el 5 de agosto de 1957.¹⁵⁹ El propio Eugenio se vio privado casi por completo de la vista y físicamente imposibilitado, hasta el punto de tener que ser auxiliado en sus meses últimos por sus dos hijas, Elena y Sofía.¹⁶⁰ A estas mermas físicas se sumó la partida de sus dos hijos mayores hacia tierras americanas. El primero en partir fue Constantino,¹⁶¹ quien lo hizo hacia Costa Rica en 1956, seguido en 1958 de Teodoro,¹⁶² quien marchó rumbo a Colombia. Más tarde partiría hacia Australia el tercero de los hijos, Alejandro, y la mayor de las hijas,

¹⁵⁹ De hecho y tal y como vimos en páginas anteriores, en abril de 1951 fue representada por Enriqueta Peralada como madrina del enlace matrimonial de su hijo Constantino. Sobre la parálisis de Nicasia y el importante papel desempeñado por ésta en la vida de Eugenio (CASTRO, 1989: 75; LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 16).

¹⁶⁰ Muy posiblemente Eugenio sufrió en sus momentos finales algún tipo de deterioro cognitivo debido al peso de la edad. Así parece indicarlo Castro: “Los últimos días de su fecunda vida los pasó en honda meditación, en un silencio casi continuo” (CASTRO, 1989: 42). Su ceguera en (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 16).

¹⁶¹ Es mucho lo que podría decirse del reconocido profesor y filósofo que alcanzó a ser Constantino Láscaris. Simplemente apuntaré que tras doctorarse en Filosofía por la Universidad Central de Madrid en noviembre de 1946 con la tesis *El pensamiento filosófico de Quevedo*, dirigida por Santiago Montero Díaz y por la que obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado, fue nombrado profesor adjunto en la Facultad de Filosofía y Letras de dicha Universidad para el periodo 1949-1952, siendo posteriormente prorrogado en idéntico puesto cuatro años más. Sin embargo y dado lo inestable de su situación y lo escaso del sueldo, cesó a voluntad propia en agosto de 1954. Tras trabajar bajo la ayuda y protección del sacerdote y filósofo aragonés Manuel Mindán Manero en el Instituto de Filosofía Luis Vives, dependiente del CSIC, recibió a través del embajador de Costa Rica en España la invitación de Rodrigo Facio Brenes, rector de la Universidad de San José de Costa Rica, para trasladarse a dicha institución en calidad de profesor de filosofía. Marchó hacia tierras ticas en 1956, nacionalizándose costarricense en 1968 (según nota marginal de su inscripción de nacimiento) e integrándose por completo en la vida cultural, política y pública de ese país. Su sorprendente, prolífica y altamente meritoria actividad intelectual hicieron de él figura clave en la institucionalización de los estudios filosóficos en Costa Rica, e incluso de la cristalización de la identidad nacional de esa república centroamericana. Tras fallecer prematuramente en 1979, la Asamblea Legislativa de dicha nación le reconoció en 1998 como Benemérito de la Patria. Para su etapa como profesor en la Central de Madrid, Archivo de la Universidad Complutense de Madrid (AUCM), P-563,38. Para el resto, <<http://www.filosofia.org/ave/001/a441.htm>> [Fecha de consulta: 22 de diciembre de 2014].

¹⁶² Teodoro estudio Derecho en la Universidad de Madrid, en cuya Facultad de Derecho ejerció como ayudante de clases prácticas entre los años 1946 y 1951 y en la que en 1952 obtuvo su doctorado. Como en el caso de su hermano Constantino, la inestable situación laboral y el cada vez más enrarecido ambiente que a partir de 1953 rodeaba a la familia, hicieron que Teodoro aceptase la oferta del embajador de Colombia en España para marchar como profesor a la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, con sede en Tunja. Una salida sobre la que Teodoro diría muchos años más tarde: “Al utilizar la valija diplomática, no me pudieron impedir la salida. Era necesaria en esa época a los españoles una Visa especial de Salida de la Dirección General de Seguridad. Pronto enviaron de embajador de España en Bogotá a un antiguo amigo, Alfredo Sánchez Bella, que luego fue ministro. Me dijo que prohibía la Orden de mi padre en Colombia, pues esa era la disposición de su gobierno. A lo que le repliqué: “Alfredo, Colombia no es la España totalitaria, en la que nadie tiene derecho alguno, es una República democrática, en la que se respetan los derechos de expresión, de opinión y de asociación”” (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 19). A su estadía en Colombia le seguiría un largo periplo por Estados Unidos (profesor visitante en la University of Notre Dame durante el curso académico 1963-1964), Puerto Rico (profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico en el curso 1964-1965) y, finalmente, Venezuela, a cuya Universidad de Carabobo, Valencia, llegaría en agosto de 1965 y en la que alcanzaría amplio reconocimiento profesional. Tras nacionalizarse venezolano, en 2002 recuperó la nacionalidad española (según nota marginal de su inscripción de nacimiento). Falleció en la Valencia venezolana en el año 2006. Para su etapa como ayudante de prácticas en la Central de Madrid, AUCM, P-565,39. Para el resto (ABRIL, 2014: 10-11).

Elena.¹⁶³ Ironías del destino, una de las más acusadas características de la sociedad griega a lo largo de los dos últimos milenios de su historia, la marcha al extranjero de muchos de sus miembros en busca de trabajo y sustento, terminó por hacerse plenamente presente en los Láscaris zaragozanos.

La *xeniteia* lascárida tuvo, a ojos de la familia, unos culpables únicos. Los encausados fueron aquellos que el clan familiar y los defensores de éste bautizaron, con escasa imaginación, como los “contra-Láscaris”, a quienes dedico las próximas líneas. Al hacerlo no retomaré la mención al origen del problema que acabó por desintegrar a la familia (la campaña iniciada por el Vaticano a comienzos de la década de 1950 contra las que Roma denominó falsas órdenes religiosas), ni a la muy nociva polémica que supuso para los Láscaris la traslación de dicha campaña a las páginas de ciertas publicaciones españolas (a periódicos como *ABC* e *Informaciones* y a revistas como *Hidalguía*). Y ello a pesar de que, sobre todo en ésta última, el papel de tales “contra-Láscaris” fuese bien pronunciado. Me limitaré simplemente a hacer una breve referencia a las causas últimas que, según las fuentes próximas a la familia, explican el por qué aquellos quisieron acabar con las legítimas aspiraciones de Eugenio al trono de Grecia.

Teniendo como cara más visible la de quien es ya para nosotros un viejo conocido, José María Palacio, marqués de Villarreal de Álava, el grupo de los “contra-Láscaris” se completaba con Vicente Cadenas, José María de Oriol, Antonio Iturmendi y Gabriel Arias Salgado. Un grupo reducido pero políticamente poderoso en el que, además de relaciones económicas y complejos vínculos ideológicos, existían coincidencias de parentesco (Palacio estaba casado con María Sacramento de Oriol y Urquijo, hija del citado José María) e, incluso, una cierta igualdad etaria.¹⁶⁴ A partir de ahí y siempre según la versión familiar, la semilla de inquina que estos hombres mantuvieron contra Eugenio no habría tenido nada que ver ni con la campaña vaticana, ni con la denuncia de falsedad contra orden caballeresca alguna, ni con las posibles

¹⁶³ Llegados a la ciudad de Sydney, tal vez su marcha a tierras australianas pueda enmarcarse en la tradición familiar. Una lectura que sería plausible si consideramos que hasta mediados de los años sesenta, uno de los destinos preferidos para la *xeniteia* griega fue, precisamente, Australia (CLOGG, 1998: 143). No sería extraño que entre la colonia helena de Sydney pudiera haber antiguos partidarios de Eugenio que facilitarían la llegada a esa ciudad de Alejandro y Elena Láscaris.

¹⁶⁴ Autor prolífico, Palacio (1915-1997) escribió de forma asidua en las páginas de *Hidalguía*, revista que dirigía Vicente Cadenas y Vicent (1915-2005). El sector más poderoso del grupo lo conformaba José María de Oriol Urquijo (1905-1985), marqués de Casa Oriol, empresario y financiero, Antonio Iturmendi (1903-1976), ministro de Justicia entre 1951 y 1965, y Gabriel Arias Salgado (1904-1962), entre 1951 y 1962 ministro de Información y Turismo.

añagazas identitarias practicadas por aquél. De hecho, todas éstas no serían sino excusas con las que los “contra” ocultaron el verdadero motivo de su persecución: la cercanía de Eugenio al tradicionalismo carlista español (recordemos a ese respecto que tanto Eugenio como su primogénito se habían apresurado, en el verano de 1936, a alistarse en las filas de los Tercios de Requetés).¹⁶⁵ Una versión sin duda apasionante en la cual, y en atención a la compleja topografía política que la misma encierra, convendría seguir investigando (en ese conflictivo universo político convivían el tradicionalismo carlista de Eugenio y el del ministro Iturmendi, con el autoritarismo de signo falangista de Arias Salgado y el posicionamiento monárquico de un Oriol que, además de visita habitual de El Pardo, fue desde bien pronto consejero áulico de don Juan de Borbón).

Mas ni siquiera esa presunta campaña de los “contra-Láscaris” logró sofocar las últimas aspiraciones legitimistas de Eugenio, las cuales fueron reanimadas, como no podía ser de otra forma, desde Grecia. Y más concretamente por el conflicto que entre 1955 y 1959 mantuvo esa nación con Turquía a cuenta de la isla de Chipre.¹⁶⁶ Tal y como había sucedido en 1923 y 1924 tras el desastre griego en Asia Menor, o en 1935 tras la asonada provenizelista de Plastiras, de nuevo en 1955, al ingresar la violencia en el conflicto chipriota, Eugenio creyó llegado el momento de propugnarse como solución salvífica. Y con las que posiblemente fueron sus últimas energías, dirigió su voz al

¹⁶⁵ La principal figura del entramado de los “contra-Láscaris” sería, según Teodoro Láscaris, Vicente Cadenas. De creer esa versión, Cadenas habría formado parte de la facción falangista que en los primeros meses de la guerra civil española encabezó Manuel Hedilla. La caída en desgracia en la primavera de 1937 del citado jefe falangista obligó a Cadenas a huir a Italia, desde donde una vez concluido el conflicto civil pudo regresar a nuestro país a cuenta de servir al nuevo régimen franquista como agente infiltrado en el círculo íntimo del pretendiente carlista, Don Carlos VIII. Un círculo Carlostavista en el que se encontraba el propio Eugenio. Y sería precisamente la muerte súbita del pretendiente en la nochebuena barcelonesa de 1953 (se llegó a hablar de su posible envenenamiento y del posterior robo de sus documentos a manos de su secretario particular, que no era otro que Vicente Cadenas) la que dio paso a la campaña contra los miembros del círculo tradicionalista que habían acompañado a Don Carlos, Eugenio incluido. Si finalmente éste se libró de ser apresado por el inquisitorial “integrista nocedaliano” de los “contra”, comandados por Cadenas, fue debido a la “alta categoría y personalidad de mi padre y por su amistad con Don Ramón Serrano Súñer, cuñado de Franco, quien por cierto asistió al entierro de Eugenio II, en Madrid personalmente” (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 16-18, 22-23).

¹⁶⁶ Desde que en 1878 el Imperio de Su Graciosa Majestad ocupó Chipre, buena parte de su población, mayoritariamente de origen griego, defendió la *enosís* con Grecia. La crisis que sirvió de reactivo a la conciencia de Eugenio comenzó con la elección en 1950 del arzobispo Makarios como enarca -jefe espiritual y político- de la comunidad greco-chipriota. Tras alentar Makarios el deseo de unificación con Grecia, el conflicto entró en una deriva violenta a partir de 1955 merced a las actividades de la prohelénica Organización Nacional de Luchadores Chipriotas (EOKA), que bajo dirección del general Georgios Grivas mantuvo en jaque a las fuerzas coloniales británicas asentadas en la isla. La crisis concluyó con los acuerdos de Londres de 1959 por los que Chipre se convirtió en república independiente dentro de la *Commonwealth* británica (1960), lo que venía a suponer el enésimo fiasco de la *Megali Idea* (VEIGA, 1995: 172-173; CLOGG, 1998: 144-148).

mundo.¹⁶⁷ Siguiendo pautas anteriores, Eugenio inició una labor de difusión a través de medios de prensa internacionales verdaderamente sorprendente. Una propaganda que tuvo como destino final medios franceses y, de forma más menguada, italianos e, incluso, latinoamericanos.¹⁶⁸ Internacionalización que vendría a mostrar las dificultades con que Eugenio tropezó a la hora de dar a conocer sus mensajes a través de la prensa española una vez desatada la “polémica *Hidalguía*”. Pero también, y dado que casi todos los medios en los que logró publicar sus reclamos se caracterizaban por ser pequeños periódicos de alcance meramente local, unido a la impresión de uniformidad y repetición que ofrecen los textos en ellos aparecidos, las características de dicha propaganda nos lleva a pensar que sólo mediante el pago de las oportunas cantidades de esos “millares de dólares” de los que hablaba Castro, pudo Eugenio ver cumplidos sus sueños de promoción imperial.

No pudo faltar tampoco la proclama que el pretendiente juzgó oportuno dirigir al pueblo de Chipre. Así lo hizo el 29 de octubre de 1955 con su *Message au Peuple de Chipre*,¹⁶⁹ ampliamente difundido a través de la prensa y en el que hacía un llamamiento

¹⁶⁷ En lo físico, en 1955 Eugenio cumplió sesenta y nueve años, pronto quedaría viudo, con sus dos hijos mayores camino de tierras americanas y físicamente impedido. En lo económico, el esfuerzo que le supuso la campaña de prensa en torno al asunto de Chipre “representaba varias decenas de millares de dólares” (CASTRO, 1989: 38).

¹⁶⁸ La última mención al carácter principesco de Eugenio aparecida en *ABC*, hasta ese momento periódico muy benévolo con la familia, tuvo lugar el 16 de enero de 1955. Pero no era una mención amable; en ella el diario se hacía eco de una aclaración del Instituto de Genealogía y Heráldica por la que se recordaba la condición de los “falsos príncipes bizantinos, señores Láscaris” <<http://hemeroteca.abc.es/>>. Entre los medios franceses que se ocuparon en ese momento de Eugenio puede citarse *Le Valentinois*, que el 8 de octubre de 1955 presentaba a éste como el “troisième homme” capaz de llevar la paz a Chipre; *Troyes*, que el 28 de noviembre de 1956 y bajo el titular «Ramènera-t-il la paix à Chypre», lo postulaba como mediador en las disputas greco-británicas; y aquellos que como *La Gazette de Redon et de la région*, *Le Pays Beaujolais*, *Le Pays Roannais* (el 24 de octubre de 1958), *Le Voix Vauclusienne*, *L'Opinion de Saone-et-Loire* (25 de octubre de 1958) o *Vendée Sablaise* (26 de octubre de 1958), se hicieron eco, en un artículo publicado de manera conjunta, de la posibilidad de que Eugenio accediese al trono de Chipre. Un amplio reportaje gráfico en la revista *Noir et Blanc*, de 8 de septiembre de 1956, se encabezaba con «Un vieux Prince exilé revendique le trône de Chypre où débarquent nos soldats». Se aseguraba en él que el propio Makarios había propuesto el restablecimiento de la monarquía en Chipre bajo la dinastía de los Láscaris, junto a la fotografía de un anciano y delgadísimo Eugenio y las de Teodoro, Sofía y Elena, todos ellos posibles, según la revista, aspirantes al trono. Entre los medios italianos trataron el asunto el *Corriere Cosentino* (30 de marzo de 1956 y 6 de febrero de 1957) y los salernitanos *L'Eco del Popolo* (6 de junio de 1956) e *Il Setaccio* (12 de enero de 1957). Más allá de Europa, la llegada de Constantino y Teodoro Láscaris a tierras americanas prolongó la polémica hasta el cuarto continente. En Venezuela, el caraqueño *El Español* se ocupó de ella el 12 de octubre de 1957 y el 22 de noviembre de 1958. Mientras se producía tamaño efusión informativa lejos de nuestras fronteras, en España las noticias sobre Chipre y los Láscaris lograban colarse en el barcelonés *El Noticiero Universal* (23 de noviembre de 1955 y 4 de enero de 1956) y en el *Diario de la Monarquía* (29 de abril de 1956). ALC. Para los artículos consultados, ver anexos. Una ampliación de referencias en (CASTRO, 1989: 197-201).

¹⁶⁹ Reproducido en (CASTRO, 1989: 101-102). A este *Message* le siguió una *Carta abierta al muy honorable Primer Ministro de su Majestad Británica*, publicada por el *Corriere Cosentino* el 30 de marzo de 1956. En ella Eugenio mostraba sus quejas por la intervención británica en Chipre y por la campaña desatada por Gran Bretaña en contra de las pretensiones dinásticas de los Láscaris. Vertida al italiano con el título de *Lettera aperta al Molto Onorevole il Primo Ministro di Sua Maestà Britannica-Londra*, la reeditaría *Il Setaccio* (12 de enero de 1957) y, de nuevo, el *Corriere Cosentino* (6 de febrero de 1957).

explícito a la independencia de la isla (y no a su unión con Grecia, como postulaban por aquel entonces tanto el arzobispo Makarios como el general Grivas, líder de la EOKA). Era esta una tercera vía en la que Eugenio siempre se había sentido cómodo, tal y como ejemplificaban sus anteriores postulaciones en calidad de *troisieme homme* capaz de llevar a Grecia, groseramente enfrentada a la dicotomía Glucksburgos-república, hacia el límpido horizonte que la Gran Causa nacional bajo patrocinio lascárida prometía. Para alcanzar tal fin, el *Message* de octubre del 55 recordaba que Chipre había formado parte del patrimonio de la Casa de Láscaris, que Eugenio era “nieta del Príncipe Porfyrogénito Andrónicos Theodoros Láscaris Comneno, héroe de la Guerra de la Independencia Helénica de 1821” y que había sido reconocido en 1935 como representante de la “legitimidad monárquica helena”. Y concluía con un llamamiento a la restauración del ideal bizantino en forma de un “¡Viva la Gran Idea que ni ha muerto ni se ha olvidado!”. Tal vez sin pretenderlo y ni tan siquiera ser consciente de ello, Eugenio hizo de este texto, además de su testamento político y aún vital, un perfecto corolario de todo aquello por lo que había vivido. Desgraciadamente para él, tampoco esta vez el mundo le escuchó.¹⁷⁰ La restauración del Imperio Bizantino debería esperar.

ALC. Un modelo de la misma, en español y fechado a 9 de noviembre de 1956, en (CASTRO, 1989: 102-104).

¹⁷⁰ Mas el fallecimiento de Eugenio, acaecido en Madrid el 1 de junio de 1962, sí logró repercusión intercontinental. En Europa lo reflejaron periódicos como los franceses *Lyon-Information* o *Independance* (este último y con fecha de 15 de agosto titulaba: «L'Hellénisme en deuil: Son Altesse Impériale et Régent le Prince Flavius Eugène II Láscaris Comnène»). Y en América se recordó, seguramente merced a los cuidados de su hijo Teodoro, residente por entonces en Colombia, en el *Diario de Boyacá* (26 de julio de 1962).

CONCLUSIONES

La primera y más evidente conclusión que se desprende de lo hasta aquí expuesto es que no nos hallamos ante una biografía de Eugenio Láscaris con pretensiones de totalidad, sino ante una semblanza, una aproximación al personaje que espero pueda servir de prólogo a futuras investigaciones en torno a él. Más allá de lo que he podido desvelar, falta mucho por saber de Eugenio. Desconocemos casi todo de su niñez y primera juventud, de sus años universitarios, de los procesos judiciales en los que intervino en calidad de procurador primero y abogado después, de quiénes fueron y qué papel desempeñaron en su vida las personas con las que entabló relación tras su partida de Zaragoza, de sus actividades como juez militar en San Sebastián y Barcelona o, por no extenderme de manera innecesaria, de la naturaleza de sus relaciones con el tradicionalismo carlista una vez concluida nuestra guerra civil. Y a esas carencias en torno al Eugenio hispano habría que sumar las existentes en torno al Eugenio heleno, del que sería preciso exhumar sus vínculos con determinadas personalidades griegas, concretar sus contactos con las comunidades de la diáspora, validar su presencia en los archivos de un Venizelos o un Plastiras, en la documentación diplomática griega o en las actas de la Asamblea Nacional de Atenas. O, simplemente, desvelar si algún recuerdo suyo todavía perdura en aquel país. En cualquier caso, estas y otras fallas no hacen sino confirmar que, si ninguna vida cabe en un papel, la de Eugenio no es una excepción. Como he repetido en varias ocasiones a lo largo del presente trabajo, el Eugenio *definitivo* deberá aguardar.

A partir de la anterior limitación y teniendo como instrumento de trabajo el utillaje propio de la biografía histórica, es preciso recordar que mi intención ha sido situar el foco de atención en el relato de una vida de la que confío haber desvelado su trascendencia histórica. Más allá de la inexistencia de personajes ajenos a la historia (de existir tal vez interesarían a los psicólogos, nunca a los historiadores), creo poder afirmar que Eugenio Láscaris-Comneno porta consigo un significativo histórico y cultural que informa de la convulsa época en la que vivió. Sus actuaciones, desde que en 1906 decidiera tomar el testigo legitimista que según él su padre le legó, hasta que medio siglo después remitiera una carta reclamando el trono de Chipre al *premier* británico Anthony Eden, se acompañaron bien con relevantes acontecimientos históricos. Pero tal afirmación, de parte de quien desde un primer momento ha aceptado la premisa de que Eugenio fue un ser eminentemente histórico, no posee en sí misma un

gran valor. La cuestión es, por tanto, otra. ¿Podemos ir más allá y ver en Eugenio una plataforma desde la que lanzar preguntas al pasado? Y de ser así ¿qué tipo de preguntas permite hacer en relación a su contexto histórico, qué nos descubre del mismo, qué ejemplifica, qué nos recuerda?.

Efectivamente, Eugenio es susceptible de interpretarse como pregunta histórica (me atrevería a decir, si la expresión no pecase de excesiva, que puede incluso vérselo como problema historiográfico). Es más, su validez histórica, y con ella la de este trabajo, radica en que eso sea posible, pues de lo contrario deberíamos resignarnos con tener en nuestras manos una biografía centrada en lo narrativo, tal vez con algún atisbo de análisis, una cierta pretensión de puntillismo y un mínimo rigor académico, pero cerrada a una más amplia y profunda valía historiográfica. Una validez histórica la de Eugenio que parte, curiosamente, de una de las grandes objeciones a las que su figura se ha enfrentado: su interpretación en calidad de falsario. Es este un asunto grave para el que no dispongo de contestación definitiva, pues si bien es cierto que nada de lo aquí visto demuestra la ascendencia helena de aquél, tampoco puede invalidarse totalmente la posibilidad de que, tal y como él aseguró, hubiese sido su padre Manuel quien le transmitió un ideal familiar con el que Eugenio se vio impelido a comprometer su futuro. Creo sin embargo que lo más relevante no es saber si Manuel gustó de decorar su hogar con antigüedades bizantinas, si Eugenio adquirió en almoneda los recuerdos griegos que poblaron su vida o si el príncipe Andrónicos Theodoros Láscaris Comneno, aquél lejano héroe de la independencia helena, fue efectivamente padre del primero y abuelo del segundo. Pues aunque Eugenio hubiese sido un impostor, aunque la legitimidad dinástica de que se revistió hubiese sido la mera invención de un iluso o el sueño de un iluminado, nada de ello cambiaría el hecho cierto de que sus reclamos hallaron un profundo eco en distintos espacios, tiempos y actores históricos. Y si el discurso de Eugenio caló se debió precisamente a que era un discurso histórico. Y lo era no por estar basado en los Láscaris imperiales y bizantinos del siglo XIII, sino porque el ideal neobizantinista, imperial y lascárida que él continuó o construyó, fue útil a una serie de grupos e intereses sociales concretos y respondió a realidades sociales que en pleno siglo XX hallaron en dicho ideal su guía. Ello es lo que otorga a Eugenio Láscaris su calidad de personaje histórico y, por extensión, su capacidad de transmutarse en espacio desde el que plantear cuestiones igualmente históricas. Veamos a continuación algunas de ellas.

Eugenio Láscaris encarnó muchas de las complejidades y contradicciones de la Europa de entreguerras. De los distintos caminos con los que a izquierda y derecha las sociedades europeas del momento se toparon, la opción de Eugenio se inscribe en una de las variables que ofreció la vieja derecha política. La senda que aquél tomó, ajeno a cualquier desliz izquierdista o aun liberal, no fue la del nuevo, revolucionario y violento movimiento fascista, ni la de una derecha de raigambre liberal respetuosa con unas instituciones parlamentarias y un marco constitucional capaz de ofertar un mínimo de calidad democrática a sus ciudadanos. Frente a estas posibilidades, Eugenio optó por un tradicionalismo monárquico capaz de asumir tanto las tensiones provocadas por los nuevos y pujantes discursos del fascismo, como y sobre todo las ínfulas autoritarias de sistemas políticos como el Régimen del 4 de Agosto de Metaxas o el Nuevo Estado Español pergeñado por Franco. Un tradicionalismo que el mismo Eugenio definió en diversas ocasiones como “bien entendido”, es decir, remozado según normas modernas y capaz de encajar con la defensa del discurso político nacional-organicista que por aquél entonces imperaba en buena parte de Europa. En ese sentido, la respuesta que el 18 de julio de 1936 halló en Eugenio es bien significativa: acompañó gustoso a lo que aquél representaba sin renunciar al tradicionalismo monárquico que en su persona residía (más tarde, mediada la década de los cuarenta, retomaría su compromiso con lo más granado de dicho tradicionalismo, el Carlostavismo arremolinado en torno al pretendiente Carlos VIII). Su figura ejemplifica así uno de los carriles de salida que tomó la vieja derecha política española y europea ante las tensiones del periodo de entreguerras (un tradicionalismo remozado que asumió, de mejor o peor grado, a los nuevos autoritarismos). Pero también la rocosa pervivencia de discursos heredados del siglo XIX que pese a navegar a desmano de las principales corrientes políticas surgidas de la quiebra provocada por la Gran Guerra, se resistían a desaparecer (es el caso de las cada vez más delgadas ramificaciones del legitimismo dinástico presentes en países como Portugal, Francia y, por supuesto, España).

Ligado al punto anterior, Eugenio nos recuerda la facilidad con la que buena parte de las testas coronadas de Europa (salvando las de su cuadrante noroccidental, asentadas en sociedades bien preparadas para ofrecer una respuesta democrática a los

desafíos del nuevo tiempo político), cayeron en manos o acogieron en su seno a los recién surgidos políticos de la derecha autoritaria. Es cierto, se dirá, que nuestro hombre jamás reinó. Sin embargo y por lo que de su trayectoria vital sabemos, es innegable que éste no fue inmune, en su calidad de aspirante al trono de Grecia, a los cantos de sirena lanzados por levantiscos militares de muy distinto cuño, pues acogió tanto las intenciones dictatoriales del consumado conspirador y declarado republicano que fue Plastiras, como las del monárquico Metaxas. Dado al descrédito de la clase política helena, tal y como sus manifiestos políticos delatan (salvado un Eleferios Venizelos por el que mantuvo una alta estima), no cabe duda de que Eugenio hubiese visto con buenos ojos la aparición de un “hombre fuerte” salvador de Grecia siempre que los reclamos imperiales de aquél hubiesen sido escuchados (lo que no ocurrió con Metaxas). Si una prueba del contagio dictatorial y militarista que sufrieron los soberanos europeos es la convivencia que durante años mantuvieron reyes como Víctor Manuel III, Alfonso XIII, Carol II o el propio Jorge II, con hombres como Mussolini, Primo de Rivera, Codreanu o Metaxas, en el caso de Eugenio tal inoculación se ejemplifica en las cordiales relaciones que éste entabló con nuestro caudillo particular, Francisco Franco.

Eugenio muestra así como ante la presión que los problemas de la modernidad ejercieron en buena parte de las derechas europeas y en casi todas las monarquías del citado continente, la opción autoritaria resultó una salida relativamente sencilla y cómoda, aunque con un elevado coste futuro, que conservadores y monarcas terminaron en muchas ocasiones por tomar. Militarismo y violencia política de signo derechista conforman el tapiz sobre el que Eugenio Láscaris debe situarse.

Entender la anterior propuesta de lectura sobre Eugenio Láscaris parte del recordatorio de aquellas de sus principales ideas políticas susceptibles de engarzar de manera armónica con las realidades políticas del periodo de entreguerras. En ese sentido y estando dispuesto a asumir un trono, era natural que aquél tuviese unas ideas claras sobre cómo debía ser el gobierno de una nación. Dejando al margen su opción preferencial por el legitimismo dinástico que él mismo representaba, dos fueron los principios básicos de su pensamiento político: la superación de los partidos políticos como mecanismos de articulación y representación del sentir ciudadano y, directamente derivado de ello, la inclusión de la idea de comunidad nacional como elemento vertebrador y uniformador del cuerpo social. Una comunidad sublimada en un Estado

caracterizado como órgano rector fuerte en el que debían tener presencia y representación todos los sectores con capacidad de ayudar a conformar el ser orgánico nacional, alejados del mismo los intereses de partido. Unos intereses que según numerosas declaraciones de prensa y proclamas públicas reflejaron, Eugenio calificó repetidamente de espurios, causantes del declive político, social y moral de la Grecia más reciente. Como adecuada contrarréplica, convocó en torno a sí a los distintos colectivos productores de la nación (hombres del trabajo, empresarios criadores de riqueza, profesionales, hombres de ciencia...), capaces tan sólo ellos de forjar el ideal que la nueva Grecia merecía. Negación del sistema político basado en la representación partidista, afirmación de la tradición nacional como primer bien político e inquebrantable fe en la institución monárquica: he aquí la quintaesencia del ideario político de Eugenio Láscaris. Un ideario que resultó así una extraña mezcla entre monarquía paternalista, autoritarismo limitado, viejas y nuevas ideas de la derecha política y corporativismo social, más cercano siempre a las soluciones del pasado que a las del futuro, al viejo conservadurismo de orden que al nuevo y brillante amanecer que el fascismo se esforzaba en anunciar.

Buen conocedor por su quehacer profesional del mundo del Derecho, Eugenio fue un hombre eminentemente práctico que pugnó siempre por encontrar un camino intermedio entre posiciones opuestas, gustando de presentarse como la tercera vía capaz de desatascar situaciones en apariencia irresolublemente enquistadas. Así y ante alguno de los grandes retos que Grecia enfrentó en el primer tercio del pasado siglo, Eugenio se postuló como solución de compromiso. La primera vez que ello sucedió fue a razón de los enfrentamientos desatados entre monárquicos glucksburguistas como el general Metaxas y los populistas de Tsaldaris, y republicanos como los generales Pángalos y Plastiras apoyados por partidos como la Unión Democrática. En esa situación y ya desde la I Guerra Mundial, Eugenio se situó, siempre como pretendiente de la Casa de Láscaris, a favor del modelo de monarquía moderada que Venizelos y su Partido Liberal proponían. El continuado apoyo de Eugenio a Venizelos se mantuvo incluso cuando éste fracasó: así sucedió en abril de 1924 con la proclamación de una república griega a la que ambos eran contrarios (Venizelos por su disposición a mantener en pie, tras la catástrofe de Asia Menor, una monarquía constitucional y liberal; Eugenio por lo que

ello tenía de alejamiento a su pretensión al trono heleno). Fracaso que inauguró un nuevo orden político que conllevó el exilio voluntario del líder liberal y el temporal retraimiento público del aspirante lascárida. También mantuvo su fidelidad a Venizelos cuando éste apoyó la insurrección defensiva de Plastiras de marzo del 35 y, por supuesto, ante el golpe militar protagonizado en octubre de ese mismo año por el general Kondylis, muñidor de la restauración Glucksburgo.

Un segundo espacio en el que Eugenio se presentó como posible cauce de aliviadero político fue a través de su postulación como justo medio entre las posiciones de mayor o menor sinceridad democrática que representaban políticos como los citados Venizelos y Tsaldaris, y las claramente autoritarias de generales como Kondylis, Metaxas o el Plastiras de 1935. En ese panorama político de extremos irreconciliables, muy propio de la Europa del momento, Eugenio surgió como opción en busca de una extraña monarquía pseudo-democrática y corporativa, una construcción política que intentó vivificar con alguno de los distintos nutrientes ideológicos que por aquellos instantes circulaban por el continente.

Hubo todavía una tercera ocasión para la presencia de un Eugenio mediador. Sucedió en 1955, cuando con motivo de la crisis chipriota se postuló como el *troisieme homme* capaz de llevar la paz a la isla. Entre la posible *enosis* de Chipre a Grecia, defendida por figuras como el arzobispo Makarios o el general Grivas, y el reconocimiento formal de la independencia del país y su inmediato ingreso en la *Commonwealth*, defendido por Gran Bretaña, Eugenio apareció ante el mundo como posible dueño del trono de un Chipre por completo independiente y libre de injerencias foráneas. Entre *enosis* y *Commonwealth*, un Chipre lascárida.

Huelga decir que ni ésta ni las anteriores iniciativas de Eugenio gozaron nunca del favor de la historia. Pero ello, antes que un demérito de éste, debe entenderse como un punto a su favor, pues muestra con claridad una de las características personales a mi entender más sobresalientes del mismo: su perseverancia y capacidad para redefinir un proyecto político y una identidad social según lo que las circunstancias del momento exigían sin por ello traicionar nunca su norte último, la defensa del legitimismo de la Casa de Láscaris y el ideal bizantino. Desde que Eugenio descubriera la pulsión irredentista que subyacía a la *Megali Idea* y la virtual capacidad de ésta como

aglutinante social, y pese a ciertos cambios cosméticos obligados por la más cruda realidad política, se mantuvo fiel a aquella. A su entender, sólo la Gran Causa legitimista que él representaba, fusionada con la Gran Causa nacional griega, salvaría a Grecia del descrédito partidista y de la opresión extranjera que el disfraz Glucksburgo escondía.

Dos notas para concluir. Primera. En el contexto de una Europa y una Grecia altamente inseguras e inestables acosadas por múltiples presiones de todo tipo, Eugenio representó un mundo seguro y estable basado en un ideal monárquico, imperial y bizantino. Esa oferta de estabilidad en un mundo que parecía desmoronarse de manera irremisible fue un valor clave en Eugenio Láscaris y explica buena parte de la relevancia histórica que éste logró alcanzar. Eugenio fue una respuesta, desfasada y equivocada sin duda, pero plenamente coherente y segura de sí misma, a la crisis de una sociedad al borde del colapso. Confiado en su ascendencia imperial y edificado en torno a ella, se vio como la brújula segura a la que Grecia podía fiar su derrotero. Eugenio creyó siempre en su proyecto y en la capacidad salvífica que éste tenía para los que entendía como sus verdaderos compatriotas, a los que ofreció un viejo refugio que, sin embargo, era a todas luces incapaz de protegerles de los nuevos vientos.

Segunda. Acaba aquí el esbozo biográfico de un ser heterodoxo que confío haya servido para afianzar la idea de que los personajes quebrados por la historia y, en función de ello, apartados de su gran relato, son también importantes para una más completa comprensión de aquella. El estudio de Eugenio Láscaris-Comneno muestra la relevancia que pueden llegar a tener para el historiador personajes que no lograron, o no lo hicieron por completo, sus objetivos, y que por ello corren el riesgo de ser etiquetados como perdedores y quedar arrinconados en los anaqueles de la historia. Si una de las labores del historiador es evitar el olvido, espero con este trabajo haber contribuido en algo a ello.

FUENTES DOCUMENTALES

Fuentes primarias

Archivos

Archivo de la Universidad Complutense de Madrid (AUCM).

Archivo del Colegio de Abogados de Madrid (ACAM).

Archivo del Juzgado Togado Militar Territorial nº 32 de Zaragoza (AJTMTZ).

Archivo General de la Administración. Ministerio de Asuntos Exteriores (AGA. MAE).

82/3.122. Carpeta R-841/5. Formación de nuevo gobierno en Grecia.

82/3.122. Carpeta R-841/6. Movimiento revolucionario en Grecia.

82/3.122. Carpeta R-841/7. Información política nacional de Grecia.

Archivo Histórico del Colegio de Procuradores de Zaragoza (AHCPZ).

Archivo Histórico Nacional. Ministerio de Asuntos Exteriores (AHN. MAE).

H-1605.B (Embajadas, Legaciones) Grecia (1917-1923).

H-1606.B (Embajadas, Legaciones) Grecia. Notas (1924-1931 y 1881-1928).

H-3452.C (Casas Reales Extranjeras. Etiquetas, honores, títulos) Grecia. 1 (s.f.).

Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPHU).

Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ).

Archivo Láscaris-Comneno (ALC).

Archivo Municipal de Zaragoza. Hemeroteca Municipal (AMZ. HM).

Rollo 417. *El Noticiero*.

Rollo 576. *Heraldo de Aragón*.

Rollo 1.110. *Diario de Avisos de Zaragoza*.

Rollo 1.994. *El Lunes*.

Archivo Orencio Ortega Frisón (AEOF).

Archivo Parroquial de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza (APNSPZ).

Biblioteca Nacional.

Registro Civil de Zaragoza.

Prensa escrita

ABC, Madrid / Sevilla.

Alerta, Santander.

Boletín de campaña de los Requetés, [s. l.].

Correspondencia de España, La, Madrid.

Corriere Cosentino, Cosenza (Italia).

Día, El, Alicante.

Día de Palencia, El, Palencia.

Diario de Boyacá, Tunja (Colombia).

Diario de Córdoba, Córdoba.

Diario de la Monarquía, Madrid.

Diario de Navarra, Pamplona.

Diario Palentino, El, Palencia.

Español, El, Caracas (Venezuela).

Europe Amérique Latine, París (Francia).

Fotos, Madrid.

Gazette de Redon et de la region, La, Redon (Francia).

Gracia y Justicia, Madrid.

Heraldo de Aragón, Zaragoza.

Independance, París (Francia).

L'Eco del Popolo, Salerno (Italia).

L'Opinion de Saone-et-Loire, La Clavette (Francia).

Lyon-Information, Lyon (Francia).

Madrid, Madrid.

Monarquía, La, Madrid / Madrid-Barcelona.

Noir et Blanc, París (Francia).

Noticiero, El, Zaragoza.

Noticiero Universal, El, Barcelona.

Oriente cristiano, Madrid.

Pays Beaujolais, Le, Villefranche-en-Beaujolais (Francia).

Pays Roannais, Le, Roanne (Francia).

Progrés, Le, Salónica (Grecia).

Setaccio, Il, Salerno (Italia).

Supplement, Le, Atenas (Grecia).

Troyes, Troyes (Francia).

Universal, El, Caracas (Venezuela).

Valentinois, Le, Valance-sur-Rhone (Francia).

Vendée Sablaise, Nantes (Francia).

Voix Vauclusienne, Le, Montelimar (Francia).

Voz de España, La, San Sebastián.

Ya, Madrid.

Fuentes secundarias

Bibliografía y recursos electrónicos

ABRIL, Gilberto, «Precisiones sobre la Orden caballerescas de Constantino el Grande y la familia Láscaris-Comneno», en Eugenio Láscaris-Comneno Torres, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014, pp. 7-14.

ASCHMANN, Birgit, «La razón del sentimiento. Modernidad, emociones e historia contemporánea», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), pp. 57-71.

BARREIRO, Javier, *Diccionario de Autores Aragoneses Contemporáneos: 1885-2005*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 2010.

BARRUSO, Pedro, «De los Tribunales Populares a las Comisiones Depuradoras. Violencia y represión en Guipúzcoa durante la Guerra Civil y el Primer Franquismo (1936-1945)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4 (2005), pp. 49-64.

—, «José Antonio Aguirre y la justicia franquista», *Sancho el Sabio*, 18 (2003), pp. 175-206.

BONAMUSA, Francesc, *Pueblos y naciones en los Balcanes (siglos XIX y XX). Entre la media luna y la estrella roja*, Madrid, Síntesis, 1998.

BOURDIEU, Pierre, «L'illusion biographique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62-63 (junio 1986), pp. 69-72.

BURDIEL, Isabel, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», *Ayer*, 93 (2014), pp. 47-83.

—, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 17-47.

— y PÉREZ LEDESMA, Manuel, «Presentación», en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 11-15.

CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2011.

CASTELLAN, Georges, *Histoire des Balkans (XIVe.-XXe. siècle)*, [s. l.], Fayard, 1991.

CASTRO, Norberto de, *Eugenio II, un príncipe de Byzancio*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1989.

CASTRO CAMPANO, Diego, «Los *sumarísimos* de la Guerra Civil: el archivo del Tribunal Militar Territorial Primero», *Sistema Archivístico de la Defensa. Boletín informativo*, 18 (2010), pp. 3-25.

CLOGG, Richard, *Historia de Grecia*, Madrid, Cambridge University Press, 1998 [ed. orig. en inglés 1992].

COOK, Chris y STEVENSON, John, *Guía de historia contemporánea de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994 [ed. orig. en inglés 1992].

CUESTA, Josefina, «Memoria e historia. Un estado de la cuestión», *Ayer*, 32 (1998), pp. 203-246.

DAVIES, Natalie Zemon, *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1984 [ed. orig. en inglés 1983].

DEFEZ, Antoni, «Memoria, identidad y nación», en Ángel Manuel Faerna y Mercedes Torrevejano (eds.), *Individuo, identidad e historia*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 287-300.

DÍEZ, Carmen, «“El Goya”, un instituto con mucha Historia...Natural», <<http://www.mecd.gob.es/revista-cee/pdf/n12-diez-sanchez.pdf>> [Fecha de consulta: 1 de agosto de 2015].

DOVAL, Gregorio, *Fraudes, engaños y timos de la historia*, Madrid, Ediciones Nowtilus, 2011.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Tomo 2. La sociedad*, Zaragoza, Ibercaja, 1996.

— *Ulises en el siglo XX. Crisis y modernización en Grecia, 1900-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1995.

FORCADELL, Carlos, *Historia de Zaragoza. Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908)*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1997.

GARCÍA-ORELLÁN, Rosa, «De la oralidad a la intención biográfica», en Miren LLona (coord. y ed.), *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2012, pp. 61-91.

GIL, Jerónimo, «Sendero luminoso humanístico de la Dinastía Láscaris-Comneno», en Eugenio Láscaris-Comneno Torres, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014, pp. 29-47.

HEREDIA, Iván, «La sublevación militar», en José Luis Ledesma (intr.), *La Guerra Civil en Aragón. El estallido de la guerra. La sublevación militar y la llegada de las milicias*, Zaragoza, Prensa Diaria Aragonesa, 2006, pp. 14-53.

HOBBSAWM, Eric, «Introducción», en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 7-21 [ed. orig. en inglés 1983].

—, «El historiador entre la búsqueda de lo universal y la búsqueda de la identidad», *Historia Social*, 25 (1996), pp. 81-90 [ed. orig. en inglés 1994].

INSTITUTO de Filosofía Luis Vives (CSIC), «Constantino Láscaris-Comneno Micolaw. 1923-1979», <<http://www.filosofia.org/ave/001/a441.htm>> [Fecha de consulta: 22 de diciembre de 2014].

INSTITUTO Internacional de Genealogía y Heráldica, «Informe sobre la polémica en relación a los señores de Láscaris», *Hidalguía*, 6 (julio-septiembre 1954), pp. 441-448.

KOLIOPOULOS, John S. y VEREMIS, Thanos M., *Greece. The Modern Sequel. From 1821 to the Present*, 2ª ed. corr., London, Hurst & Company, 2004 [1ª ed. 2002].

LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, «Caliniki: Evocación histórica», *Oriente europeo*, VI, 21 (marzo 1956), pp. 39-46.

—, «La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada contienda mundial», *Saitabi*, IV, 22 (octubre-diciembre 1946), pp. 281-284, <<http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/26414/281-284.pdf?sequence=1&isAllowed=y>> [Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015].

—, *Caligrafía griega y bizantina*, Madrid, [el autor], 1943.

LÁSCARIS-COMNENO, Juan Arcadio, *La Orden Bizantina de San Eugenio de Trebizonda*, [Madrid], Casa Imperial y Real de Láscaris Comneno, 1990.

—, «Presentación», en Norberto de Castro y Tosi, *Eugenio II, un príncipe de Bizancio*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1989, pp. 4-15.

LÁSCARIS-COMNENO, Teodoro, «Precisiones a la publicación de Enrique Balmes Arteaga “Las órdenes de caballería en el Nuevo Reino de Granada y en la época actual”», en Eugenio Láscaris-Comneno Torres, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014, pp. 15-28.

—, «La familia imperial Láscaris desde el siglo XVIII hasta principios del XX», *Hidalguía*, 4 (enero-marzo 1954), pp. 97-101.

LÁSCARIS-COMNENO TORRES, Eugenio, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014.

LLINARES, Joan B., «Literatura e identidad en el joven Robert Musil», en Ángel Manuel Faerna y Mercedes Torreveiano (eds.), *Individuo, identidad e historia*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 225-243.

LÓPEZ, Brisa y REYES, Verónica, «Desarrollo por edades desde la postura histórico-cultural de L. S. Vigotsky»,

<http://www.upn291.edu.mx/revista_electronica/BrisaDesarrolloperiodades.pdf> [Fecha de consulta: 4 de agosto de 2015].

LORIGA, Sabina, *Le Petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Éditions du Seuil, 2010.

LUEBBERT, Gregory M., *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997 [ed. orig. en inglés 1991].

MAINER, Juan, «El Instituto Ramón y Cajal de Huesca entre 1845 y 1970: de la construcción de elites a la escolarización de masas», <http://www.nebraskaria.es/Nebraskaria/Trabajos_y_publicaciones_files/INSTITUTO%20RAMO%CC%81N%20Y%20CAJAL,%202009.pdf> [Fecha de consulta: 1 de agosto de 2015].

MAZOWER, Mark, *Salonica. City of Ghost. Christians, Muslims and Jews 1430-1950*, London, Harper Perennial, 2005.

—, *La Europa negra*, Barcelona, Ediciones B, 2001 [ed. orig. en inglés 1998].

MEZA, Alfredo, «El príncipe que lucha contra el olvido», en Eugenio Láscaris-Comneno Torres, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014, pp. 63-67.

MORENO FRAGINALS, Manuel, *Cuba/España, España/Cuba: historia común*, Barcelona, Crítica, 1995.

PALACIO, José María, «Las falsas Órdenes de Caballería. Reflexiones en torno a un Porfirogénito y Emperador de Byzancio de... vía estrecha, Gran Maestre de la “Soberana Orden Imperial de Constantino el Grande y de la Corona Real Eslava de los Wendos” (El curioso caso del doctor Lascorz)», *Hidalguía*, 4 (enero-marzo 1954), pp. 73-97.

— b, «Las falsas Órdenes de Caballería. La crisis de una familia imperial», *Hidalguía*, 5, (abril-junio 1954), pp. 261-276.

PLUMMER, Ken, *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, Madrid, Siglo XXI, 1989 [ed. orig. en inglés 1983].

ROCA, Jordi y MARTÍNEZ, Lidia, «Mi vida, tu vida, la nuestra. Determinantes y configuración de la estructura narrativa de los relatos del vida», en Miren LLona (coord. y ed.), *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2012, pp. 93-130.

SANCHO, Carlos, *Guía del Archivo Histórico del Colegio de Procuradores de Zaragoza*, Zaragoza, Colegio de Procuradores de Zaragoza, 2006.

SIMAL, Juan Luis, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2012.

TUCHMAN, Barbara W., «La biografía como prisma de la historia», en *Cómo se escribe la historia. Las claves para entender la historia y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 2009, pp. 99-110 [ed. orig. en inglés 1981].

VARGAS LLOSA, Mario, «Espantoso y genial», <http://elpais.com/diario/2005/05/15/opinion/1116108006_850215.html> [Fecha de consulta: 31 de julio de 2015].

VEIGA, Francisco, *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo*, Barcelona, Grijalbo, 1995.

VINEN, Richard, *Europa en fragmentos. Historia del viejo continente en el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002 [ed. orig. en inglés 2000].

Portales digitales

<<http://hemeroteca.abc.es/>> Hemeroteca del periódico ABC.

<<http://hemerotecadigital.bne.es/>> Hemeroteca de Biblioteca Nacional.

<<http://prensahistorica.mcu.es/>> Hemeroteca del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

ANEXOS

Índice

1. Acta de bautismo de Eugenio Lascorz Labastida, 28 de marzo de 1886 (p. 119).
Archivo Parroquial de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza (APNSPZ), *Libro de bautizados*, 19 (1883-1887), p. 338.

2. *Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno*, marzo de 1924 (p. 120).
CASTRO, Norberto de, *Eugenio II, un príncipe de Byzancio*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1989, pp. 88-89.

3. Informe del embajador español en Atenas sobre Eugenio Láscaris, 27 de febrero de 1934 (p. 122).
Archivo General de la Administración. Ministerio de Asuntos Exteriores. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7.

4. Acta de reconocimiento del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno como REY LEGÍTIMO DE LOS HELENOS por el Partido Venizelista, septiembre de 1935 (p. 124).
CASTRO, *op. cit.*, pp. 95-96.

5. Cartas dirigidas a Eugenio Láscaris por la agencia de prensa *Elysées Press*, 7 de diciembre de 1935, y la revista *Eva/ARO*, 8 de enero de 1936 (p. 126).
Archivo Láscaris Comneno (ALC).

6. Selección de noticias de prensa dedicadas a Eugenio Láscaris (p. 127).
Fuentes diversas (consultadas en papel, microfilm, pdf o páginas web).

7. Bibliografía de Eugenio Láscaris (p. 133).
A partir de CASTRO, *op. cit.*, pp. 51-52.

ANEXO 1

Acta de bautismo de Eugenio Lascorz Labastida, 28 de marzo de 1886

“En la ciudad de Zaragoza y parroquial del Santo Templo Metropolitano de Nuestra Señora del Pilar el día veinte y ocho de Marzo de mil ochocientos ochenta y seis, el Presbítero don Justo Aznar, completamente autorizado por mí, el Licenciado don Eduardo de la Peña, Cura Ecónomo de la misma, bautizó solemnemente a Eugenio, que nació a las nueve y cuarto de la noche del día veinte y seis de los citados mes y año, en esta parroquia, calle de la Manifestación número setenta y seis, hijo legítimo de Manuel Lascorz y Serveto, natural de Plan, provincia de Huesca, y de Carmen Labastida y Pascual, natural de Huesca. Abuelos paternos Victorian y Raimunda, naturales de Plan; maternos Manuel y Ramona, natural de Alfaro, Logroño, y aquél de Siétamo, Huesca. Fue su madrina María del Pilar Labastida, natural de Estella, a la que advirtió el parentesco espiritual contraído y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana en defecto de sus padres. De todo lo que certifico y firmo. Eduardo de la Peña.

Al margen izquierdo, Eugenio Lascorz y Labastida”.

ANEXO 2

Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno, marzo de 1924

En el encabezamiento, armas de Grecia y fotografía de S.A.I. el Príncipe Eugenio Láscaris (de 34 años) y de S.A.I. el Príncipe Teodoro Láscaris (de 3 años). Original en griego y en francés.

“¡HELENOS!

En el momento crítico en que la ambición de los partidos pone a la Patria en peligro y la empuja al abismo, es a sus hijos a quienes importa resolver el problema nacional.

Hasta hoy día ninguna solución se ha encontrado y nuestro país espera con impaciencia la calma y la seguridad. Hijos de la Gran Hélade, atentos al futuro, después de haber procedido con la mayor imparcialidad, os proponemos hoy la restauración de la gran monarquía helénica, digna descendiente del antiguo Imperio de Bizancio y representante de nuestra raza.

¡Echemos lejos de nosotros las familias extranjeras que han aportado con ellas la ruina de la Patria!

Nuestro grande, nuestro sólo deseo es restablecer el orden y poner fin a las discordias interiores. Por ello debemos hacer subir sobre el trono al que es griego por su raza, por su religión, por su talento, por su ideal.

Grecia es una gran deudora de la gran casa imperial de los Láscaris que, como todos saben, fue despojada inicualemente de la púrpura real. Esta casa existió siempre. S.A. el príncipe Eugenio Láscaris, descendiente de sus ilustres antepasados, los soberanos de nuestros padres, reside actualmente, expulsado de su país, en Zaragoza (España).

Sufre al ver a su pueblo en querrela y desea un esplendoroso futuro para la Patria. Sus estudios jurídicos, sociales y políticos –es doctor en Derecho–, su nobleza de alma, su juventud, la presencia de sus dos hijos, Teodoro y Constantino-Juan, le aseguran una digna sucesión, todo lo cual hace un conjunto imponente de esperanzas para nuestro país.

Sabéis que un plebiscito próximo va a decidir la suerte de la Patria. También os insistimos afectuosamente y os proponemos que escojáis unánimemente a aquel que personifica la gloria nacional, que vuestros sufragios unánimes sean para el que continuará la obra de sus antepasados, sobre el representante de la dinastía legítima cuyos derechos jamás han prescrito, sobre el que no dudará en dar su vida por la Patria, sobre S.A. el príncipe Eugenio Láscaris.

Así haremos, nosotros estamos seguros, todos los hermanos helenos.

Viva S.M. Eugenio I, Rey Legítimo de los helenos.

Marzo, 1924.

LA COMISIÓN.

Por los helenos de Constantinopla: Ch. Triantaphilides.

Por los helenos de Bélgica: T. Giannopoulos.

Por los helenos de Francia: A. Dramas.

Por los helenos de España: M. Michopoulos.

Por los helenos de Italia: I. Sakellarides.

Por los helenos de Egipto: G. Alexandropoulos”.

ANEXO 3

Informe del embajador español en Atenas, 27 de febrero de 1934

El informe se acompañó de tres fotografías tomadas por Ediciones Ángel Jalón (Zaragoza), con reverso escrito francés. La primera presenta el busto de Eugenio, de perfil y, en la parte superior izquierda, un águila bicéfala; la segunda a su esposa, Nicasia, de medio cuerpo y sentada; y, la tercera al primogénito, Teodoro, de pie y con abrigo de rayas. Las tres fotografías presentan sobrefirma y pie identificativo en griego.

“Legación de España.

POLÍTICA nº 53.

Atenas, 27 de febrero de 1934

Asunto: Supuestas conspiraciones de un señor Láscaris.

Excmo. Señor: Diversas veces en el curso del pasado año se han recibido en esta Legación números de periódicos españoles de provincia e incluso algunos de Madrid, remitidos por mano desconocida, en los cuales se insertaban comentarios más o menos extensos y simpatizantes acerca de supuestos derechos y pretensiones al trono de Grecia de cierto señor Don Eugenio Láscaris que se dice descendiente de la antigua dinastía bizantina de ese nombre.

Recientemente bajo sobre, franqueado también en España, he recibido profusión de tarjetas postales, como las de los ejemplares adjuntos, con el retrato de dicho pretendiente unas y otras con el de su esposa o el de su hijo en las que respectivamente se lee al pie en griego: S. M. Eugenio A' Láscaris, Rey de los Helenos; S. M. la Reina Nicasia de Grecia (Casa de los Láscaris); S. A. R. el Príncipe Teodoro Láscaris, Heredero de Grecia.

Tengo entendido que esta familia vive desde hace algún tiempo en Zaragoza, ignoro si con el boato propio de sus aspiraciones o en el plan modesto de simples particulares. Además de la propaganda periodística y grafica a que acabo de referirme

(aquellos periódicos y estas postales fueron dirigidos igualmente a diversos círculos y lugares de Grecia) supe por mera casualidad que la Señora de Zamora, española, madre del pintor español José de Zamora domiciliado en Atenas desde hace pronto un año, que estuvo aquí pasando una breve temporada con su hijo, venía por lo visto comisionada por el citado pretendiente. Tanto la madre como el hijo, que los conocería supongo, se han cuidado de ocultarme esos mensajes conspiradores y por mi parte no creí necesario llamarles la atención hasta ahora por el aspecto bufo que ofrece la cuestión llegada a mi conocimiento a raíz de una de las visitas que la Señora de Zamora (Doña Pilar) hizo en cumplimiento de su misión que llamaré reservada por no calificarla de ingenua.

Desconozco cuál sea la verdadera genealogía del Señor Láscaris ni tampoco sé qué grado de legitimidad tienen sus títulos. Lo que me consta positivamente es que en este país nadie se ocupa ni preocupa de su existencia y que cuando se hace mención de este caso se toma a broma. Las gentes que sustentan ideas monárquicas en Grecia no se remontan para defenderlas o propagarlas a los lejanos tiempos del Imperio de Bizancio, sino que cifran sus sentimientos y simpatías exclusivamente en la dinastía danesa destronada hace precisamente ahora diez años.

Si bien el asunto en sí no reviste importancia ninguna, como se trata de individuos residentes en España que por su vanidad o megalomanía pudieran inducir a engaño comprometiendo quizás a personas respetables o autoridades responsables, he creído preferible informar a V. E. de ello siquiera sea en términos generales.

EL MINISTRO DE ESPAÑA

Pedro García Conde

Excmo. Señor Ministro de Estado”

ANEXO 4

Acta de reconocimiento del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno como REY LEGÍTIMO DE LOS HELENOS por el Partido Venizelista, septiembre de 1935

En el encabezamiento “ELLENIKI AMYNA” (Partido venizelista). En el vuelto y en su margen superior izquierdo, “Arith. E.E. 48-9.35”.

“Conformement à la reunion tenu le 20 Août 1935 en présence des M.M. Tzanetos; KOKOLAKIS, Cafkaloudis et les autres membres des exilés, et sous la présidence de notre Grand Chef, il resulte que:

Il s’est présenté comme rapporteur Mr Contopirakis nous soumet tant une proclamation en Français de S.A. le Prince Lascaris et deux notes; et verbalement nous exposant ce qu’il a vraiment vu et apprécié; que S.A. Le Prince Lascriis appartient à la Famille Royale des Byzantins et il est reconnu comme tel des deux Patriarches Oecoumeniques de Constantinople et qu’il est détenteur des documents de Haute valeur, prouvant Sa Haute Descendance et qu’il es le legitime Héritier du Trône Hellénique; mais faute d’une propagande systematique et efficace, Sa Haute personnalité reste peu connue par Son Peuple et par les divers Dirigeants au pouvoir des destinés du Peuple Hellène.

Nous tous avons, avec profonde émotion et un soulagement immense, entendu les declarations de Mr Contopirakis et l’heureuse nouvelle, et S.A. peut croire que dès le retour des deux délégués notre propagande appliquera le programme que nous avons tracé pour la réalisation de la paix parmi les Hellenes et de Notre Grand Cause si désirée par tous.

Nous avons donc décidé d’envoyer de nouveau auprès de S.A. Mr Contopirakis accompagné de notre distingué Mr Milioudi qui sera avisé à temps, pour ils se rendent le plus tôt et à la première occasion auprès de Son Altesse l’Héritier du Trône et si possible de s’entendre pour l’application d’un programme efficace pour.... [reverso] la reussite de cette Noble Idée et pour le Salut de Notre Patrie l’Hellade.

A cet effet Mr Kokolakis est chargé de trouver les fonds nécessaires pour la réalisation de ce voyage.

Nous nous adressons donc à Son Altesse LE PRINCE LASCARIS à qui nous prions d'agréer nos profonds hommages et nous émettons le vœu de réalisation de cette Noble Cause et prendre connaissance de ce qui précède et entendre les conclusions et toutes les démarches en Grèce, par nos confidents, lesquels tiennent un programme de tous les efforts qu'on doit appliquer avant le 22 Octobre courant, pour le couronnement total de Notre Cause Sacrée, et Son intronisation rapide, entouré des tous Ses Enfants perdus et dispersés.

Nous prions aussi Son Altesse de croire que le retard de voyage est dû d'abord aux divers faits inattendus et principalement à la mission dont il a été chargé à remplir notre Mr Contopirakis qui Vous l'exposera verbalement; et aussi aux difficultés que nous avons à surmonter à cause de manque d'argent pour remplir cette susdite mission et ce voyage.

Avec nos profonds Hommages

Nous restons les plus Sincères Citoyens

De Son Altesse Royale

[Sello de la] Commission des Exilés Hellènes

[Firmas de] Nicolaos Plastiras, Iosif Coundouros. Em. Tsnakakis, Georg. Vasilios y Nicolareas”

ANEXO 5

Cartas dirigidas a Eugenio Láscaris por la agencia de prensa *Elysées Press*, 7 de diciembre de 1935, y la revista *Eva/ARO*, 8 de enero de 1936

Agencia de prensa, fotográfica y literaria *Elysées Press*.

“Elysées Presse. PARIS, le 7 DECEMBRE 1935.

Monsieur Eugenio LASCARIS. Galla Independencia 31. SARAGOSSE (Espagne).

Cher Monsieur, Plusieurs journaux mondiaux seraient désireux de publier un article sur votre vie. A cet effet, nous vous serions obligés de vouloir bien nous envoyer une photo de vous, et de votre honorable famille. En même temps, nous serions très hereux de recevoir un exemplaire de la proclamation que vous avec publiée. Dan cette attente, et avec nos remerciements anticipés. Nous vous prions d’agréeer, Cher Monsieur, l’assurance de nos sentiments les plus distingués. ELYSÉES PRESSE”.

Revista *Eva*.

“Lisboa, 8 de Janeiro de 1936.

S.A.I, Principe Eugenio Láscaris. Rua da Manifestação 16 Saragoça.

Alteza: Muito reconhecidos acusamos a recepção da carta que se dignou enviar-nos e mais documentação para a entrevista que desejamos publicar. Não esquecemos a grande amabilidade con que o noss pedido foi atendido, e con os melhores votos de prosperidades para Vossa Alteza e sua Augusta Familia, subscrevemo-nos de Vossa Alteza. A Directora da “Eva”. Carolina Homem Christo”.

ANEXO 6

Selección de noticias de prensa dedicadas a Eugenio Láscaris

1906

«Ha fallecido en Zaragoza el noble español D. Manuel Lascaris...», *La Correspondencia de España*, Madrid, 20 de septiembre de 1906.

1907

«Ayer hizo un año que falleció en Zaragoza D. Manuel Láscaris...», *ABC*, Madrid, 6 de agosto de 1907.

1912

«La cuestión de Oriente. Latinos, Helenos y Eslavos. ¿Habrá Confederación?», *ABC*, Madrid, 5 de diciembre de 1912.

1922

«De sociedad. Ecos diversos», *ABC*, Madrid, 24 noviembre de 1922.

1923

«La Corona de Grecia», *Diario de Córdoba*, Córdoba, 28 de diciembre de 1923.

1933

«La actual situación de Grecia», *El Día*, Alicante, 31 de marzo de 1933.

«Hacia la restauración de las Monarquías. El legitimismo en Grecia. Eugenio Láscaris reivindica para sí y su familia el Trono de Grecia que ocuparon sus antepasados», *La Monarquía*, Madrid, 16 de agosto de 1933.

1934

«El Príncipe Eugenio Láscaris, pretendiente al trono de Grecia», *El Noticiero*, Zaragoza, 6 de septiembre de 1934.

«Bulletin intérieur. Son altesse impériale», *Le Supplement*, Atenas, 20 de septiembre de 1934.

«Un prétendant au trône grec», *Le Progrés*, Salónica, 22 de septiembre de 1934.

1935

«Se quiere elevar al Príncipe Láscaris al Trono Heleno», *La Monarquía*, Madrid-Barcelona, 26 de febrero de 1935.

«El príncipe Eugenio Láscaris nos habla de la revolución griega», *El Noticiero*, Zaragoza, 5 de marzo de 1935.

«Un pretendiente al trono de Grecia, en Zaragoza», *Ya*, Madrid, 5 de marzo de 1935.

«¿Se intentará restaurar al rey Jorge en el trono de Grecia?», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 8 de marzo de 1935.

«No es el duende de Zaragoza», *Gracia y Justicia*, Madrid, 9 de marzo de 1935.

«Hablando con Ioannis Metaxás, jefe del partido monárquico griego», *ABC*, Madrid, 2 de octubre de 1935.

1936

«Un príncipe griego en las filas del requeté», *El Diario Palentino*, Palencia, 12 de agosto de 1936.

«Príncipes Láscaris (Zaragoza)», *Boletín de campaña de los Requetés*, [s. l.], 17 de octubre de 1936.

«S.A.I. el Príncipe Teodoro Láscaris... », *Diario de Navarra*, Pamplona, 13 de noviembre de 1936.

1937

«El príncipe Eugenio y el Generalísimo», *El Día de Palencia*, Palencia, 2 de agosto de 1937.

1938

«S.A.I. y R. el Príncipe Alejandro Guadán de Láscaris Comneno...», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 22 de mayo de 1938.

«Un pequeño héroe zaragozano», *El Noticiero*, Zaragoza, 13 de agosto de 1938.

1939

«La nueva versión de la muerte de Maeztu», *ABC*, Madrid, 21 de abril de 1939.

«La princesa Lascaris relata el horrible asesinato de Maeztu», *ABC*, Sevilla, 21 de abril de 1939.

1940

«Un nieto de emperadores vecino de San Sebastián», *La voz de España*, San Sebastián, 27 de noviembre de 1940.

1944

[Se informa de la publicación de la *Caligrafía griega*], *Fotos*, Madrid, 15 de enero de 1944.

1945

«De enseñanza. Premios pro cultura clásica», *ABC*, Madrid, 22 de julio de 1945.

1946

«La Asociación Cultural Greco-Española», *ABC*, Madrid, 30 de enero de 1946.

1947

«Bodas», *ABC*, Madrid, 17 de abril de 1947.

1948

[Entrevista a Constantino Láscaris], *Alerta*, Santander, 17 de julio de 1948.

«Entrevista con Eugenio Láscaris. Un abogado madrileño, diez veces Príncipe de Grecia», *Madrid*, Madrid, 22 de julio de 1948.

1951

«Enlace Láscaris-Slépuhine», *ABC*, Madrid, 11 de abril de 1951.

[Fotografía de la boda de Constantino Láscaris], *Oriente cristiano*, Madrid, mayo de 1951.

1953

«Falsas órdenes de caballería y falsos títulos nobiliarios», *ABC*, Madrid, 23 de abril de 1953.

«En torno al artículo “Falsas órdenes de caballería y falsos títulos nobiliarios”», *ABC*, Madrid, 1 de mayo de 1953.

«Órdenes de caballería y títulos de nobleza», *ABC*, Madrid, 3 de mayo de 1953.

1954

«La dynastie de Lascaris-Comnène», *Europe Amérique Latine*, París, agosto de 1954.

«Pleito genealógico fallado», *ABC*, Madrid, 13 de julio de 1954.

1955

«Aclaración del Instituto de Genealogía y Heráldica», *ABC*, Madrid, 16 de enero de 1955.

«Un troisieme homme apportera-t-il la paix à Chypre», *Le Valentinois*, Valance-sur-Rhone, 8 de octubre de 1955.

«Desde París. Lo griego siempre actual», *El Noticiero Universal*, Barcelona, 23 de noviembre de 1955.

1956

«Una fórmula para resolver el conflicto de Chipre», *El Noticiero Universal*, Barcelona, 4 de enero de 1956.

«Carta abierta al muy honorable Primer Ministro de su Majestad Británica», *Corriere Cosentino*, Cosenza, 30 de marzo de 1956.

[Sobre la crisis de Chipre y Eugenio], *Diario de la Monarquía*, Madrid, 29 de abril de 1956.

«Formula per risolvere conflitto di Cipro», *L'Eco del Popolo*, Salerno, 6 de junio de 1956.

«Un vieux Prince exilé revendique le trône de Chypre où débarquent nos soldats», *Noir et Blanc*, París, 8 de septiembre de 1956.

«Ramènera-t-il la paix à Chypre», *Troyes*, Troyes, 28 de noviembre de 1956.

1957

«Lettera aperta al Molto Onorevole il Primo Ministro di Sua Maestá Britannica-Londra», *Il Setaccio*, Salerno, 12 de enero de 1957; *Corriere Cosentino*, Cosenza, 6 de febrero de 1957.

«Chipre para los chipriotas», *El Español*, Caracas, 12 de octubre de 1957.

1958

«Chipre independante», *La Gazette de Redon et de la region*, Redon; *Le Pays Beaujolais*, Villefranche-en-Beaujolais; *Le Pays Roannais*, Roanne; *Le Voix Vauclusienne*, Montelimar, 24 de octubre de 1958; *L'Opinion de Saone-et-Loire*, La Clavette, 25 de octubre 1958; *Vendée Sablaise*, Nantes, 26 de octubre de 1958.

[Sobre la crisis de Chipre y Eugenio], *El Universal*, Caracas, 22 de noviembre de 1958.

1962

«L'Hellénisme est en deuil», *Lyon-Information*, Lyon, 1962.

«S.A.I. y R. el Príncipe Eugenio Láscaris Comneno», *Diario de Boyacá*, Tunja, 26 de julio de 1962.

«L'Hellénisme est en deui: Son Altesse Impériale et Regent le Prince Flavius Eugène II Láscaris Comnene», *Independance*, París, 15 de agosto de 1962.

ANEXO 7

Bibliografía de Eugenio Láscaris

- *Caligrafía griega y bizantina*, Madrid, [el autor], 1943.¹⁷¹

Cuadernillo apaisado, en su portada el autor se presenta como “Doctor en Derecho y en Filosofía y Letras”, figurando en la contraportada el correspondiente *Nihil obstat* eclesiástico. En el interior se ofrece un modesto aunque cuidado cuaderno de ejercicios de caligrafía griega que se inicia con prácticas de trazo y continúa con sentencias del tipo “Conócete a ti mismo”, “Nada de más”, “Honra a tus padres”, etc. A esto sigue la reproducción de antiguos manuscritos griegos y bizantinos, iniciales, autógrafos, etc.

- «La fundación de Bizancio», *Aspiraciones*, Madrid (agosto 1946).

- «Antiguas advocaciones de la Virgen en Constantinopla», *Liturgia* (1946).

- «La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada contienda mundial», *Saitabi*, IV, 22 (octubre-diciembre 1946), pp. 281-284.¹⁷²

Incluido en la sección de *Varia* y bajo autoría de “Eugenio Láscaris Comneno. Presidente de la Asociación Cultural Grecoespañola. Madrid”, el texto es un breve “homenaje de admiración a la intransigencia intelectual de los helenos” durante la ocupación alemana de su país. En él se trata del *maquis*, de las imprentas clandestinas, de los actores, artistas plásticos y músicos resistentes griegos, ejemplos todos ellos de cómo estímulos patrióticos ancestrales se vieron rejuvenecidos en la Grecia moderna. Norberto de Castro (CASTRO, 1989: 52), ofrece dos referencias similares a ésta: «La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada ocupación», *El Español*, Madrid (9-16 de noviembre de 1946) y «Los intelectuales griegos durante la pasada ocupación», *Nubis*, Palencia (diciembre 1946).

- «El Partenón iluminado», *Partenón*, Madrid (1948).

- «Un libro notable», *Bibliografía. Anuario del bibliófilo para 1949*.

¹⁷¹ Consultado en Biblioteca Nacional. Signaturas VC/1697/11, VC/1888/19 y MSS.FOLL/115.

¹⁷² Consultado en Dialnet. <<http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/26414/281-284.pdf?sequence=1&isAllowed=y>> [Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015].

- «Liturgia byzantina», *Liturgia* (1949).
- «La primera gramática griega y el Pendikostarion de Estigbenos», *Partenón*, Madrid (1949).
- «El Megaduque», *Partenón*, Madrid (1950).
- «Las heroínas de Suli», *Nubis*, Palencia (febrero 1951).
- «Ha muerto Guillermo Doerpfeld», *Nubis*, Palencia (diciembre 1951).
- «Apócrifa carta de Jesucristo», *Oriente europeo*, Madrid (1952).
- «Caliniki: Evocación histórica», *Oriente europeo*, VI, 21, Madrid, (marzo 1956), pp. 39-46.¹⁷³

Separata de la revista *Oriente europeo* en la que se ofrece un breve relato sobre Cali Cabasileas (Caliope), una joven y bella lacedemonia de tiempos del emperador bizantino Manuel Cantacuzeno, cuyo enamorado, Andrónico, tras alcanzar por méritos de guerra la corte de Constantinopla, casó con Eudoxia, familiar del *basileus*. Sin embargo, el recuerdo de Cali le hizo abandonar corte y familia e ir en busca de su amada. Al no hallarla fundó e ingresó en un convento. Mientras, una Cali huérfana ingresó también en un monasterio femenino con el nombre de hermana Caliniki. Pasado el tiempo, Andrónico y Cali se reencontraron durante una ceremonia religiosa en Santa Sofía de Mystra. Al reconocerse y debido a la fuerte impresión, Cali falleció.

¹⁷³ Consultado en Biblioteca Nacional. Signatura VC/2410/72.